

Amor en Tánger

Amor en Tánger

J. Alfredo Díaz G.

Edición para libro electrónico.

Versión especial de vista previa con 8 capítulos.

Se han suprimido páginas de manera intencional, por lo que este preview no se corresponde con la obra final.

Copyright

©Copyright 2015 Jesús Alfredo Díaz García.

©Amor en Tánger.

Edición impresa ISBN-13: 978-1514725962

Edición impresa ISBN-10: 1514725967

©Fotografía de portada: Rue Hadj Mohamed Torres, medina de Tánger. Abril de 2014.

Fotografía y diseño de portada: J. Alfredo Díaz García.

All rights reserved.

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com

www.alfredodiazgarcia.com

Realización artística: Gustavo Adolfo Díaz G.

www.gustavodiaz.es

Los hechos narrados en esta obra son completamente irreales, al igual que los personajes, fruto de la imaginación del autor. Cualquier similitud con personas de igual nombre y con posibles situaciones reales, que pudieran parecerse, será simple coincidencia.

Queda prohibida, salvo para citas y cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la debida autorización expresa del titular de la

propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

jad_9-1903

*Para ti,
que sabes que el amor unifica
y no conoce de razas ni de credos*

Índice

Nombres de los personajes

CAPÍTULO 1

Un tren, un hombre y una mujer

CAPÍTULO 2

Un callejón de la medina y una niña

CAPÍTULO 3

Una mujer y una familia marroquí

CAPÍTULO 4

El destino por el medio

CAPÍTULO 5

Dos padres interesados y la mano de Alá

CAPÍTULO 6

Como en su propia casa

CAPÍTULO 7

Una invitación aceptada

CAPÍTULO 8

Un almuerzo familiar

Nombres de los personajes

Protagonistas:

Alejandro Del Paso Ejarque (45).

Assalá Benkassem (31): Hija de Kassem Rachid y de Nouria.

NOTA: En esta versión de Vista previa se han omitido los nombres de los demás personajes.

CAPÍTULO 1

Un tren, un hombre y una mujer

Fue en un andén de la Gare Tanger Ville, en un caluroso mediodía de un atravesado miércoles cualquiera de algún mes del verano. Del año de nuestro Señor, como hubieran añadido en los siglos pasados.

A las doce y veintiún minutos, el tren de la Oficina Nacional de Ferrocarriles de Marruecos se detuvo en la estación con un poco de retraso, y daba por finalizado su recorrido.

En el penúltimo vagón de primera clase, en el largo y estrecho pasillo que discurría entre los compartimentos de pasajeros y las ventanillas, los viajeros ya estaban esperando con sus maletas y bultos. Algunos hombres, avezados en aquellas lides, se habían apostado en las puertas. En la del extremo posterior del vagón salieron de primeros, junto con un grupo de seis mochileros: dos muchachos alemanes, una pareja de franceses y otra de italianos, que parecía que llevaran prisa.

En uno de los compartimentos, que era para

seis personas, un matrimonio marroquí con un hijo adolescente se despidió de la mujer y los dos hombres españoles, con quienes habían viajado desde Rabat, y salieron del tren.

El mayor de los dos hombres llevaba un sombrero Panamá en tejido de paja. De estatura mediría un metro setenta y cinco, tenía el cabello castaño, bastante claro, y parecía andar más en los cuarenta y cuatro años que en los cuarenta y seis. Se bajó con una maleta mediana, y ayudó con las tres grandes que llevaba la joven pareja que lo acompañaba, ambos menores de treinta años. Ya en el andén, la mujer, una simpática andaluza, le preguntó:

—Alejandro ¿cómo haces tú para llevar un mes por Marruecos con una sola maleta de ese tamaño? Yo no logro salir de viaje una mísera semana sin llevar dos, por lo menos.

Su esposo, un jovial gordito de Extremadura, le dijo al otro:

—No te imaginas la de cosas que las mujeres consideran imprescindibles.

—Posiblemente no —dijo Alejandro.

—El caso es que luego no usa ni la mitad de la ropa que trae.

—Goyo, ya vas a comenzar a hablar de las mujeres —le dijo su esposa—. Alejandro, ha sido un

placer haber dado contigo en Rabat, porque tuvimos la oportunidad de pasar tres días estupendos y venir conversando de lo mejor. Estas cuatro horas se me hicieron cortísimas.

Su esposo añadió:

—Llevábamos una semana que no escuchábamos una palabra en español, hasta que tú llegaste. Has sido de gran ayuda, porque nosotros no hablamos ningún otro idioma.

—Yo te agradezco que me hayas cedido la ventanilla. Fuiste muy amable —dijo la mujer.

—Por favor, Mari Loli, ni lo menciones, no fue nada —dijo Alejandro—. Fuera del país es siempre un placer poder viajar con algún compatriota, y si es de manera tan agradable resulta mucho mejor. Me divertí mucho con vosotros en Rabat estos días. Sois una pareja muy entretenida y ocurrente, y el viaje se me hizo más corto.

—A nosotros también —dijo Goyo.

—Bueno, yo no tengo ninguna prisa y voy a tomar unas fotografías del tren y de la estación. Me encantan los ferrocarriles.

—¿Nadie te está esperando?

—Sí, ansiosa y con los brazos abiertos.

—¿Quién? ¿Alguna mujer? —preguntó Mari Loli.

Alejandro abrió los brazos y dijo muy sonriente:

—Sí, Tánger.

La pareja rio con aquello y la mujer dijo:

—Mira que eres bromista, me encanta tu sentido del humor. Espero que nos veamos por la ciudad.

Su esposo dijo:

—Alejandro, nosotros seguimos, que vamos en sentidos distintos y no podemos compartir taxi.

—Y ni que fuéramos en el mismo —dijo su esposa—. Con los tres maletones que nosotros llevamos ya llenamos todo el auto.

—Es cierto. Bueno, mientras primero nos registremos en el hotel y soltemos todo esto, primero podremos dar una vuelta por la playa con toda libertad. Tienes nuestros teléfonos, así que llámanos y salimos a comer. Adiós. Anda, Mariló, ¡muévete!

—Ya, ya voy, no me atosigues. Adiós, Alejandro.

—Adiós, Goyo; adiós, Mari Loli.

Alejandro sacó unas fotos al tren y a la gente que caminaba por el andén. De uno de los vagones bajaba una familia marroquí compuesta por el matrimonio, una hija y dos varones. Por la cantidad de bultos y bolsas parecía que estuvieran de mudanza o que fueran a montar un bazar.

Un hombre, de unos sesenta y cinco años, pasó caminando apresurado. Llevaba tan solo un grueso

portafolios en las manos. Se volteó y dijo en francés:

—Vamos, apresúrate.

Unos metros más atrás lo seguía una mujer, que vestía con una chilaba de color azul y un pañuelo blanco cubriéndole la cabeza. Llevaba un gran bolso colgando de un costado, y se afanaba rodando detrás dos grandes y pesadas maletas. Alejandro meneó la cabeza y pensó:

«Estas son las cosas que nunca terminaré de entender ni de justificar. Pero qué se le puede hacer».

Cámara fotográfica al cuello, echó a caminar por el andén hacia la salida rodando su maleta. Se detuvo de nuevo para sacar otra foto y escuchó un golpe detrás de él.

Una mujer, que usaba un sombrero Floppy y estaba de espaldas, había dejado caer en el suelo un bolso de cuero y posaba a su lado un neceser. En la alta plataforma de la puerta de aquel vagón de primera clase había un par de maletas. Desde el andén, la mujer intentaba acercar una al borde para bajarla, y por el trabajo que le estaba costando parecía estar pesada. Alejandro se acercó y dijo en francés:

—Permítame ayudarla, señora.

La mujer se movió hacia un lado y Alejandro agarró la maleta y la bajo. Luego bajó la segunda maleta también.

—*Merci monsieur* —dijo la mujer.

Los oscuros lentes para el sol, del tipo espejo con un ligero tinte rosa, hacían imposible verle los ojos. Ella debía de tener el cabello corto o recogido, porque no se le notaba bajo la ancha y ondulada ala del sombrero. Llevaba puesto un ligero sobretodo, de color azul celeste, abierto por delante. Debajo de él vestía un pantalón vaquero y una blusa de color rosa suave. Calzaba unos zapatos negros de tacón bajo, y alrededor del cuello llevaba un pañuelo de seda de color blanco.

Alejandro exclamó en español:

—¡Por Dios, qué hermosa eres, criatura! Quién tuviera la dicha de verte sonreír.

Le hubiera resultado imposible calcularle la edad. Supuso que estaría por encima de los veintiocho y por debajo de los treinta y cinco años. De estatura mediría un par de centímetros menos que él.

Alejandro apenas pudo contemplar su rostro y entrever su figura bajo aquel sobretodo. Lo que atrajo su mirada, como la miel a la abeja, fueron sus labios en una boca más bien grande, y aquella barbilla que tenía un hoyuelo en toda la parte inferior. Él quedó envuelto en el dulce aroma del perfume femenino, y fue más que suficiente para que se le nublaran los sentidos y la razón.

**

Pues sí, fue en aquel andén gris y umbrío de la estación de ferrocarril en Tánger, en un soleado, luminoso y cálido mediodía de un miércoles de aquel mes de julio. Un hombre, algo acalorado y con barba de un día, y una mujer, de una frescura imposible, quedaron mirándose sin atinar a decir nada.

Dos corazones latieron algo más acelerados o eso fue lo que pareció. Se llamaron gritando hasta desgañitarse. Pero sus voces no lograron salir del pecho. Fueron acalladas por las barreras sociales que dos culturas, tan iguales a la vez que tan distintas, en aquel país se imponían para impedir el encuentro de un hombre y una mujer desconocidos.

Alejandro no podía verle los ojos, ocultos por completo tras los espejos de aquellos lentes de tono rosa tornasolado, que tan solo reflejaban el asombro que había en su propio rostro. Aunque le pareció que las comisuras de aquella boca de ensueño se alzaban ligeramente.

Ella fue la que se movió.

Levantó el bolso y se cruzó la larga correa por los hombros, dejándoselo en un costado. Acomodó el neceser sobre una de las maletas y fue a agarrar la otra también. Alejandro logró reaccionar y le dijo en francés:

—Por favor, señora, permítame llevarle una. La mía no pesa casi nada y aunque pesara. No puedo permitir que usted vaya con las dos mientras yo llevo una nada más.

La mujer, ahora sí, se notó que sonrió un poco. Echó a caminar rodando una de las maletas y con el neceser en la otra mano. Alejandro fue a su lado.

Salieron del andén al gran vestíbulo de planta y dos pisos, y siguieron hacia las puertas de salida por un lado de las dos escaleras mecánicas. Antes de llegar entraron un par de hombres que fueron directos hacia la mujer. Hubo sonrisas, intercambios de saludos y conversaciones en árabe. Cada uno de los hombres se hizo cargo de una maleta. La mujer se volteó hacia Alejandro. En sus labios volvió a aparecer aquella suave sonrisa y le dijo en perfecto español:

—Muchas gracias, caballero, ha sido usted muy amable y de una gran ayuda. No lo olvidaré nunca.

—Adiós, señora, fue un placer conocerla y haber podido serle de utilidad —dijo Alejandro.

No atinó a decir nada más, aunque hubiera querido quedarse conversando con ella hasta que nevara en Tánger.

Fue todo entre los dos.

Muy poco para él.

Quizás fue demasiado para un fugaz encuentro de andén.

Eran esos momentos en que demasiado y nada eran lo mismo. Porque eso resultó para Alejandro, que terminó de salir y se quedó parado.

Los dos hombres colocaron el equipaje en el maletero de una berlina Mercedes-Benz S 500 de color negro, que tenía las ventanillas tintadas en color oscuro. Antes de entrar en la parte trasera del auto, la mujer volteó la cabeza y le dio una última mirada a Alejandro. ¿Hubo una sonrisa en sus labios o a él se lo pareció? Uno de los hombres entró por la otra puerta trasera, el segundo se sentó junto al conductor. El auto arrancó.

«Claro, una mujer así tiene que estar casada. —Pensó Alejandro, todavía encandilado por su belleza y aquel no sé qué de ella—. Qué hermosa y sensual. Tiene que ser modelo o actriz. ¿Cómo será sin los lentes y el sombrero? Seguro que estará como para caerme de culo o sufrir un conato de infarto. ¿Cuál será ese delicioso perfume que usa? Me compraría un litro para poder recordarla mejor. Qué criatura tan divina. Si yo la volviera a encontrar... Si la volviera a encontrar...».

Su sentido auditivo regresó del limbo y escuchó que le preguntaban, en varios idiomas, si quería un

taxi. Él comenzaba a reaccionar, porque se había quedado en algún remoto lugar de la galaxia o acaso en otra dimensión paralela.

Delante de la estación había una fila de los taxis Mercedes-Benz de color crema: *Les Grands Taxis*, como les decían en Marruecos. Más allá estaban dos de los *Petits Taxis*, que en Tánger eran de color azul.

Alejandro sonrió al pensar en que el nombre de taxis se les podía aplicar muy poco, dentro del concepto clásico. Los azules realizaban rutas urbanas y los pasajeros iban subiendo y bajando. Más que taxis eran similares a lo que, en ciertos lugares del mundo, se conocía como un *auto-bus* y que en algunos países de Sudamérica denominaban *carros por puestos*. Eso no quería decir que un turista no agarrara alguno y lo utilizara como taxi.

Un Grand Taxi podía prestar servicios dentro de la ciudad, como un taxi cualquiera. Solía haberlos estacionados en algunos puntos que funcionaban como terminales. También prestaban servicios extraurbanos, y si todos iban en la misma ruta solían llevar tres personas atrás y una adelante. Aunque él había escuchado decir que los más grandes transportaban hasta seis pasajeros, con cuatro sentados atrás y dos adelante, si tenían asiento corrido. El costo del viaje se compartía entre todos los viajeros, por eso ellos no solían quejarse si el

conductor dejaba entrar alguno más.

—¿Quiere un taxi, señor?

Alejandro ya había consultado su plano de la ciudad, y sabía que desde la estación al hotel había unos dos kilómetros y medio. Era un trayecto que él podía hacer en media hora paseando. No había pérdida porque era seguir una sola calle dividida en secciones. Desde la estación seguiría hacia el oeste por la Avenue d'Espagne hasta la Place Helvetica. Desde allí arrancaba la amplia arteria vial que, según el plano callejero que consultaras, se iniciaba como la Avenue de Tan Tan hasta la Place Roudani, y luego seguía como la Mohamed V. En otros era esta avenida de atrás adelante. Después, sin transición alguna, se convertía en el popular Boulevard Pasteur hasta la plaza de Francia. Pero ese mediodía el sol no estaba para juegos, mucho menos como para ir rodando una maleta. Ya tendría él bastante tiempo para pasear y conocer la ciudad en mejores condiciones, con las manos desocupadas, como le gustaba.

—¿Taxi, señor? ¿Va a querer un taxi? —le volvieron a preguntar.

—¿Cuál? —preguntó en español.

—Un Grand Taxi.

—Sí, lo quiero para mí solo. No tengo ganas de compañía ni de gente subiendo y bajando.

—Sí, señor, por supuesto, un taxi para una sola persona, de eso se trata. No hay problema, para mí es mejor; menos peso para el auto. ¿A qué hotel se dirige?

El hombre le agarró la maleta y se encaminó hacia uno de los vehículos Mercedes-Benz.

—Al Minzah. No camines tan rápido, hombre, que yo no tengo prisa. Antes dime cuál es la tarifa, que no quiero sorpresas desagradables o discusiones porque pretendas cobrarme como si fueras al aeropuerto. No es mi primer día en Marruecos ni la primera ciudad que visito.

«Si yo la volviese a encontrar...

»Si la volvieras a encontrar, nada: está casada, olvídala.

*** **

CAPÍTULO 2

Un callejón de la medina y una niña

«Nada, que estoy perdido —se dijo Alejandro—. Para entender este laberinto de calles de la vieja medina habrá que nacer aquí. Yo creo que ni un taxista de Londres sería capaz de aprendérselas.

»¿Quién me mandaría a mí descargarme este mapa? Parecía bueno, pero es que no pega una el pobre. Tenía que haber pedido un plano callejero en la Oficina de Turismo, o haber buscado uno en las librerías. Hay cantidad de callecitas y callejones que no aparecen en este. Es que ni en una vista de satélite se podrían ver todas las callejas. Un buen número de ellas son pasadizos bajo las casas y otras están techadas.

»A ver. Después de estar en la Kasbah crucé esta Place du Mechoir. Agarré la Rue Amrah y bajé por aquí. Por esta parte fue que cogí hacia este otro lado y le saqué la foto a las palomas y a una gaviota. Luego crucé para acá y me metí por una calleja para fotografiar a dos lindos gatitos, y no la veo

en el mapa. ¿Será esta? Seguí por allí y salí a esta... ¿O fue a esta otra? Por esta parte creo que fue que crucé para ir hacia la muralla. Me parece que fue en este callejón que la cagué. No tenía salida y doblé a la derecha por el pasadizo que había en el medio. Luego seguí por otras callejas que no están en este mapa y...

—¡Si esto no me sirve para nada!

«A ver hacia dónde agarro —se dijo mirando alrededor—. Este es otro largo pasadizo bajo casas y no está tan oscuro. Esto sí que se llama aprovechar el suelo y el espacio. Vaya callejones en los que me he metido. No, si es que por aquí me asaltan como al propio idiota y no se entera ni quisqui. Para colmo no tengo cobertura del teléfono ni acceso GPS, para ver si logro determinar dónde me encuentro. Menos mal que tengo la brújula, por lo menos. ¿Qué calle será esta? Si al menos les pusieran los nombres a todas.

»Creo que tengo tres opciones: una sería agarrar hacia el oeste y llegar a la Rue d'Italie, que fue por donde subí, o a esa otra paralela en este lado de la muralla, la Rue... Gzenaya. ¿Cómo se pronunciara eso? Pero me da la impresión de que sería lo más largo.

»Otra opción sería la de seguir bajando hasta terminar de dar con la Rue de La Marine, que

corta la medina de este a oeste; quizás sería cerca de la plaza del Petit Socco o por ahí. No me ha de faltar tanto, digo yo. Esta medina es pequeña si la comparo con la de Marrakech y otras.

»La tercera opción sería seguir hacia el este en busca de la muralla que da al puerto. Esa sí que no tiene pérdida porque tengo que darme de narices contra ella. Yo creo que esta callecita termina saliendo a la Rue Dar el-Baroud, que es en la que está el hotel Continental que estuve visitando ayer. Eso suponiendo que yo esté donde creo que estoy en este dichoso plano. ¿Por qué no les pondrán los nombres a todas las calles? Total, ni que todas los tuvieran pegados en las paredes me serviría, porque en el plano no los indica todos tampoco. Definitivamente, lo mío no son los mapas.

»Esta foto que le tomé al cartel con el plano de la medina, en la plaza del Gran Zoco, tampoco me ayuda mucho. Una cuarta opción sería ponerme a gritar que estoy perdido, pero no quedaría muy bien a mi edad. Quizás fuese más útil pagarle unos cuantos darhaman... ¿O el plural es darahim? ¡Bah! El dichoso enredo de los plurales en árabe. Me parece que ni en toda mi vida sería capaz de aprenderme esta lengua. Dírhams, como les dicen todos. Por un par de ellos, uno de esos pequeños y simpáticos granujillas que andan por ahí, de manera

muy gustosa me servirá de guía hasta salir de este laberinto. Prefiero pedírselo a un niño; a un adulto nunca sabes adónde es que te va a llevar. El chaval de ayer era de lo más majo y hablaba por los codos. Voy a hacer el último intento por mí mismo.

Alejandro plegó el mapa, que de poco le estaba sirviendo, lo guardó y decidió seguir caminando a como lo viera mejor. Continuó por aquel callejón flanqueado por blancas fachadas de casas, algunas de ellas con puertas pintadas en color azul.

«Estas paredes son de lo más engañosas, ya me he dado cuenta; no dicen lo que hay detrás, porque el musulmán vive hacia adentro. Después de los *riads* en que he estado, ya me queda claro que detrás de esos portones lo mismo te consigues una humilde casa, que te sorprenden con una vivienda palaciega».

Prosiguió caminando sin ninguna prisa. Estaba algo extraviado, pero no era en el medio del desierto, un bosque ni en el mar, así que no había de qué preocuparse.

Él disfrutaba de la arquitectura y de los arcos árabes, que eran generalmente tímidos, cuando no lobulados. Admiraba las hermosas puertas de madera de entrada a las viviendas, hoteles y comercios; muchas de ellas con tachonados realizando preciosos dibujos, entre los que no era

raro encontrar la cruz beréber que daba, de esa manera, indicio de quiénes vivían allí.

Con su cámara fotográfica réflex digital, él ya había tomado cantidad de fotos de paredes, de puertas y de ventanas en las que predominaban las contraventanas de celosías, y de muchos otros detalles. Las paredes de las calles solían estar pintadas de blanco. Algunas tenían la parte inferior en color azul muy pálido, por lo general ya deslavado por la intemperie. En algunos sitios predominaba el amarillo.

En la planta baja de las casas no solía haber ventanas a la calle. Si acaso las había solían ser pequeñas y estar altas. Si eran de tamaño normal era por que no quedaba otra alternativa. Algunas eran apenas unos ventanucos que estaban situados por encima de la cabeza de una persona. Permitían la ventilación e iluminación, pero no la vista hacia adentro. La mayoría estaban protegidas por rejas. Las ventanas grandes estaban desde el primer piso hacia arriba. Era algo que, de manera muy clara, hablaba de la intimidad que aquella gente quería tener dentro de sus viviendas.

«Bueno, es lógico. ¿Quién va a querer que todo el que pase por la calle pueda observar lo que haces dentro de tu casa? Como el caso de las plantas bajas de los edificios en Madrid. En algunos, debido al

desnivel de la calle, hay ventanas que quedan al ras de la acera. Esas personas tienen que permanecer con las cortinas echadas o las persianas bajadas. Vaya vida.

»Por lo menos no podré decir que no he recorrido bien la Medina de Tánger y visto todos sus rinconcitos. Tienen su encanto y su sabor a antiguo, como los de Marrakech y otras medinas. No sé cuál resulta más caótica y laberíntica, aunque Tánger es mucho más fresca.

En aquel callejeo, completamente al gairete, le resultaba grato encontrarse con un inesperado taller de reparación de motocicletas, con uno de alfarería; una barbería, una tiendecita de ultramarinos, una de perfumes; otra barbería, una tienda de especias. Una nueva barbería, un horno de pan, una de las tantas pastelerías familiares y otra barbería más. Donde uno menos se lo esperaba, se encontraba con alguien vendiendo aquellos deliciosos panes redondos, de suave corteza marrón y un blando meollo con un sabor a...; un sabor a... Él no sabía a qué, era un sabor único al que ya se estaba volviendo adicto.

Aquel dédalo de callejas era el reino plenipotenciario de gatos y más gatos y otros gatos más. También había algún que otro perro, como cosa un tanto rara. Quizás por decir que existían y que también fueron creados, con igual amor y

dedicación, por el mismo que hizo a los gatos, a los caballos y a los hombres. Sonrió con algo de amargura. Él sabía muy bien que los conceptos de belleza y fealdad, de malo y bueno y de pureza o impureza, no estaban más que en la mente del hombre adulto, no eran iguales para todos; tampoco eran conceptos universales. En los infantes no había nada de eso. Dudaba mucho de que si había algún dios, cuyo concepto *sine qua non* era la pureza total y el amor perfecto y absoluto, él pudiera haber creado cosas calificables como impuras. Pero allá cada quien con lo suyo.

Por aquellas callejas no podía faltar algún pequeño local de venta de comidas, que se llenaba de comensales a la hora del almuerzo y la cena. De los humeantes fogones con brochetas, trozos de carne y aromáticos tajines de cordero, de res, de pescado o de verduras al estilo beréber, salían diversos aromas que invitaban a comer.

También era grato, cómo no, toparse con alguna pequeña y escondida cafetería o lo que fuera, porque lo que más se bebía era té.

«Si se dice cafetería, chocolatería, bombonería, sidrería... ¿por qué a donde se bebe el té tengo que decirle casa o salón de té? ¿Tiene más alcurnia, prosapia o abolengo? ¿Por qué la RAE no terminará de aceptar tetería, como ya les dicen? Hum..., quizás

porque suena raro y puede presentarse a malas interpretaciones. ¿Cuándo fue que por estas partes del mundo se pasaron del café al consumo del té? Voy a tener que averiguarlo».

Haciendo esquina, Alejandro encontró una cafetería de nombre El Alamí. Siete hombres, a todas luces marroquíes, tomaban el té y conversaban sentados en tres mesitas afuera, con toda la calma que ellos solían darle a aquella actividad. Adentro había unas cuantas mesas más, todas con dos o tres hombres.

Aquella parte no era una zona turística dentro de la medina, por lo que eran lugares frecuentados nada más que por los propios vecinos. Eso era lo que a él le gustaba, porque podía conseguir el verdadero sabor y encanto local. Para sentarse en una cafetería en medio de un montón de españoles, de franceses, británicos o norteamericanos no tenía necesidad de salir de Madrid.

«A ver, esta calle por el lado de la cafetería es algo más ancha y va en buena dirección, según mi brújula. Voy a seguir por ella. De todos modos, no es como para fiarse, porque comienzan en una dirección y luego agarran hacia cualquier otra. ¿Ancha? Bueno, si con tres metros escasos se puede decir que una calle es ancha, pero para este lugar lo es; la mayoría de ellas no tienen más que un

par de metros, cuando los tienen. El pasillo de mi apartamento es más ancho que algunos de estos callejones».

Siguió caminado durante unos cuarenta metros. A cada lado, en las blancas paredes se sucedían diversas puertas de viviendas: unas estaban pintadas de marrón y otras pintadas de un color azul. La calle hacía una curva suave. Se detuvo al salir de ella, se llevó las manos a la cabeza y gritó:

—¡Otra vez no! ¡No me lo puedo creer! La madre que me parió. Está calle es ciega también. Termina en esa gran puerta.

«Qué fachadas tan lindas son estas llenas de macetas con flores. Están muy bien cuidadas. Es preciosa esa en todo el fondo, con la gran puerta de arco y los dos balcones uno sobre el otro. Queda de frente. Es como si la calle te llevara directo hacia ella».

Unos ocho metros más allá, la calle terminaba en aquella portada formada por un arco de herradura túmido, también en azul. Todo el arco: clave, dovelas, albanegas y el alfiz desde el suelo, estaba construido en piedra de un color ligeramente rosa, que asemejaba mármol de superficie erosionada por la acción del tiempo.

La puerta era grande, digna de un hotel, con dos hojas hechas con tablones verticales reforzados

con herrajes y tachones. Estaba pintada de color azul y tenía un gran picaporte de bronce, ya envejecido. Un postigo, algo entreabierto, permitía el paso de personas sin necesidad de abrir la gran puerta.

En el primer piso y el segundo había sendos balcones de madera, uno sobre el otro. Sobresalían un poco, apenas unos sesenta centímetros, directamente sobre la puerta, con lo que la protegían de la lluvia y las escorrentías del agua por las paredes. Estaban cerrados con cuatro ventanas y contraventanas de madera con finas celosías, y pintados en un suave color entre cian y aguamarina. Las dos contraventanas centrales estaban abiertas, y el vano quedaba cubierto por una hermosa *mashrabiya* muy artística, que no permitía ver hacia adentro.

Alejandro sonrió al pensar a qué extremos era llevada la privacidad por aquella gente, ya que, de aquella manera, a las mujeres les era posible ventilar bien la casa y ver la calle sin que las vieran a ellas. Se podía caminar por aquellas callejas pensando que nadie te veía, y tener docenas de ojos siguiéndote.

«Nada, loco, a devolverse tocan. ¿Seguro que no habrá un callejoncito al final? A la izquierda hay un hueco oscuro. Si no es una entrada de casa puede que sea algún pasadizo o callejón. No, ya estoy cansado de pasadizos oscuros. Yo como que les pregunto a los que estaban en la cafetería de la

esquina. Era gente mayor y tenían caras de buenas personas».

—¿Por qué eres ciega, callecita linda?

«Si fueras una de las más estrechas lo entendería, pero tienes buena anchura. ¿Qué urbanista fue el que diseñó esta locura? Aquí cada quien construyó a su aire y las callejas salen en cualquier dirección. ¿No les gustaban las líneas rectas o esto tendría una funcionalidad defensiva? Ha de ser difícil para un grupo atacante desenvolverse en estas callejas. Hay recodos en que las plantas altas de las casas de un lado no se tocan con las del otro lado por muy poco. ¿Será como en Toledo, que están tan juntas para que se den sombra y evitar el fuerte calor?».

Echó a caminar devolviéndose sobre sus pasos. No dio más que cuatro, se detuvo y se dijo:

—¡Qué caray!

«Ya que estoy aquí, mejor llego hasta el final y veo si aquello es un callejón. Ya estoy caminando demasiado. De paso les tomo unas fotos a esa hermosa puerta y a los balcones. Si no hay salida me devuelvo y me siento a beber una jarra de té en la esquina, y así pregunto cómo salir. Eso si consigo alguno que hable algo más que árabe. ¿Por qué no me dio por aprenderlo?».

Alejandro dio la vuelta y se encontró con una niñita que venía corriendo. Tendría alrededor de

dos años, llevaba un largo vestidito azul y estaba descalcita. En su preciosa carita, de oscuros ojos grandes, había una expresión de lo más risueña, propia de quien ha hecho una travesura. Él le preguntó:

—¿De dónde has salido tú, pequeña? Pareciera que vienes huyendo de alguien. ¿Te escapaste de tu mamá y quieres callejear? —Un gran perro galgo, de color arena, apareció de alguna parte corriendo hacia la niña. —¡Mierda, un perro!

Alejandro no supo si fue por aquella puerta o por el oscuro vano de la izquierda, de lo rápido que fue todo. No lo pensó, se adelantó unos pasos con rapidez, agarró a la niña que corría hacia él y la levantó tan rápido como pudo, cuando ya el perro la iba a alcanzar. Se dio la vuelta dándole la espalda al animal, y engrifó la cara esperando sentir el mordisco en alguna parte.

Eso no sucedió.

El perro dio la vuelta alrededor de Alejandro y saltó para intentar alcanzar a la niña, que él sostenía bien en alto. Ella reía muy contenta por aquel vuelo circular que le habían dado.

Alejandro se quedó inmóvil. Ni respiró. El perro, que no mostraba la menor agresividad, se levantó sobre sus patas traseras y le puso las delanteras en el pecho. Le ladró tres veces a la niña y alcanzó a

lamerle un pié descalzo, que ella apartó riendo.

—¡Uf! ¡Vaya susto que me has dado, perrote! Pero ya veo que los dos os conocéis. Me parece que tú estabas jugando con ella. ¿Era de ti de quien se escapaba? Sí, mueves la cola contento, eso es bueno para mí. ¡Oh, qué carita pones! Si va a resultar que eres un chucho más dulce y tierno que una madalena. No, tranquilo, que no me la quiero llevar, tan solo la estaba levantando; pero deja de saltar. Eso es, Firuláis, bájate y se un buen chico. Y tú, pequeña, eres una niña muy risueña y preciosa. Vamos a jugar un poco. ¿Te parece? —La bajó y la volvió a levantar con rapidez para evitar que el perro la alcanzara; así, varias veces, y la niña daba grititos de alegría—. Qué nena tan maja y alegre eres. Te gusta el jueguito, ¿eh? ¿Entiendes español? Quizás no. ¿Y francés? Pues yo no sé árabe. Bueno, no importa. A ver, más juego, que eso sí que lo entiendes muy bien.

Él se agachó y el perro intentó darle una lengüetada a la niña en la cara. Ella la ocultó junto al cuello de Alejandro, riendo otra vez. A él le pareció escuchar una risa apagada a sus espaldas y otra más arriba, aunque no les prestó atención. Se puso de pie y levantó a la niña para ponerla fuera del alcance del juguetón animal. La volvió a bajar y la subió de nuevo cuando el perro la iba a alcanzar;

así por varias veces más, entre los alegres ladridos del animal y los chillidos y risas de ella.

»Qué risa tan linda tienes, da gusto escucharte. No hay como la risa infantil para alegrar el corazón más triste. Al mío le viene muy bien toda la que me tú me quieras dar. Incluso puedo olvidarme de que estoy perdido. A ver, una niña voladora en una vuelta rápida. ¡Yupiii!

Giró sobre sí mismo con rapidez y dio una vuelta completa manteniendo a la niña sujeta por debajo de los brazos. Ella pataleó y volvió a gritar y a reír gozosa.

Pero Alejandro vio algo en aquella vuelta.

Se volteó de nuevo.

El corazón se le detuvo y quedó congelado.

*** **

CAPÍTULO 3

Una mujer y una familia marroquí

Alejandro se encontró con una mujer joven, que vestía un sencillo jador amarillo con las mangas por encima de los codos. Llevaba el cabello suelto, que era largo, negro y reluciente. Ella tenía un delicado hoyuelo en la parte inferior de la barbilla, y la divertida y amplia sonrisa que había en aquella boca, más bien grande, era encantadora.

Alejandro seguía con la niña en brazos. El perro logró darle unas lamidas en un pie, ella chilló alegre y se encogió buscando subir más alto sobre Alejandro. La mujer logró aguantar la risa, aunque malamente. La niña movió una de sus manos saludándola y le dijo algo en árabe.

Un par de ojos femeninos, de un marrón muy claro, se clavaron en los pardos ojos masculinos, que ya estaban más que clavados en los de ella.

Aquella mañana, en aquella desconocida y fresca calle en algún lugar de la Medina de Tánger, el corazón de un hombre volvió a latir con un fuerte bombazo, justo a tiempo para que su cerebro no

se quedara sin oxígeno. Con otro latido, de igual intensidad, fue contestado por el corazón de una mujer. O quizás fue al corazón de ella a quien contestó el de él. ¿O fueron los dos que se llamaron al unísono?

Puede ser cierto o no que exista eso a lo que llaman el amor a primera vista.

¿O aquella era la segunda?

Puede que sea cierto o no que existen los flechazos.

Ellos dos se estaban asaeteando.

Poco importa.

Lo cierto del caso fue que, en aquella callecita de Tánger, tranquila y fresca a esa hora de la mañana como en la mayor parte del día, un hombre y una mujer se encontraron por segunda vez en tres días.

Los dos fueron la comprobación de que en un encontronazo visual puede existir un latir de corazones, tan fuerte y persistente como el tañido de la campana mayor en lo alto de una catedral. La vibración del de ellos dos los puso a latir juntos y los sacudió hasta el alma. Se escuchó en toda la calle, corrió veloz por los vericuetos de la ciudad, hizo agazaparse a los gatos y volar a las palomas y salió hacia el puerto y al mar abierto. Impulsó las velas de las barcas, cruzó el estrecho de Gibraltar y llegó a España sin pasaporte ni visa; porque el amor

es ciudadano del mundo y no pasa aduana ni tiene que declararse.

Él dijo en español, con cierto apuro:

—Te ruego que me disculpes por haber agarrado a tu hija. Es que vi al perro venir corriendo, no supe de dónde, y no me quedaron claras sus intenciones. Así que cargué a la niña, no la fuera él a revolcar con la carrera o la mordiera.

Ella continuaba allí quieta, mirándolo de aquella manera embelesada sin perder la sonrisa. A él le pareció que no le iba a responder, pero ella salió de su pasividad y dijo en perfecto español, como la otra vez y con el mismo tono de voz suave:

—Descuida, no necesitas explicarte. Alcancé a ver lo que sucedió. No tienes por qué disculparte tampoco. Disculpa tú por el sobresalto que nuestro perro te haya podido dar. El postigo estaba entreabierto, la niña se me escapó en un descuido y no me di cuenta. A ella le encanta salir de paseo y yo la saco un rato a esta hora, junto con su primita. El perro fue quien me avisó y lo seguí.

Tanto las palabras de él como las de ella salieron de los labios. Otras más, no pronunciadas, salieron del corazón de cada uno a través de las miradas que no se apartaban del rostro del otro, sumamente interesadas en cada detalle. La mujer no había dejado de sonreír delicadamente. Le demostraba

muy bien, mucho mejor que con las palabras, que no estaba molesta, sino todo lo contrario. Alejandro dijo:

—Tú..., tú eres la chica de las maletas en el tren.

Ella ahora sonrió ampliamente y dijo:

—Y tú el amable samaritano. Hoy estás bien afeitado. ¿Vas por ahí ayudando a la gente? ¿O venías buscándome?

—Qué más quisiera yo. ¡Quiero decir...! no, no.

—Pues si no vas por ahí ayudando a la gente te das buena maña, y si no venías buscándome me encontraste.

—Sí, te encontré, eres tú.

Ella se acercó los pocos metros que los separaban y quedó a un par de pasos de él. Su aroma le comprobó a Alejandro que era ella, que no se equivocaba. Ella puso sus brazos hacia adelante y le dijo algo en árabe a la niña invitándola a ir con ella. La pequeña respondió y movió la cabeza hacia los lados, se volteó y agarró al cuello de Alejandro dejando muy claro que quería seguir en sus brazos. De uno de los balcones salió una risa apagada. Él le dijo a la niña:

—Ah, pequeña bandidita, te gustó la juerga.

—Ya lo estoy viendo —dijo la mujer.

—Por favor, disculpa todo esto. Mi nombre es Alejandro y soy español.

—Yo soy Assalá.

—Toma a tu hija, ya no te la retengo por más tiempo, no vayas a pensar que te la quiero raptar. Aunque con mucho gusto la tendría todo el día conmigo; es divina y huele a bebé.

De nuevo la niña se rehusó a abandonar los brazos de él. Assalá dijo:

—Mírenla a ella, ¿quién lo iba a decir? Está de lo más tranquila y risueña en brazos de un extraño. Le has caído bien, al igual que al perro.

—Sí, eso parece. Tu hija es una niña encantadora y muy hermosa. Lástima que yo no entienda lo que dice.

—No es mi hija, es una sobrina. Su nombre es Nabila. Está para cumplir los dos años y no entiende español ni francés, tan solo el árabe.

—Yo pensé que tú... Como en la estación te recibieron...

Ella comprendió, sonrió todavía más y dijo:

—Eran dos de mis hermanos. Yo no estoy casada.

Una mujer dijo algo en árabe, oculta tras la *mashrabiya* de una de las ventanas abiertas del balcón del segundo piso. Assalá le respondió, también en árabe, y hubo una breve conversación entre las dos,

que la hizo sonreír.

El galgo seguía dándole vueltas a Alejandro, que preguntó:

—¿Qué raza es?

—Es un lebrel Sloughi marroquí —dijo ella.

—¿Son buenos con los niños?

—Este lo es. Parece más bien un perro pastor y ellos son sus ovejitas.

—Bueno, no sé cómo vamos a hacer, porque Nabila sigue sin querer ir contigo. Quizás ella vaya caminando si la vuelvo a poner en el suelo.

Él hizo la intención de posarla. La niña se volvió a agarrar a su cuello y subió los pies, indicando que no quería bajarse tampoco. Assalá dijo:

—Pues no quiere. Yo no le había visto un comportamiento igual. Tú le has caído muy bien. Nabila, ¿no quieres venir un poco conmigo?

Assalá se lo preguntó en árabe a la niña intentando agarrarla, y ella le dijo que no.

—Pues sigue sin querer —dijo Alejandro.

—Nada, que ella quiere estar contigo.

Desde el balcón dijeron algo y Assalá sonrió otra vez.

Tres mujeres, que vestían chilabas y tenían las cabezas cubiertas con pañuelos negros, venían por la calle diciéndose algo muy sonrientes. La de más edad, que parecía la madre de las otras, saludó a

Assalá en árabe, le preguntó algo y ella dijo que no. La mujer dijo algo más, a lo que Assalá movió la cabeza de manera negativa y sonrió. La que estaba oculta tras las celosías de la ventana, en el segundo piso, intercambió algunas frases con ella. Lo que dijo la hizo reír a ella y sonreír a Assalá. Las dos más jóvenes también le dijeron algo a Assalá. Por las sonrisas y el tono, para Alejandro estuvo claro que fue alguna clase de broma. Las tres entraron por una puerta del lado izquierdo, no sin darles una última mirada, muy sonrientes. Assalá le preguntó a Alejandro:

—Te entendí que no sabes árabe, ¿no es así?

—No, salvo algunas cuantas frases de saludo y una que otra palabra suelta que puedo decir y entender.

—Mejor así —dijo ella con una sonrisa de picardía.

Un hombre, de unos sesenta años o muy cercano a ellos, salió por el postigo azul. Vestía una camisa, que llevaba por afuera del pantalón, y calzaba babuchas de cuero amarillo. Le dijo algo al perro y este entró en la casa con paso ágil. El hombre se acercó a ellos y habló en árabe. Assalá le respondió en una larga explicación. De la misma ventana volvió a salir la voz femenina de antes. Assalá agregó algo más, el hombre sonrió y le dijo

en español a Alejandro:

—Es muy interesante lo que mi hija me ha referido. Así que por evitar que a una niña, completamente desconocida para ti, la pudiera morder un perro o causarle otro daño, según tú supusiste en las prisas del momento, preferiste exponerte tú. A mis ojos ese es un acto muy valiente y altruista, del que te quedo muy agradecido.

—Él es un hombre generoso por naturaleza — dijo Assalá.

—¿Por qué lo dices? ¿Ya lo conocías?

—Tan solo de vista en un encuentro en la estación. Él me ayudó a bajar las maletas del tren. Luego dijo que no podía permitir que yo llevara dos y él solamente una, y me llevó una de las maletas hasta que Ghanim y Alí llegaron.

—Fue un acto muy amable, sin duda. ¿Él te venía buscando ahora? ¿Habías quedado con él?

—No. Yo no le di mi nombre ni nada, tan solo las gracias. Todo esto ha sido pura coincidencia.

El hombre le dijo algo a la niña y quiso agarrarla. Ella se rehusó a dejar el cuello de Alejandro.

De la ventana superior salió de nuevo la risa de mujer y dijeron algo.

—¿Ves lo que te decíamos, padre? —le preguntó Assalá.

—Sí, ya lo estoy comprobando. Pues nada, tenemos que agradecer a este caballero su valeroso y desinteresado acto. Que el hecho de que el perro no hubiera sido un peligro real, en nada disminuye el mérito de su acción. Mi nombre es Kassem Rachid Benkabir y soy el padre de Assalá y abuelo de Nabila.

—Mucho gusto en conocerlo, Kassem Rachid. Mi nombre es Alejandro del Paso Ejarque.

—Nabila no se quiere desprender de ti y yo no quisiera arrancarla de tus brazos. Además, como tengo que agradecerte, de la manera apropiada, tu valeroso acto más la ayuda que le prestaste a mi hija en la estación, ¿querrías hacerme el honor de tomar el té conmigo?

—Yo...

Ante su duda, Kassem le preguntó:

—¿Tienes algún compromiso que atender?

—No, la verdad es que no lo tengo.

Los ojos de Alejandro se escaparon hacia Assalá y encontró los de ella muy fijos en él, y aquella suave sonrisa en los labios. A su mente llegó la dolida frase que, de forma insistente, había llenado su mente en la estación del tren: «Si yo la volviera a encontrar».

Kassem le preguntó:

—¿Debo de entender eso como una aceptación?

—Sí; sí, acepto su invitación y le quedo

agradecido, señor.

—Magnífico. Acompáñanos a nuestra casa, por favor.

Al llegar al final de la calle, Alejandro comprobó que aquel hueco oscuro de la izquierda era un estrecho y oscuro callejón en curva, apenas más alto que una persona y cuyo final no se divisaba.

Las puertas de entrada a las casas musulmanas suelen dar a un «zaguán», el *guardián* permanente que impide la vista al interior y resguarda la ansiada intimidad del ámbito familiar. Algunos zaguanes eran muy sencillos y pequeños. El de aquella casa había sido convertido en lo que podía considerarse un vestíbulo muy agradable. Las paredes eran blancas y la decoración elegante, aunque sobria, con un par de mesitas que tenían algunos adornos encima. De frente a la puerta, el vestíbulo tendría dos metros y medio y corría hacia la derecha por unos cuatro. Al final, un arco árabe trilobulado permitía el acceso a lo que era el interior de la casa, propiamente. Una escalera subía a los pisos superiores. Había un par de espejos colgados y Alejandro le preguntó a Kassem:

—¿Son simple decoración o sirven para distribuir mejor la luz y dar profundidad? ¿O acaso tienen la función práctica para la que están hechos?

—Es una pregunta que nunca me habían

hecho. Pues eso tendría que preguntárselo a las mujeres, que fueron quienes decoraron esto. Yo supongo que cumplen ambas funciones. Aunque por lo que he observado, la principal aquí es para que ellas se den el último vistazo antes de salir, para asegurarse de que están bien arregladas y lo comprueben al llegar. Un espejo nada más nunca es suficiente para todas ellas.

La sonrisa de Assalá se reflejada en uno y Alejandro encontró sus ojos.

Se detuvo al cruzar el arco de la puerta. No se esperaba aquella lujuria de luz, de aire, de frescura y de color encerrados entre cuatro paredes de un gran patio interior descubierta, en el que había seis palmeras datileras.

Era un amplio patio de planta cuadrada, que tendría cerca de veinte metros por lado. Una serie de altas columnas, con capiteles profusamente decorados y hermosos arcos trilobulados, estaban cubiertas con mosaicos de colores. Sostenían las dos plantas superiores, que estaban bordeadas por corredores a los que daban varias puertas y ventanas en cada lado.

En la planta baja, en la pared derecha había también cuatro ventanas y otras tantas puertas, que estaban abiertas y se encontraban cubiertas con finas cortinas. El corredor en ese lado del primer

piso las protegía de la lluvia.

Como punto focal del patio, en todo el centro se levantaba una fuente con un pedestal cilíndrico cubierto de mosaicos, en los que predominaban los colores cálidos. El plato superior, de forma circular y un metro de diámetro, dejaba desbordar el agua que se vertía en un pequeño estanque de forma octogonal regular, que la rodeaba y en el que flotaban algunas plantas acuáticas. Tenía un par de metros de diagonal máxima y estaba escavado unos treinta centímetros en el suelo. El fondo era de mármol claro, quizás marfil. El brocal, de un color dorado, estaba a ras del piso y separaba al estanque de una zanja de veinte centímetros de ancho, que lo bordeaba. Esta servía de rebose al agua del estanque, así como de colector de drenaje para las escorrentías del agua de lluvia en el patio.

Desde la canal, siguiendo los lados del octógono, continuaban otros pequeños mosaicos en los que predominaban los colores frescos, destacando el blanco y los azules con algo de amarillo y rojo. Se extendían un metro y medio por el piso. El resto del patio era de pequeñas baldosas decoradas en azul y blanco, que dejaban destacar perfectamente la fuente y el octógono que la rodeaba. Resultaban el punto más llamativo del patio, por excelencia, y le daban su espectacular toque de lujo y distinción.

Bajo las palmeras había mesas hechas en hierro forjado, perfectas para la intemperie. La parte superior era circular, todas en mosaicos de diferentes tonalidades. Alrededor de cada una se encontraban cuatro sillas, también de hierro forjado, con mullidos asientos y respaldos en tela impermeable. Había cuatro bancos más, a juego, que permitían sentarse a tres personas en cada uno. Las tres paredes del patio estaban trabajadas en la técnica del *zellige*, que llegaba hasta la altura del corredor del primer piso. Era un bellissimo trabajo marroquí con flores y diseños geométricos, primorosamente mezclados haciendo figuras diversas.

Todo el conjunto arquitectónico de aquel patio respiraba colorido, sosiego y relajante tranquilidad. El agua de la fuente, al caer en el estanque, le proporcionaba al ambiente la sonora musicalidad necesaria y la sensación de frescura y naturaleza libre.

Enfrentado con el arco de entrada desde el zaguán, patio por medio, había otro arco trilobulado similar, que daba a un pasillo al final del cual también se veía luz. De allí provenían, algo apagadas, risas y voces femeninas e infantiles.

—¡Caray! Qué casa tan preciosa —dijo Alejandro.

—¿Te agrada? —le preguntó Kassem.

—Sí, muchísimo. Es sencillamente magnífica, espectacular. Vaya frescura que se siente. Me podría quedar aquí todo el día. Me fascinan la luz y el colorido que tiene. La decoración que habéis logrado es absolutamente magnífica. Esto es más hermoso que muchos de los *riads* que he visitado, y mira que han sido unos cuantos. Es como estar en un palacio o en la residencia de un sultán.

—Me honras con tu opinión y yo me siento muy complacido de que te guste nuestra casa —dijo Kassem—. Ahora espero que tú te sientas tan cómodo en ella como si estuvieras en la tuya. Assalá, hija, busca a Ainaya, ¿quieres? A ver si ella es capaz de recuperar a su hija. De paso pide que nos traigan té.

—Sí, padre.

En el lado izquierdo del patio, hacia adentro de las columnas se extendía un enorme ambiente único. Podía entenderse como una continuación techada del patio, con un fondo de ocho metros. Las columnas interiores repetían los mismos arcos trilobulados de las otras.

El rey indiscutible de aquel salón era el enorme *mtarba* que corría pegado a la pared. Aquel larguísimo sofá marroquí tendría más de quince metros en su lado más largo. Corría por la pared frontal en completa libertad, hasta encontrarse

en el lado derecho con otro sofá igual, que estaba arrimado a la otra pared en una sola continuidad. Hacia el lado izquierdo se unía con otro sofá similar, que hacía la escuadra teniendo detrás un blanco tabique de *mashrabiya*, que estaba unos tres metros separado de la pared.

Todo el *mtarba* estaba tapizado en una tela colorida y elegante, al más puro estilo marroquí, y lleno de atrás adelante con cojines de diversos tamaños, colores, diseños y texturas; tan perfectamente acomodados que parecía que fueran a pasar una inspección militar.

Cerca de los sofás, y a todo lo largo de ellos, había más de una veintena de mesitas de baja altura, hechas de madera y laqueadas. De trecho en trecho había algunas otras de un metro de diámetro y un poco más altas. Tanto unas como otras eran octogonales. Las superficies y los pedestales tenían incrustaciones de varios tonos y colores, que formaban diseños geométricos y complicados arabescos. Algunas de las mesas grandes tenían encima cestas y bandejas con frutas, higos pasos, dátiles y semillas diversas. Sobre una de ellas había cuatro tableros de ajedrez con sus fichas colocadas. Sobre otra estaban varias cajas de juegos de backgammon. Las pequeñas mesitas auxiliares estaban vacías. Detrás de cada columna había un precioso arcón

de madera finamente trabajada con incrustaciones.

Todo el piso del salón era de pequeñas baldosas con motivos florales y geométricos. En la zona de los sofás había cantidad de alfombras en una amplia paleta de colores y diseños, en los que jugaba un papel fundamental la gama del magenta con gritos de fuertes colores de fuego. Regados en el suelo, por aquí y allá había cojines de distintos tamaños, así como una ingente cantidad de pufs tapizados con gran colorido. Había también unos cuantos sillones. En aquellos sofás corridos se podían acomodar, muy tranquilamente, más de cuarenta personas, y muchas otras más sentadas en los pufs y sobre los cojines en el suelo.

Las paredes tenían un cálido color que jugaba entre el bermellón, el granate y el rosa, o quizás fueran varios. En la más larga, del fondo, que le daba frente al patio, había cinco grandes nichos. En cada uno de ellos destacaba un jarrón, a cada cual más primoroso. En el resto de la pared y en las otras había hermosos tapices, espejos con gruesos marcos dorados decorados y algunos apliques para ambientar las horas nocturnas. Del alto techo colgaban grandes lámparas.

En el zaguán de entrada privaba la austeridad, que daba un aire de elegante sobriedad inicial. Allí adentro, al contrario, reinaba el refinamiento bien

entendido y administrado. Estaba plasmado en un lujo sin demasiada ostentuosidad, en el que el cobre, el bronce, la plata, las maderas finas y la cerámica se enseñoreaban por completo. Todo el ambiente del salón se iluminaba con la cálida y colorida decoración típica marroquí.

**

Kassem condujo a Alejandro hacia el lado izquierdo del salón y le indicó la esquina del sofá más largo. Alejandro se sentó y Kassem lo hizo en la esquina del sofá corto, que hacía el ángulo y tenía la *mashrabiya* detrás. De aquella manera, ambos quedaban en la mejor posición para poder conversar de frente. La niña comenzó a saltar sobre las piernas de Alejandro. Kassem comentó:

—Tú has de ser una persona con un gran corazón y muy buenos sentimientos.

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó Alejandro.

—Porque eso es algo que los niños sienten, al igual que muchos animales, tal como lo hizo nuestro perro.

—Bueno, lo de Nabila yo creo que habrá sido más bien porque le di fiesta y parece que eso le gusta. Es una niña muy alegre.

—Sí, lo es y le gusta que le hagan fiesta, como todos los niños; pero Nabila es poco dada con los

extraños. No obstante, por lo que yo entendí, ella prácticamente corrió hacia ti y no se ha querido despegar de tus brazos. En mi opinión, eso es algo que habla muy bien en tu favor. Me parece que eres español.

—Sí.

—¿De dónde?

—De Zaragoza, aunque he vivido muchos años en Madrid, que es donde resido.

—Así que aragonés. ¿Estás de turismo en Tánger?

—Sí. He estado recorriendo algunas ciudades de Marruecos.

—¿En cuáles has estado ya?

Nabila le quitó el sombrero a Alejandro y se lo puso ella, muy risueña y divertida porque le tapaba toda la cabeza.

—Llegué por avión a Casablanca, donde estuve tres días. De Ahí seguí un poco la costa hacia el sur. Me fui un día a El Jadida, pasé otro en Safi, estuve dos en Essaouira y otros dos en Agadir. Luego fui a Marrakech, donde estuve seis días.

—¿Qué te pareció?

—Para hacerme una mejor idea de la ciudad, lo primero que hice fue un recorrido en el autobús turístico de dos pisos. Me gustó el ambiente campestre y tranquilo de la zona de los campos

de golf y las grandes villas. En los palmerales me asombró el ingenioso y complejo sistema de riego subterráneo que tienen las palmas. Nunca me lo hubiera imaginado si no fue por que me lo explicaron.

—Sí, es un sistema muy laborioso, pero que una vez construido rinde muy buenos frutos porque se evita la evaporación del agua. De esa manera se aprovechan muchísimo más los escasos recursos hídricos —dijo Kassem.

—Como no podía faltar, y puesto que me gustan tanto los caballos, hice varios recorridos de la ciudad, uno cada día.

—¿En las calesas?

—Sí, las que tienen su parada en el parque o plaza que está junto a Jemaa El Fna, cuyo nombre no recuerdo. En una de esas calesas volví a realizar el circuito de los palmerales, esa vez con más sosiego y deteniéndome en donde me apetecía, porque quería visitar el Palmeraie Golf Palace. En la ciudad, propiamente, me agradó la zona de Gueliz.

—Hay quienes consideran que en la ciudad es la mejor zona para vivir —dijo Kassem.

—Otros ocho días los utilicé en una excursión hacia varias kasbah, los palmerales de Skoura y Tinerhir; Qarzazate, las gargantas del Dades y del Todra, y el desierto del Erg Chebbi en Merzouga

que era algo de lo que tenía muchas ganas.

—¿Te gustó el desierto?

—Sí, me encantó la experiencia de dormir en las jaimas, las salidas y las puestas del sol y los paseos sosegados en camello. Fui en un grupo y el ambiente estaba demasiado turístico, aunque me agradó y el tiempo me supo a poco. Tengo que volver con más calma, para dedicarle todos los días al desierto nada más, sin el resto del recorrido. Luego estuve tres días en Fez y de ahí fui a Rabat por otros tres días; de allí vine para acá. Este es mi tercer día en Tánger.

—Ha sido un buen recorrido. ¿Qué criterio tienes para elegir los días que te quedarás en un sitio? —le preguntó Kassem.

—A través de Internet suelo ver los planos de las ciudades y determino qué tan grandes son. Leo comentarios sobre los sitios de interés a visitar, veo fotografías y videos y con ello tomo una decisión inicial. La única reservación de hotel que llevaba fue la de Casablanca. En las demás ciudades me fui quedando según lo sentía. Sé que eso puede ser todo un problema cuando se viaja en temporadas altas, pero no tuve mayores inconvenientes para encontrar alojamientos y me fue bien. En Marrakech yo tenía previstos cuatro días nada más y, al final, prolongué la estancia mucho más, como le dije.

—Veo que eres una persona planificadora y meticulosa, que también te gusta dejar ciertas cosas a como vayan viniendo. Eso quiere decir que no tienes dificultad para afrontar imprevistos y reveses. Por lo que me parece entenderte creo que te gustó Marrakech.

—Sí, la disfruté bastante. Como ciudad creo que me gustó más que Tánger, aunque de esta no puedo hablar con propiedad, ya que todavía no la recorro completa. Aquí es mucho más fresco, como en las otras ciudades costeras. Se agradece mucho la brisa marina —dijo Alejandro.

—Sí, ella modera el clima. El viento es un gran benefactor para nosotros y le tenemos cierta veneración, por así decirlo. Lo tenemos del Mediterráneo y del Atlántico. Si yo te fuera a juzgar por la mayoría de los turistas, tendría que suponer que después de tantas visitas, tú vendrás también con maletas atiborradas de recuerdos. Pero no se compaginaría con el hecho de que traes una sola maleta mediana, por lo que le entendí a mi hija Assalá.

—No traigo absolutamente ninguno de esos recuerdos típicos. Cuando llegué a Casablanca me compré este fresco sombrero de paja, que fue fundamental para el sol; porque el mío se me había quedado. Mientras yo tenga la cabeza fresca

puedo sobrellevar el calor muy bien. En Marrakech compré una *igal* original, porque en España no la pude conseguir; un *shumagh*, una chilaba, una *kandora*, un *jabador* y unas babuchas. Fuera de eso llevo unos perfumes para mi hermana, sus dos hijas y su esposo. Ninguna otra compra estaba dentro de mis planes.

Kassem dijo:

—Así que nada más te compraste muestras de nuestra ropa tradicional.

—Sí, quise saber lo que era vestirse de esa manera. En mi viaje al desierto me vestí con la chilaba y el *shumagh* y puedo decir que me fue muy bien.

—¿Preferiste el *shumagh* al sombrero?

—La elección fue prácticamente obligada. Hacía tanto viento que el sombrero se me volaba porque no tenía barboquejo. El *shumagh* funcionó de maravillas para el sol, a pesar de la falta de visera, además de que impedía que me entrara la arena por la boca y el cuello.

—¿Y no has usado la ropa en la ciudad?

—Sí, en Marrakech y en Fez usé el *jabador* y la chilaba con las babuchas. No me sentí nada extraño. Antes bien: me resultó mejor porque nadie se fijaba en mí. La *kandora* no la estrené todavía.

—Me alegra escuchar eso. Tú eres un turista

atípico. Todos se van cargados de teteras, platos, adornos para la casa, pipas, recuerdos y regalos; las mujeres mucho más que los hombres.

—Los mejores recuerdos los llevo atesorados en mis ojos y en el corazón. Otros están dentro de mi cámara fotográfica. Del resto yo no tengo a quién llevarle regalos.

Kassem creyó notar una sombra de amargura en aquellas últimas palabras.

—¿Cuánto tiempo piensas estar en Tánger?

La niña no había parado quieta un minuto, y ahora volvía a saltar sobre las piernas de Alejandro, que le dijo:

—Nabila, pequeña traviesa, no quieres sino estar saltando. Qué vitalidad tienes. Tú agotarías incluso a un camello. Sí, ríete, que yo no me canso de escucharte ni de mirar esos enormes ojos tan preciosos. A ver, quédate entre tu abuelo y yo un ratito, en esta esquina que hacen los dos lados del sofá. Aquí no te caerás al suelo por más que rebrinques.

La niña no se quedó allí y volvió a sus piernas. Kassem se rio y dijo:

—No cabe ninguna duda de que Nabila no se te quiere despegar.

—Así parece. Disculpe, Kassem Rachid, en Tánger tengo previsto quedarme cinco días.

—Por lo que mencionaste entiendo que has estado alojado en algún *riad*.

—Sí, en las ciudades que he visitado procuré alojarme en alguno de los que me recomendaron. En Marrakech me alojé en dos y visité algunos otros, a cada cual más precioso, para tenerlos como referencias para una futura visita.

—Eso me hace entender que quedaste complacido con nuestro país y que piensas regresar.

—¡Oh, sí! Eso puede tenerlo por seguro. Además de la gente y sus diferentes modos de vida, esta ha sido una buena oportunidad para conocer un poco la arquitectura y la decoración marroquí. De no haber sido por eso, yo no habría tenido la menor idea de lo hermosa que es. Ahora me arrepiento de no haber venido antes.

—Así que te gusta nuestra arquitectura tradicional.

—Sí, y ya estoy comprendiendo su utilidad práctica en climas tan calurosos. Es una arquitectura preciosa, sobre todo cuando está tan bien complementada con la decoración, como esta casa. Aquí la luz y el aire están adentro por completo, en el centro, y buscan circular y repartirse por toda la casa; a diferencia de las europeas donde están por fuera y puede que entren o no.

—En Andalucía y la parte meridional de

España tenéis casas de planta similar a las nuestras, construidas alrededor de un patio.

—Sí, pero yo nunca he estado en ninguna de ellas.

**

Regresó Assalá que arrimó una de las pequeñas mesitas octogonales, pegándola a la que quedaba enfrente de su padre y de Alejandro. Una mujer traía una bandeja con dos relucientes teteras plateadas y un par de vasos, que colocó sobre una de las mesitas. Sobre la otra dejó un gran plato delicadamente decorado, que contenía pastas y dulces surtidos. La mujer se retiró, no sin darle unos buenos vistazos al visitante.

—Mi hermana ya viene —dijo Assalá.

—Siéntate aquí, hija, acompáñanos, si no te importa. A fin de cuentas, tú fuiste quien encontró a nuestro huésped.

Assalá se sentó a su lado y dijo:

—En ese caso, me parece que quien lo encontró fue Nabila.

—Sí, aquí. Pero tú fuiste quien lo encontró en la estación del tren, ¿no?

—En la estación fue él quien me encontró a mí, una mujer desvalida pasando algunos apuros —dijo ella.

—Como haya sido. Mira a Nabila, no ha

dejado de jugar con él, reír y darle besos —dijo Kassem.

—Sí, ya me he dado cuenta. Tendríamos que filmarlo o nadie se lo creerá —dijo Assalá.

Nabila dijo algo señalando los dulces. Assalá le dio uno que estaba algo curvado en forma de una media luna. La niña mordió una puntita con todo gusto. Como Alejandro la estaba mirando, ella le regaló una maravillosa sonrisa y le arrimó el dulce a la boca. Él se quedó un poco cortado y Kassem le dijo:

—Está bien, no hay problema.

Alejandro le dio un cuidadoso mordisquito y le dijo en francés a la niña:

—Muchas gracias, Nabila, está muy rico.

Kassem dijo:

—Me tiene asombrado. Ella es muy dadivosa, aunque no es un comportamiento normal ante un extraño. Esperemos que su madre pueda recuperarla o tendrás que darle tú la comida.

—Eso no me importaría nada. Yo lo estoy disfrutando como nunca. Cada una de las caricias de estas manitas de ángel vale un Potosí —dijo Alejandro.

—¿Te gustan los niños?

—Ya no sé cuando fue que tuve uno en brazos por última vez. Yo soy el menor de mis hermanos,

así que ni eso. Ya había olvidado lo que son las caricias de un niño. Cargué y le di algunos biberones a la última hija de mi hermana, y de eso hace unos veinte años, tantos que ni lo recuerdo.

—¿No tienes hijos?

—No.

—¿No estás casado?

Kassem ya había notado que Alejandro no llevaba anillo de matrimonio, aunque eso no quería decir nada en un hombre, por lo que hizo la pregunta mientras se inclinaba hacia adelante para agarrar su tetera. Fue también para poder ver mejor la cara de su hija, de manera disimulada. Alejandro respondió:

—Me casé a los veintisiete años y me divorcié a los treinta. No tuvimos hijos. Ahora que tengo en brazos a esta niña tan encantadora y alegre ya lo estoy lamentando.

Kassem realizaba el procedimiento de escanciado para la mezcla, enfriado y oxigenado de la bebida. Sonrió internamente, al notar la suave sonrisa de Assalá y la expresión de su mirada ante la respuesta de Alejandro.

—Alá le trae a cada hombre las cosas en su justo momento, los hijos sobre todo. Quizás tú no estabas listo para ellos.

Nabila le volvió a acercar su dulce a la boca y

Alejandro dio otro mordisquito.

—Quizás no, Kassem. Pero como siga teniendo en brazos a Nabila creo que saldré corriendo a buscarme una hija igual —dijo dándole un beso que la niña le devolvió—. ¿Sabes si las tienen en el mercado del zoco? ¿En qué sección están, junto a las lechugas frescas, al lado de la hierbabuena o donde las flores?

Assalá logró contener la risa. Kassem se rio muy divertido y le respondió:

—No. Que yo sepa no las venden, mucho menos junto a las lechugas o la hierbabuena. Aunque no me he fijado si habrá alguna entre las flores.

—Pues sí, puede que ya sea mi momento para tener hijos, como tú dices, y Nabila me lo esté diciendo.

—Por algún motivo habrá sido que ella fue corriendo hacia tus brazos, como si fuera su padre el que llegara —dijo Assalá.

Los ojos de Alejandro, una vez más, se fueron hacia los de ella, que tenía casi de frente. Se encontró con los suyos, que ahora parecían brillar de otra manera. Quizás reflejaban mayor interés. Encontró también aquella suave sonrisa, entre divertida y traviesa, que parecía ser permanente en ella. Él le respondió:

—Sí, por alguna razón habrá sido, si acaso todas las cosas tienen un motivo y una razón.

Kassem dijo:

—Cuando el impulso de tener un hijo llega es una buena señal en el hombre. ¿A qué estás esperando tú?

—A lo más difícil.

—¿Qué es lo más difícil?

—Encontrar a una mujer.

—No me dirás que no has conocido a ninguna.

—A muchas, pero...

Nabila, muy sonriente y dispuesta a compartir su dulce con Alejandro, definitivamente, lo mojó en el té y se lo volvió a meter a él en la boca para que mordiera.

—Esto es increíble —dijo Kassem.

Assalá, tan sonriente como su padre, dijo:

—Eso mismo digo yo; también me tiene asombrada.

Alejandro completó lo que iba a decir antes:

—Nunca encontré a la mujer adecuada.

—¡Ah, sí! Has dicho la gran verdad. Eso es muy importante: ha de ser la adecuada; tienes muchísima razón —dijo Kassem—. Es una de las cosas más importantes y trascendentales en la vida de un hombre, que hay que pensarse bastante bien, porque es dar inicio a una familia con todas sus

responsabilidades.

Al servirse el vaso de té, Kassem miró de soslayo a su hija. En realidad no le había quitado ojo de encima, de la manera más sutil posible, y ahora creyó notar un ligero repunte de su sonrisa. Tampoco le pasaban desapercibidas las miradas que su huésped le daba a ella. Alejandro lo hacía con la mayor discreción, cosa que a él le gustó.

Había muchas cosas que a Kassem le estaban agradando de aquel hombre. Particularmente el hecho de que se viera tan relajado y cómodo, al punto de que se hubiera decidido a tutearlo; así como la cariñosa paciencia que estaba teniendo con la niña, y que ella se sintiera tan a gusto con él. Retomando el tema que ellos dos habían tenido antes, Kassem le informó a su hija:

—Nuestro huésped ha estado recorriendo el país. Su última parada fue en Rabat.

—¿Estuviste en Rabat? —En la voz de Assalá hubo cierta sorpresa—. Yo pensé que venías en el tren desde Casablanca o Marrakech, porque no te llegué a ver en la estación.

—En Rabat hice amistad con un matrimonio español que estaba en mi mismo hotel. Ellos se retardaron y llegamos a la estación a última hora. Se la pasan en eso, siempre a la carrera y llegando tarde. Es como un modo de vida. Tú y yo veníamos

en vagones distintos y es posible que, cuando mis amigos y yo llegamos corriendo, tú estuvieras muy ocupada peleando para acomodar tus dos grandes maletas en el compartimento.

Assalá aumentó su sonrisa y dijo:

—Sí, es muy posible que haya sido de esa manera. ¿Qué te pareció nuestra capital?

—Me gustó bastante más que Casablanca.

—¿Y los tranvías en las dos?

—No —dijo él tajante.

—¿Por qué no?

—Demasiado modernos, como los de Madrid. Yo hubiera preferido unos de los viejos tranvías clásicos, aunque supongo que la gente agradecerá más esos modernos y climatizados.

—¿Cuántos días estuviste en Rabat? —preguntó ella.

Él le dio un nuevo mordisquito al dulce de Nabila y dijo:

—Tres días.

Kassem le aclaró a su hija:

—Esta es su última parada antes de regresar a Madrid, donde vive.

—Disculpa, que no te aclaré eso —dijo Alejandro—. De aquí me iré para Tetuán. Pienso estar allí unos dos o tres días, según lo sienta. Por esta vez será mi destino final en Marruecos, antes de

volver a España.

—Tetuán es una ciudad digna de conocerse.

—Eso me han dicho.

Kassem le dijo a Assalá:

—Según nuestro huésped me ha contado, él ha quedado gratamente impresionado con nuestra arquitectura tradicional. ¿Aquí estás alojado en un *riad* también? —le preguntó a Alejandro.

—No, aquí no. Desde Rabat, el último día intenté reservar por teléfono en los tres que me habían recomendado más, pero no tenían disponibilidad.

—No es extraño, estamos en plena época turística y esos establecimientos suelen ser pequeños, por lo general, y disponen de muy pocas habitaciones.

—Fue por eso por lo que terminé buscando en los hoteles grandes. No me interesaban los de playa que están hacia el este de la ciudad. Intenté con los que quedaran cerca de la medina. En ese momento tenían habitaciones en varios, entre ellos el Intercontinental, el Rembrandt y El Minzah. Elegí este último porque tenía una mejor ubicación y es distinto. No quise enredarme dentro de la medina en el Continental. Estuve dos días en El Minzah y hoy pasé para el Dar El Mumtaz Tánger.

Kassem tuvo un gesto levantando una ceja.

—¿Por qué te cambiaste? ¿Hubo algo que no te

gustara en El Minzah?

—El hotel esta muy bien, no tengo ninguna queja de él. Fue solo que ayer, caminando por ahí encontré este otro. Su fachada y aspecto me agradaron, entré a darle un vistazo y me gustaron su arquitectura y la rica decoración marroquí. Tenía un algo especial. Había una habitación, pedí que me la mostraran y cuando la vi no lo pensé y decidí cambiarme.

—Así que estás alojado en el Dar El Mumtaz. —Kassem intercambió una mirada con su hija y añadió—: Vaya cosas tan curiosas que tiene la vida, definitivamente. Separadas no serían nada, mas cuando ella nos las pone todas juntas, íntimamente interconectadas y en el mismo momento, es como para comenzar a pensar en los motivos.

—¿Conoces el hotel? —le preguntó Alejandro.

Nabila le ofreció el dulce de nuevo, que él mordió un poco otra vez. La niña se metió en la boca lo que quedaba, sonrió, hizo un gesto con las manos y dijo algo en árabe.

—¿Qué dijo? —preguntó Alejandro.

—Que se terminó y estaba rico —respondió Assalá.

Kassem, respondiendo a la pregunta de Alejandro, le dijo:

—Conozco ese hotel, por supuesto. Creo

conocer la mayoría de los hoteles de Tánger, al menos por el nombre. ¿Conseguiste una buena habitación?

—Sí, en el quinto piso. Es muy amplia y confortable, con una gran cama y un cuarto de baño enorme. La vista desde el balcón es magnífica. Estuve de suerte.

Llegaron un par de mujeres que tenían un fuerte aire de familia con Assalá. La mayor tenía unos cincuenta y cinco años y vestía una floreada chilaba verde. La otra tendría unos pocos años menos que Assalá y vestía chilaba de color azafrán. Ambas se cubrían la cabeza con un pañuelo blanco, aunque no de forma estricta; más bien como quien se lo pone para salir del paso. Kassem le dijo a Alejandro:

—Salvo mi hija Assalá, mi hijo mayor Hasán y mi yerno Asafar y yo, en la familia nadie más habla español lo suficiente como para conversar; aunque entienden bastante, unos más que otros. Mis nietos lo están aprendiendo en el colegio y los mayorcitos ya se defienden. Mi nieta Sabira y mi hija menor, Nassama, son las que más. Todos hablamos francés, además del árabe. Mi hija me dijo que tú hablas bien el francés.

—Sí.

—Perfecto, nos entenderemos bien, si no te

importa seguir conversando en esa lengua.

—Por supuesto, Kassem.

Este le dijo en francés a la mujer de más edad:

—Quiero presentarte a nuestro grato invitado. Su nombre es Alejandro del Paso, español de Zaragoza que vive en Madrid. Está divorciado desde hace bastantes años y no tiene hijos. Pero desde hace un rato le han entrado ganas de conseguirse, entre la hierbabuena y las flores del mercado, una hija como Nabila. —Las dos mujeres sonrieron—. Alejandro, ella es mi esposa Nouria.

Él se había puesto de pie, con la niña en brazos, y dijo también en francés:

—Es un placer conocerla, señora.

Kassem añadió:

—Tenemos tres hijos varones y cinco hembras. Assalá es la segunda. Ella es Ainaya, nuestra tercera hija y madre de Nabila, de quien tú te has apropiado esta mañana.

—No, ella es la que se ha apropiado de mí y no me quiere soltar, y yo encantado —dijo Alejandro.

—Sí, me parece que eso es mucho más acertado.

Assalá les dijo:

—No lo creeréis, Nabila se ha comido un cuernito de gacela y lo ha compartido completo con Alejandro.

Con la misma cara de incredulidad que Ainaya,

Nouria dijo:

—¿Ella hizo eso?

—Sí, e incluso se lo mojó en el té.

Alejandro dijo:

—Es un placer conocer a la madre de esta preciosidad tan generosa que me ha regalado besos, abrazos y parte de su dulce. Ya noto el parecido. Mejor me la quitan o voy a terminar escapando con ella.

Ainaya no le respondió. Sonrió un poco, le dijo algo en árabe a la niña y extendió los brazos para agarrarla. Nabila se rio y fue con ella.

Alejandro le dijo a Assalá:

—¿Viste? El poder de una madre es mayor que el de una hermana, aunque sea la mejor tía.

—Sí, ha quedado demostrado —dijo ella devolviéndole la sonrisa—. Lo curioso es que el poder de un hombre desconocido haya sido mayor que el de la mejor de las tías.

—Sí, ha sido de lo más curioso —dijo él.

—Voy a cambiar a Nabila —dijo Ainaya.

Ella le dio una nueva mirada a Alejandro y movió la cabeza, como disculpándose. Le dio a su hermana otra mirada larga e inquisitiva, sonrió y se retiró.

Nouria se sentó junto a Assalá dejándola entre ella y Kassem. Alejandro lo hizo en el otro lado y

Kassem le preguntó:

—¿Qué hacías por estos lados de la medina, hoy viernes? No es una zona turística ni paso hacia ninguna parte.

—Sí, ya noté que no es paso hacia ninguna parte. Pues resulta que de la Plaza del 9 de abril subí paseando por la Rue D'Italie y entré por Bab Kasbah. La parte de la muralla de Borj Ben Amar y el palacio estaban cerrados, así que estuve visitando la Kasbah y esa zona. Luego bajé por la Rue Amrah. Iba tomando fotos aquí y allá y me salí de ella en alguna parte. Quise cruzar hacia la muralla del lado del puerto y no di pie con bola con el plano que traigo, y su desfase con la realidad que me presentaban las calles. Unas que aparecen en el plano no las encontré, muchas más no están en el plano. Otras que él muestra como continuas no tienen salida; mientras que otras no son ciegas, sino callejones cubiertos y pasadizos, y otras callejas no llevan a ninguna parte. Así que lo que me trajo hasta aquí fue que, aunque me dé un poco de vergüenza decirlo: me perdí.

Todos sonrieron y Kassem dijo:

—No tengas ningún embarazo en decirlo, porque no has sido el único ni serás el último que se extravía por estas calles. Yo reconozco que son un tanto enrevesadas. ¿Qué pensabas hacer, seguir

dando vueltas?

—A pesar de todo, yo estaba disfrutando del paseo porque conocí bastante. Sin embargo, ya estaba comenzando a considerar si sentarme a llorar o ponerme a gritar que estaba perdido y llamar a mi mamá.

Ahora fue la risa de Assalá la que se escuchó y que, de inmediato, captó por completo la atención de Alejandro. Quedó tan extasiado contemplándola y ella a él, que ninguno de los dos se dio cuenta de las miradas de Kassem y de Nouria. Aquel dijo:

—Sí, en definitiva: la vida tiene sus sorpresas. Yo ya no sé qué pensar, porque cuando le da por sumar uno más uno más uno, no nos queda sino concluir que el resultado ha de ser tres. ¿No te parece, querida?

Su esposa dijo:

—Estoy de acuerdo: me está pareciendo notar algo en ese sentido.

Sus ojos encontraron los de Assalá, que bajó la mirada sin perder la sonrisa. Kassem le dijo a Alejandro.

—Has de disculpar a mi hija. Ella es muy alegre y además ha sido criada un poco a la europea.

—Bastante a la europea —puntualizó Nouria.

—¡Oh, por favor! No tengo nada absolutamente que disculparle, sino bastante que agradecerle —dijo

Alejandro—. Hacía mucho que yo no escuchaba una risa tan hermosa en una mujer, como no podía ser menos en quien ostenta tanta belleza y cualidades.

De nuevo los ojos de los dos volvieron a quedar enganchados. En los de ella hubo complacencia y agradecimiento. Al margen de ellos, Kassem y Nouria intercambiaron nuevas miradas de entendimiento. Él le preguntó a Alejandro:

—¿No se te ocurrió preguntarle a alguien cómo salir?

—Por lo general intento hallar las soluciones por mí mismo. En este caso hacía rato que había intentado preguntar; pero aquellas personas, un par de hombres de bastante edad, solo hablaban árabe.

—Sí, hay muchos que no hablan otra lengua. Ya quedamos pocos tangerinos. La mayoría de los habitantes de esta ciudad son de otras partes del país, donde las influencias culturales y lingüísticas, de los protectorados de España y de Francia, no penetraron igual o ni siquiera llegaron. Es preferible preguntar a los niños y jóvenes, porque la mayoría ya habla francés y muchos también hablan español.

—Cuando me pareció que la calle no continuaba me iba a devolver. Estaba dispuesto a preguntar a unos hombres que vi en la cafetería de la esquina, o de pagarle a algún niño para que me

llevara hasta la Rue De la Marine. Desde allí ya me oriento bien.

—Pues ya tú ves cómo la vida se confabuló para traerte hasta esta callecita y conocer a una adorable... niña, que necesitaba ser salvada del ataque de un perro feroz y que ha estado muy a gusto contigo.

—Sí, ya hice mi buena acción de la semana —dijo él sonriendo también—. El caso es que tengo curiosidad por ir hasta la punta de Borj Dar el-Baroud, para sacar unas fotografías desde allí al atardecer, y me temo que me pueda pegar otra pérdida similar.

—Es sencillo, si sabes llegar al Continental. Lo mejor sería que te buscaras a un guía. Que además te pueda explicar toda la historia de la ciudad, y de quiénes son los palacios y las mansiones importantes, o les pasarás por el lado sin darte cuenta. ¿Qué tal encuentras nuestro té verde con hierbabuena?

—Excelente de verdad. En España somos más de café. Si yo no tengo uno para desayunar no me siento bien. Pero me encantan las infusiones. Los jugos de naranja me han parecido deliciosos, y de los tés creo que los he probado todos. Yo no soy dulcero, consumo muy poca azúcar y suelo utilizar miel. Este té es delicioso y tiene justo el punto dulce que a mí me gusta. Creo que yo mismo no hubiera logrado dárselo.

—Me complace que te esté gustando. Mucho más me satisface que en esta casa, sin conocerte previamente, hayamos logrado dar con tus gustos sin proponérselo. Me agradecería que fuera en todos ellos.

—Kassem, ¿querrías ayudarme un momento?
—le preguntó su esposa.

—Claro. Alejandro, discúlpame, por favor.

—No faltaba más —dijo él poniéndose en pie.

Kassem colocó su mano derecha sobre el corazón y añadió:

—Por favor, siéntete como en tu propia casa y nos harás dichosos.

—Muchísimas gracias, eres muy amable.

—Hija, ¿querrías continuar tú atendiendo a nuestro huésped mientras yo regreso?

—Por supuesto, padre.

Kassem y Nouria se alejaron y Alejandro se volvió a sentar en diagonal con Assalá.

*** **

CAPÍTULO 4

El destino por el medio

Alejandro se sirvió más té y Assalá le dijo en español:

—¿Podría hacerte una pregunta?

—Por favor, no lo vuelvas a mencionar: siéntete libre de hacer todas las que quieras.

—Gracias. ¿Lo del té fue tan solo por amabilidad?

—Este que me he servido es el tercer vaso. ¿Piensas que si no me hubiera gustado habría bebido tanto? Me disgusta mentir, aunque en ocasiones, en asuntos de trabajo me vea forzado y no me quede otro remedio. Aborrezco cuando sucede eso, porque odio las mentiras y el engaño.

—¿No te ha resultado un problema ir de esa manera por el mundo, con la verdad por delante?

—Pues me ha reportado muchos más beneficios, ya que me ha abierto puertas y ganado confianzas en mi profesión.

—¿Qué habrías hecho si no te hubiera gustado el té?

—Una opción, quizás la más inadecuada, habría sido alargar el primero vaso todo lo posible. Todavía no lo hubiera terminado. Si la bebida, cualquiera que fuese, hubiera estado en un punto de desagrado total para mí, la mejor opción habría sido decirlo de la manera más delicada. El fingimiento complaciente es algo que no me va. Me parece que la sinceridad es mucho más honorable de cara a mis anfitriones. Tu padre me habría pedido otra clase de té o uno con menos azúcar, si ese hubiera sido el caso, y asunto resuelto. Haber mentido y habérmelo tragado, por una supuesta posición de educación condescendiente, no hubiera sido más que prolongar el desagrado.

—¿Por qué razón? —preguntó Assalá.

—Porque si se diera otra oportunidad, vosotros me volveríais a servir la misma clase de té en una mezcla similar, creyendo que con eso me dabais satisfacción; con lo que, de nuevo, hubiese estado yo en una situación incómoda. Decidirme, esa segunda vez, a decir que realmente no me gustaba sería muy desagradable, y yo quedaría como una persona carente de sinceridad y, por lo tanto, poco digna de fiar.

Los ojos de Assalá dijeron algo que Alejandro no logró comprender, pero que le gustó.

—Supongo que te habrán invitado a comer

en la casa de algún amigo —dijo ella.

—Sí, bastantes veces. ¿Por qué?

—¿Qué haces cuando algo no te gusta, aunque no sea a un nivel como para no comértelo?

—Si no me gusta lo digo. En una oportunidad fue con unos amigos japoneses. A fin de evitar inconvenientes, cuando me invitaron les dije que yo no comía pescado crudo, a menos que estuviera náufrago en un bote salvavidas.

Assalá sonrió con aquello y dijo:

—No es algo que a todos les guste, de buenas a primeras.

—En una ocasión, en casa de unos amigos mejicanos, cuando probé el primer bocado de una carne guisada creí que me incendiaba, de la cantidad de picante que tenía. —Ahora Assalá se rio, para deleite de Alejandro, que prosiguió—: Ellos lo que hicieron fue reírse también. Aunque ella no lo hizo con una risa tan hermosa como la tuya. —De nuevo los ojos de Assalá le dijeron algo que él no entendió—. No me lo pude comer. Si la cosa no llega a tanto me como lo que me pongan, sin alabarlo. Si me preguntan digo lo que me gustó y lo que no. He aprendido que las dos cosas no están reñidas, así como he aprendido a decir que no, con la firmeza suficiente para que quede claro la primera vez.

—¿En qué circunstancias una negativa no podría quedar clara a la primera? —preguntó Assalá.

—Cuando a quien se la dices no quiere aceptarla. Sucede en muchas ocasiones, más de las que uno quisiera; sobre todo en relación con la bebida. Hay personas que no quieren aceptar una negativa cuando te ofrecen un trago. Les cuesta entender que haya quienes no disfrutemos bebiendo alcohol. Son bastantes los que se han hecho los ofendidos y se han disgustado conmigo por eso. No son más que posiciones del momento.

—¿Por qué? ¿Qué haces ante un insistente que no acepta una negativa ni dos ni tres?

—Me largo y lo dejo plantado, aunque sea amigo. Así de simple. Con borrachos, fanáticos e impertinentes no se puede discutir, y con quien no quiere entender no sirven las explicaciones. Quienes me tratan terminan entendiendo cómo soy en mis gustos, sin intentar imponerme los de ellos. Al final, me aceptan tal cual en una simple relación de respeto mutuo. No les importa estar bebiendo ellos un licor y yo un zumo o una soda, o ellos una cerveza normal y yo una sin nada de alcohol.

Un gran gato blanco con el rabo a rayas grises apareció por un lado del sofá, se subió a él y luego sobre el respaldo. Se acercó hasta Alejandro y lo olisqueó por la cabeza y el cuello.

—¿Y este gato?

—Es Pan-pan, uno de los dos que viven aquí.

—¿Viven aquí? ¿No son vuestros?

—¿Hay alguien que pueda ser dueño de un gato?

—Sí, tienes razón. Se puede ser dueño de un perro, a los gatos tan solo los alimentamos y cuidamos —dijo Alejandro.

El gato puso sus dos patas delanteras sobre un hombro de él, en plan de tanteo, ronroneando sonoramente; frotó la cara contra su oreja, bajó a sus piernas y se acostó sobre ellas.

—¿Será posible tanta confianza y desfachatez, de buenas a primeras? —dijo Assalá.

—Déjalo, que a mí no me molesta ni me importan unos cuantos pelos; me gustan los gatos —dijo Alejandro acariciando la suave pelambre del animal.

—Muchas gracias por tu sinceridad de antes. Acabo de aprender varias cosas sumamente útiles, respecto de la sinceridad y de las negativas sin herir sentimientos. Sobre todo he averiguado algunas cosas sobre ti.

Ante la sonrisa divertida que ella tenía, Alejandro dijo:

—¿Sí? Qué interesante. Ahora soy yo el que quisiera saber si me permites hacerte una pregunta.

Utilizando las mismas palabras de él antes, Assalá dijo:

—Por favor, ni lo vuelvas a decir. Siéntete libre de hacerme todas las que quieras.

—Estoy interesado en saber qué has averiguado sobre mí.

—Quizás esté equivocada en algo.

—Yo te lo aclararé, si fuera así.

—Ya me habías mostrado que eres muy cariñoso y paciente con los niños, y que ellos se sienten bien contigo al igual que los perros. Ahora añado los gatos, y he averiguado que no eres de los que mienten ni siquiera para adular ni por compromiso. Que, además de eso, eres sincero contigo mismo y con los demás. Que cuando es necesario sabes decir un no con toda firmeza, cueste lo que cueste y disguste a quien disguste. Que eres lo suficientemente seguro de ti mismo como para que no se te pueda manipular. Por último, que prefieres abandonar la compañía de una persona impertinente, así sea un amigo, que ponerte a discutir inútilmente a riesgo de terminar creando una probable situación desagradable.

—¡Caray! ¿Has averiguado todo eso en un momento? ¿Eres sicóloga o eres vendedora del bazar? —Aquello le hizo gracia a Assalá que volvió a reír, para nuevo deleite de él, que le dijo—: En

ese caso ya sabrás también que me encanta tu risa, es preciosa y no me importaría estar todo el día escuchándola.

Los ojos de Assalá chispearon gritando algo, que él todavía no logró entender y que de todos modos le gustaba mucho. Ella preguntó:

—¿Vendedora del bazar?

—Es que esos vendedores tienen un ojo más que clínico. En cuanto un posible cliente entra y comienza a mirar, ya ellos saben cuáles son sus intereses. Y en cuanto abren la boca y dicen cuatro palabras, ellos detectan sus puntos débiles y por dónde entrarles. Es que te envuelven con una habilidad única y es raro que salgas sin llevarte algo.

—Sí, mis paisanos son vendedores muy hábiles. Son los siglos de experiencia como mercaderes, que al parecer termina volviéndose genético —dijo Assalá—. Hay una cosa más que acabo de saber sobre ti, quizás la principal o por lo menos es la más importante para una mujer. Tiene que ver con que no mientes y con tu sinceridad.

—¿Qué cosa será?

—Que nunca le dirías a una mujer que es hermosa o que te gusta cómo va vestida, si no lo crees firmemente, ni le dirás nada que no sientas en realidad. Eso no es sencillo de conseguir en un hombre, y yo lo considero un don muy apreciable

desde el punto de vista de una mujer. Yo pienso que ese y la fidelidad son los dos mayores dones que una mujer puede buscar en un hombre y...

—¿Y qué más? —preguntó Alejandro.

Ella tardó algo en responder.

—Si hay verdadero amor, la trilogía estaría completa.

Dos pares de ojos pardos, unos claros y otros oscuros, estaban prendidos unos en los otros sin ganas de apartarse. Un largo momento más tarde, mudo, mas no silencioso, fueron los ojos de él los que se apartaron y dijo:

—Muchas gracias por ese buen criterio que te has formado sobre mí.

—¿Hay algo que tengas que corregirme?

—No, nada; has sido muy precisa, aunque quizás estés viendo a mis pocas virtudes mayores de lo que son.

—No lo creo. Gracias a ti por tu sinceridad —dijo ella.

—Entonces ya puedo decirte que desde que te vi no he podido dejar de pensar en ti. Has sido una imagen constante en mi mente. La sensación que tuve en la puerta de la estación, al verte marchar en el auto, ha de haber sido similar a la que siente el gatito que se deja abandonado en la calle, y ya no sabe para dónde ir ni qué hacer con su vida. Por eso

te digo también que es una terrible injusticia que uses gafas de sol.

—¿Por qué?

—Porque nos privas de contemplar esos ojos tan maravillosos que tienes. También puedo decirte que me gusta mucho tu cabello, por lo que te agradezco que no lo tengas cubierto. Tu hermana y tu madre sí.

—En esta casa las mujeres no tenemos imposiciones en asuntos de vestir. Cada una lo hace según su gusto y el sentido de la piedad y del decoro se lo dictan. En asuntos de vestir, quizás yo sea la más liberal de todas mis hermanas y cuñadas, de acuerdo con mi forma de pensar.

—¿Tu sentido de la piedad y del decoro son diferentes?

—No necesariamente. Es posible que varíen en grado. Yo he tenido la oportunidad de conocer algo del mundo, cuando viví fuera. He visto que el sentido del decoro varía de una sociedad a otra, incluso entre una región y otra dentro de un mismo país. Lo que en algunas partes consideran decoroso puede que no lo sea en otras. Comportamientos que en los países escandinavos son absolutamente normales en público, si cruzas a Rusia, Polonia o el Reino Unido puede que los consideren indecentes, poco adecuados o censurables; ya no te digo si es

en Libia, Irán o Pakistán. Así que el sentido del decoro en el vestir o en el comportamiento no es un sentimiento único, uniforme ni universal —dijo Assalá.

—De modo que llegaste a la conclusión de que, el decoro, no está relacionado con lo que una persona se ponga o deje de ponerse, sino con lo que se piense al respecto, ¿no es así? —le preguntó Alejandro.

—Tal cual. El uso de prendas de vestir como el hiyab tiene que ver con la modestia, la piedad y la moralidad, entre otros factores; pero nada más según las entiende el islam. En otras partes, el cabello suelto de la mujer no le quita un solo comino de dignidad ni de modestia, si su actitud es la adecuada.

—Creo que has dicho algo clave: la actitud. En la antigüedad, a los esclavos los tenían desnudos, hombres y mujeres, y no por eso podría nadie decir que aquellos infelices carecieran de una moralidad, de dignidad o de modestia, si su actitud era la adecuada. Tal como siguen viviendo muchas tribus metidas en selvas de diversas partes del mundo.

Assalá dijo:

—El hiyab y la shayla, al igual como cualquier pañoleta, son objetos de carácter más bien neutro; es la mujer que los lleva quien les confiere un

significado o simbolismo específico. Por lo tanto, en el buen entendimiento de la expresión que dice: *Adonde fueres haz lo que vieres*, yo ajusto mi comportamiento y forma de vestir al sentido del decoro del lugar donde me encuentre, dentro de los límites que yo misma me fijo. A diferencia de algunos países musulmanes, en Marruecos las reglas son mucho menos exigentes y hay una mayor tolerancia, dándole a la mujer algo más de libertad en esas decisiones.

—Eso me ha parecido —dijo él.

—Nuestro actual rey es una persona con mente modernista y bastante progresista. Va haciendo cambios importantes, aunque poco a poco, para que no se hagan notar mucho y no choquen contra el sentir de ciertos sectores conservadores. En muchos países musulmanes las mujeres tienen que salir a la calle vistiendo de negro cerrado. A las marroquíes nos gustan los colores y no por eso perdemos recato, modestia ni dignidad.

—Sí, es muy cierto. No me queda claro lo del sentido de la piedad que mencionaste. ¿Cómo debo tomarlo?

—El verdadero sentimiento de piedad se encuentra en el corazón de las personas —dijo Assalá—. Puede manifestarse a través de sus actos externos, según la forma en que traten a sus

semejantes, sobre todo a los necesitados y a los menesterosos. Porque la piedad de una persona se refleja en los actos de amor y de compasión por el prójimo. Es por eso por lo que los sentimientos de piedad no se encuentran relacionados con los de religiosidad, y mucho menos son sinónimos.

—No, no lo son; concuerdo plenamente en eso.

—Ahora que, si tú lo que te refieres es a la piedad como devoción religiosa, yo considero que esa devoción no está en nada que se pueda llevar externamente para manifestarla. En unas partes, para entrar en un lugar de culto se cubren la cabeza con algo. En otras partes se la descubren. Hay muchos países en los que las mujeres musulmanas mantienen cubierto su cabello, mientras estén fuera de sus casas. En otros lugares no lo hacen. Entre las mujeres cristianas más devotas, en la iglesia unas se cubren la cabeza con el velo y otras no. Entre nuestros hombres, algunos se ponen el *taqiyah* nada más que para ir a la mezquita y para realizar las oraciones diarias, muchos otros lo llevan de manera permanente. Cada persona actúa según lo siente. Se puede ir a misa de doce el domingo con la cabeza cubierta, comulgar arrodillado y darse golpes de pecho con el rosario, mientras en la calle tus sicarios matan, extorsionan y roban en tu nombre.

Alejandro le preguntó:

—¿A que viste la película de *El Padrino*?

—Sí, y es un excelente ejemplo de lo que te quiero decir. Yo me cubro la cabeza cuando salgo a ciertos lugares. No es porque yo lo sienta necesario ni para demostrar nada. Tampoco es porque considere inadecuado no hacerlo, sino que es con el fin de evitar cualquier posible inconveniente con hombres demasiado radicales o intransigentes. Si te habrás fijado en tu viaje por Marruecos, son muchas las mujeres que visten de negro con un chador, algunas otras con niqab y no falta la que ya lleva burka. Otras se cubren el cabello y el rostro con un velo.

—Sí, ¿por qué?

—Porque de esa manera son más respetadas. Puedo decirte que muchas lo hacen tan solo por motivos de seguridad personal, y no por ningún otro convencimiento.

—¿Por qué de seguridad?

—Porque por estas partes del mundo, lamentablemente, los hombres suponen que una mujer con la cara descubierta está en busca de un marido, por lo que la abordan y no siempre de buena manera, sino realizando un verdadero acoso. Algunos piensan eso incluso de las que no se cubren la cabeza. Creen que la mujer que va mostrando su

cabello anda también buscando algo. Es por eso por lo que cuando yo llevo cubierta la cabeza con una shayla, y noto que algún hombre me mira de una manera que no me gusta, me tapo la cara con un extremo. Con eso ya le estoy diciendo todo.

—¿De dónde proviene tal confusión, que incita a pensar que una mujer que muestra su cabello o su cara esté buscando un hombre o no sea decente? —preguntó Alejandro.

—Muchos hombres musulmanes, muchísimos, son de la idea de que las mujeres castas y recatadas; las mujeres virtuosas, como les suelen decir, son las que no salen de casa más que para hacer las compras y llevar y traer del colegio a los niños, y eso embutidas en un negro niqab o cuanto más un chador. Otros muchos, quizás demasiados, en cuanto se casan con una mujer que trabaja, lo primero que le pedirán será que lo deje y permanezca en la casa, para que ya ningún hombre más la mire.

—¿Y no se puede hacer nada por cambiar eso?

—Es algo muy difícil de combatir, porque forma parte de ese inconsciente colectivo del hombre marroquí.

—¿Del marroquí o del musulmán en general?

—Yo prefiero no generalizar hasta ese extremo, porque no sé, de manera directa, lo que ocurre en

tantos países musulmanes como hay con variables culturales tan diferentes. Por eso prefiero hablar de los marroquíes. Para nuestros hombres, una mujer en los espacios públicos no es algo que esté bien visto, por lo general. Eso está cambiando en las grandes ciudades, debido a la fuerte presencia de turistas, y de las familias completas que se han venido de otros países a vivir aquí. También han venido mujeres solas. Algunas son escritoras, pintoras o artistas plásticas; muchas otras realizan actividades profesionales y otras han montado negocios. Pero a mí me parece que en Marruecos tenemos buenas perspectivas de que esto vaya cambiando. Creo que son mucho mejores que en algunos otros países musulmanes.

—¿Tú nunca has tenido problemas de acoso?

El semblante de Assalá se entristeció. Su mirada se perdió en alguna parte durante unos momentos, luego dijo:

—Sí, algunas veces. Más de las que hubiera querido. En esos casos lo mejor es hacerse la desentendida, y si el hombre persiste decirle claramente que respete y te deje tranquila. Claro que eso no siempre funciona. Una vez, hace unos pocos años, aquí en Tánger no me funcionó. Yo iba con la cabeza descubierta y vestida con unos pantalones y una camisa larga. Un hombre me

siguió durante varias calles y me obstinó por su insistente impertinencia.

—¿Qué hiciste?

—Yo iba a venir caminando hasta la casa, y comprendí que era un riesgo entrar en la medina en esas condiciones. Así que entré en la Pastelería y Salón de Té La Española, él entró tras de mí. Pedí un vaso de té y me senté en una mesa. El hombre mantuvo su acoso sentándose en la misma mesa que yo.

—¿Se sentó contigo? Eso ya me parece algo extremo.

—En un momento dado, yo me puse de pie y fui hacia los mostradores para pagar. Él me siguió pegado a mí. Yo me volteé hacia él y en voz bien alta, para que todos escucharan, le dije que me respetara, que no continuara siguiéndome y me dejara tranquila. Le crucé la cara de un sonoro bofetón, que era lo que el hombre menos se podía esperar.

—Muy a la europea —dijo Alejandro.

—Lo aprendí en Europa.

—¿Y no sucedió nada?

—Yo había estado tentada de hacerlo cuando pasé por delante del Gran Café De París, que estaba concurrido. Pero en ese momento no se encontraba el auto patrulla, con los policías que suelen permanecer frente al Consulado de Francia, y yo tenía dudas en cuanto a la posible reacción de los

hombres en la cafetería.

—¿Por qué razón?

—Yo sabía que, a diferencia que en Europa, aquí mi acción podía ser tomada a mal por algunos hombres, que no tolerarían tal comportamiento en una mujer agrediendo a un hombre; fuese cual fuese la causa. En ese caso se podrían llegar a poner de parte del otro, con lo que mi situación empeoraría. Ante esa duda preferí no hacerlo allí.

—Yo pienso que un hombre marroquí se hubiera puesto en favor tuyo. Claro, estoy pensando más como español. Ante la duda que tenías fue preferible evitarlo.

—Antes de entrar en la Pastelería la Española yo había entrado en una tienda de ropa de mujer. El hombre se quedó afuera y yo aproveché para llamar por teléfono a mis hermanos, en lugar de a un chofer. Quedé con ellos en la pastelería y me devolví para ella. El bofetón se lo di al acosador cuando vi el auto detenerse y que Ghanim y Hasán se bajaron. Fue una manera de desahogarme, porque yo ya estaba al borde. El hombre reconoció a mis hermanos y fue cuando, supongo yo, por asociación parece que supo quién era yo. Se puso más pálido que un muerto y me pidió mil disculpas a mí y el doble a mis hermanos.

Alejandro preguntó:

—¿Te reconoció? ¿Eres una tangerina con fama de peligrosa?

—Algo así. A los hombres les resulta mejor mantenerse bien alejados de mí —dijo ella con un rictus de amargura.

—Pues deshacerte de mí te va a costar bastante más que llamar a todos tus hermanos y cuñados juntos.

Assalá sonrió ahora y le preguntó:

—¿Quién te ha dicho que yo tenga la menor intención de deshacerme de ti?

Ahora fue la sonrisa de Alejandro la que lo llenó todo.

—Ya veo que eres una mujer brillante, previsora y decidida.

—Esas actitudes no siempre funcionan. Lamentablemente, hay hombres obcecados que no responden a palabras ni a razones, y a los que tampoco es posible amenazar ni amedrentar porque son irracionalmente violentos. Esos son los más peligrosos.

De nuevo Alejandro notó aquella sombra de tristeza y amargura en el semblante de Assalá, sobre la que prefirió no indagar.

—Te agradezco muchísimo todo lo que me has dicho. Ahora yo también he descubierto algunas cosas sobre ti.

—¿Sí, cuáles serán?

La serenidad de Assalá no logró ocultar el interés que su voz descubrió:

—En cuanto a lo externo eres una mujer muy hermosa. Claro que eso fue algo que ya vi el primer día, aunque de forma esquivada. Ahora lo he comprobado a plenitud. Me había quedado con la idea de que eras una mujer muy seria. Ahora descubro que eres tan alegre como unas castañuelas, con una risa encantadora y una voz muy sensual y cautivadora que no me canso de escuchar. Segundo, eres muy inteligente y perspicaz y tienes una mente muy amplia y bien fundamentada. Tercero, en lo interno tienes un corazón muy hermoso, del que algo me dice que cuando llega a amar a un hombre se entrega por completo y con total exclusividad; exigiendo la misma reciprocidad e intensidad en la relación. ¿Qué tan celosa eres?

Ante aquella pregunta, la sonrisa de Assalá llenó toda su cara y le preguntó, a su vez:

—¿Qué te parece a ti? ¿O esa parte mía no has logrado captarla todavía?

Alejandro le respondió:

—En ese particular, cualquier opinión por mi parte no sería sino especulación pura, con este poco tiempo que tengo conversando contigo e intentando conocerte algo mejor. Los celos

pueden no presentarse hasta el momento preciso. No obstante, con toda la belleza que tú tienes, inteligencia, perspicacia, seguridad y madurez; yo asumo que no has de tener esas tendencias, ya que los celos no son más que inseguridad e inmadurez.

—Tienes razón: los celos son un signo de inseguridad y de falta de confianza —dijo Assalá—. Si yo confío en el amor de un hombre no tendría motivos para que los celos me alcanzaran. Sin embargo, es el comportamiento del hombre quien, en última instancia, me dirá si he de tenerlos o no.

—¿Por qué?

—Porque ni toda la belleza del mundo le asegura la fidelidad de su esposo a una mujer.

—He de reconocer que tienes mucha razón. Sé de algunos que han abandonado a mujeres preciosas e inteligentes, por causa de otras menos agraciadas, con lo que concluimos que la belleza no lo es todo —dijo Alejandro.

—Yo preferiría no llegar a averiguar nunca qué tan celosa puedo llegar a ser. ¿Y tú?

—Yo tampoco quisiera llegar a averiguar qué tan celosa puedes ser. No me gustaría un sonoro bofetón o algo más.

Assalá echó una risilla y dijo:

—No, tonto. ¿Qué tan celoso eres tú?

—No lo sé porque es algo que nunca me ha

ocurrido. Lo que sí te puedo asegurar es que yo no te pediría que salieras cubriéndote el rostro.

—¿Por qué no?

—Porque en eso yo soy completamente diferente de ese marido musulmán que tú has mencionado. Con toda la belleza y sensualidad que tú tienes yo iría a tu lado henchido de orgullo, ante las caras de envidia de los demás hombres que estarían diciendo: *Mira qué suerte tan bárbara tiene ese tipo, qué tremenda mujer se gasta.*

Aquello pareció más bien un concurso de sonrisas entre los dos, bañadas por miradas divertidas por el lado de uno y de coquetería pura por el lado de la otra. Assalá dijo:

—Eso lo tendré muy en cuenta. Nunca me lo habían dicho.

—Pues si además tuvieras la cuarta cualidad, tú serías la perla que todo hombre estaría buscando con el mayor afán, para no dejarla escapar.

Con una expresión de lo más divertida, Assalá preguntó:

—¿Cuál es esa cuarta cualidad?

—Esa no te la puedo decir todavía, porque no te conozco lo suficiente para tanto. Quizás... Quizás si me dieras la oportunidad de conocerte mejor te lo podría llegar a decir.

—¿Has leído *Las mil y una noches*?

—No —dijo Alejandro.

Con aquello, Assalá pareció que cambiaba el tema y no iba a responder a la petición tan clara que él le había hecho. Ella no dijo más, tan solo se quedó observándolo. En vista de ello, Alejandro dejó el gato sobre el sillón y se puso de pie, para poder mirar libremente alrededor. Ella le dijo entonces:

—Quizás esa oportunidad llegue a presentarse. Porque me agradaría mucho darte el tiempo suficiente, a fin de que logres saber si yo tengo esa cuarta cualidad que tú tanto estimas, para completar tu tetralogía del ideal femenino y ser esa perla.

Alejandro no supo entender todo lo que había en la mirada de ella, pero estaba muy claro de todo lo que le estaba sucediendo a él. Se sintió confundido y ahora sí que prefirió cambiar el tema.

—Este salón es muy agradable y me fascina el colorido y la decoración que tiene. ¿Esas cuatro mesas más grandes, tras la *mashrabiya*, las utilizáis para comer o lo hacéis en el piso?

Assalá se levantó también, se colocó a su lado y respondió:

—Las mesas se sacan para acá y comemos en ellas. Acomodan a treinta y dos personas.

—¡Caray! ¿Y cuántos sois?

—Podemos llegar a más. Cuando hace buen tiempo, tal como en estas épocas del año, el

desayuno y la cena las solemos hacer en el patio. Es mucho más agradable al aire libre con el cielo como techo. Por lo menos a nosotros nos gusta más.

Habían llegado hasta el centro del patio, junto a la fuente. Por el pasillo que venía del otro lado se escucharon risas y gritos que se acercaban. Salieron corriendo dos niños y cuatro niñas de entre cuatro y quince años, que eran perseguidos por el varón que venía al final en traje de baño. La algarabía fue mayor al salir al patio. Unos dieron vueltas alrededor de las palmeras, mesas y bancos; otros lo hicieron alrededor de la fuente y otros dos alrededor de Assalá y Alejandro, para evitar que el perseguidor los tocara. El niño logro tocar a una de las niñas y todos escaparon ahora de ella. Con la misma que llegaron se fueron otra vez por el pasillo.

—¡Cielos! ¿De dónde salieron tantos niños?

—Están atrás con las mujeres. Esos son pocos —dijo Assalá.

—¿Pocos? ¿Todavía hay más?

—Sí, otros tantos.

—Esto parecerá un jardín de infancia y un colegio juntos.

—Algo así y es encantador —dijo Assalá riendo bajo.

—Yo no sé mucho de árboles, estas palmeras lucen bastante viejas.

—Lo son.

—¿Qué tanto?

—No lo sé, más de doscientos años. Aquellas dos más bajas son las más jóvenes, no sé qué edad tienen, ya estaban ahí mucho antes de yo nacer.

—¿Que fue...?

Ella lo deslumbró con una larga sonrisa y le dijo:

—Nunca me lo habían preguntado de esa manera. Has sido muy original, con una forma bastante delicada de hacerlo.

Sonriendo también, él le preguntó:

—Entonces, ¿me lo dirás?

—¿No eres capaz de adivinarlo? —preguntó ella a su vez.

—No se me ocurrirá intentarlo. Adivinar la edad de una mujer es poco menos que imposible. No tenéis más que cambiar el color del cabello o la forma del peinado, la manera de vestir o lo que sea, y os ponéis o quitáis años a placer. Sois camaleónicas.

—Sí, puede que lo seamos un poco. Fue hace treinta y un años. Cumplidos hace poco.

—¡Ah, los dulces treinta! La mejor década para una mujer.

—¿Por qué? Nunca había escuchado decir eso.

—La década de los deliciosos veinte es la juventud plena. Son años de aposentamiento de los

desafueros y fantasías de la pujante adolescencia, que todavía arde detrás. Durante ellos se van quemando los excesos, aunque todavía quedan algunas prisas. A ninguna mujer le importa si le ponen un año o dos más de los que tiene. Muchas lo agradecen, incluso, porque les parece que las ven más mujeres.

—Pues... no deja de ser una apreciación masculina digna de ser tomada en cuenta —dijo ella.

—Los dulces treinta es la década radiante y primaveral. Durante ella, la mujer, con toda su belleza y fragancia abiertas como una embriagadora flor, va decantando todo su potencial y dispone por completo de su buen juicio, inteligencia y perspicacia. Comienza a consolidar toda su agudeza mental y a estar clara con sus gustos, metas y necesidades. Es la década en la que todavía perdura la gozosa frescura de los veinte, que se conjuga con los atisbos de la madurez plena que le darán los cuarenta. Pero es la década en la que ya comienza a resentir que le pongan algún año más de los que tiene. Porque ve que a medida que avanza en ese decanato se está acercando, cada vez más acelerada, a los temidos treinta y nueve, de los que ninguna mujer quiere pasar; mucho menos entrar en la década de los cuarenta.

—¿Y a esa década cómo la defines tú?

—Los cuarenta años resulta la década perfecta

para una mujer. Es el balance logrado entre la belleza serena y aposentada, y una madurez mental consolidada y tranquila; ya sin prisas de ninguna clase, porque está a la vuelta de todo. Es la edad en que una mujer puede ser completamente irresistible.

—Lo dicho: son unas opiniones muy interesantes. Me asombras muy gratamente. Me estás ofreciendo un enfoque distinto, que yo no había escuchado antes en boca de un hombre. Con eso no tendré inquietud por llegar a los cuarenta. También quiere decir que a mí me falta bastante, para alcanzar la edad de ser irresistible para un hombre.

Alejandro sonrió por la manera tan intensa y coqueta, a la vez que divertida, en que ella lo estaba mirando. Él le dijo en un tono de voz más bajo:

—Hay mujeres que resultan completamente irresistibles desde el mismo momento en que aprenden a caminar. Son esas escasas mujeres que permanecen fuera de cualquier década.

Assalá sonrió, muy íntimamente complacida por aquello, y le preguntó:

—¿Y qué es, según tú, la década de los temidos cincuenta, para una mujer?

—Cuando llegues a ella te lo diré.

De nuevo los dos quedaron mirándose bajo la sombra de una datilera, ella abanicándolo con las largas palmas de sus pestañas.

—Cuando yo llegue a los cincuenta tú ya no estarás aquí para decírmelo.

—Yo espero, ardientemente, que no sea así — dijo él.

—¿Por qué?

Alejandro se arrimó a la fuente y se arrancó un cabello:

—En la Fontana de Trevi se tiran monedas. Pero una moneda ha pasado por muchísimas manos, y no tiene firma energética ni personalidad propias. Este cabello, al contrario, es mi firma personal intransferible: soy yo, porque en él está mi ADN. Bajo estas palmeras centenarias, que tuvieron la dicha inigualable de verte nacer y crecer y escuchar tu risa, yo le pido a esta fuente mágica mi deseo de estar junto a ti para tus cincuenta, a fin de poder decírtelo. —Él dejó caer el cabello en el agua del plato de la fuente y añadió—: Porque no sé tú, pero yo comienzo a sentir que lamentaría muchísimo no estar aquí cada día hasta ese momento, para decirte eso que quieres saber y mucho más.

Aquella mirada de ella lo penetró hasta lo más profundo del corazón, y la sonrisa que estaba detrás le desnudó el alma. Aunque lo que hizo hinchar todas sus venas fue cuando ella le dijo con aquella sensual voz, ahora más grave:

—Yo también estoy comenzando a sentir que

lo lamentaría tanto o más si no fuera de esa manera.

Assalá se arrancó un largo cabello negro, se acercó a la fuente, junto a él, lo soltó también en el agua y dijo:

—Yo pido porque el ADN de tu cabello se junte con el del mío, y se cumplan nuestros dos deseos como uno solo.

Algo, no supieron qué, una extraña fuerza que emanó de las palmeras, del agua de la fuente o del aire, o quizás algún tipo de magnetismo que surgió de la tierra, los hizo acercarse un paso más; cerca, muy cerca, tan solo a un pequeño paso. Los labios se entreabrieron queriendo juntarse para mezclar ADN, a ver lo que resultaba. Las respiraciones se agitaron y dos corazones estaban como potros desbocados, que no querían detenerse. La razón los detuvo o reventaban. Assalá preguntó con aquella voz algo más grave de lo habitual, baja y seductora:

»¿Cuál de las épocas de una mujer es la más interesante para ti?

—Tú estás en la perfecta, como la primavera, aunque me resulta más interesante el primer quinquenio.

—¿Y eso por qué?

En la voz de Assalá hubo algo de desconcierto.

—Porque son los únicos años en que una niña, sin hacer caso a razón alguna, le puede echar los

brazos al cuello a un hombre desconocido; llenarlo de besos, aceptar los suyos y reírse. En los treinta ya no lo hacen ni que lo conozcan.

La cantarina carcajada de Assalá se escuchó en su sonora belleza por toda la casa, y llenó por completo el corazón de él.

—Supongo que sí —dijo ella—. Nabila lo ha demostrado muy bien. ¿Y en qué decanato masculino estás tú?

Ella se lo preguntó mirándolo directamente, como solía hacer, y con aquella sonrisilla traviesa prendida en los labios.

—Nunca me lo habían preguntado de esa manera. Yo no me he puesto a ver las características de los decanatos masculinos; no tenían interés para mí. Más bien me gustaría saber de qué manera los ve una mujer. Yo estoy en el cuarto decanato, en la mitad exacta.

—¡Ah!, el punto de equilibrio justo —dijo Assalá.

—¿Para quién?

—Para una mujer de treinta y uno.

*** **

CAPÍTULO 5

Dos padres interesados y la mano de Alá

Concentrados uno en el otro, ninguno de los dos sabía que tras las celosías de una ventana, en el primer piso, estaban mirando y escuchando Kassem y Nouria. Se habían colocado allí cuando se fueron del salón y no les quitaron ojo de encima. Pero solo desde que los dos habían salido al patio, ellos podían escuchar algo de lo que hablaban. Kassem le dijo a su esposa:

—Mira que me tienes oculto como una mujer, espionando a nuestra hija.

—No la estamos espionando. Es solo que no hay otra manera de ver lo que hacen. ¿De qué otra forma te podías dar cuenta de lo que yo te quería decir?

—Yo ya me estaba comenzando a dar cuenta, ¿qué te crees?

—¿Notaste la forma en que se acercaron ahora?

—Claro que sí. Por un momento temí que se fueran a besar ahí mismo, sin importarles nada.

—Eso fue atracción pura, Kassem; puro magnetismo entre un hombre y una mujer, que están

sintiendo algo muy intenso y fuerte que despierta entre ellos. Lo que me confirma lo que yo estaba captando.

—Yo lo había visto durante el rato en que estuvimos hablando y tomando el té, porque no hicieron sino mirarse los dos, y Assalá le sonreía como no suele hacer con ningún hombre.

—Querido, yo no necesité tanto tiempo para darme cuenta. Recuerda que yo lo vi a él venir por la calle y todo lo que sucedió con Nabila y el perro. Porque yo estaba asomada en la ventana esperando a que llegaran Darifa y sus hijas. Noté, de inmediato, lo que ocurrió entre Assalá y él en cuanto se vieron. Hacía muchos años que no veía a Assalá interesada en un hombre, y de una manera tan diáfana. Algo bueno hay en este, tiene que ser. Me está gustando.

—A mí también. Qué bueno sería poder quitarnos de encima la maléfica sombra de Humam.

—¡No menciones a ese demonio en esta casa! —dijo Nouria con disgusto—. Su sola mención me saca el alma del cuerpo. Temo por nuestra hija, Kassem. Ese hombre está completamente obsesionado con ella. Está enfermo y demente y es un desalmado. Yo temo que él pueda cometer una locura y dañar a nuestra hija.

—¡Alá no lo permita, porque yo mismo lo mato!

—Kassem, ese hombre no tiene miedo a nada, está completamente envalentonado por el poder que le da la sombra de su padre. Ha hecho su capricho y ha dañado a muchas mujeres, llevando el llanto y la deshonra a sus familias. Lo que se dice sobre él no es mentira. Desde que Assalá enviudó está obsesionado con ella, cada día más. Él tiene ojos en todas partes.

—Yo también los tengo. Nuestra hija no está desprotegida.

—Kassem, eso no es suficiente, no podemos seguir en esta angustia mortal. Nosotros nos consumimos y la tristeza marchita el corazón durmiente de nuestra amorosa hija. Hoy la estoy viendo sonreír ante un hombre y la escucho reír. ¿Hace cuánto no oíamos su hermosa risa?

—Mucho, mujer, muchos años; demasiados.

—Hay una sola manera en que quizás ese demonio deje de atormentarla —dijo Nouria.

—Sí, que ella tenga un esposo. Pero él detendrá cualquier intento de boda, con quien sea. Eso quizás lo ponga más frenético y entonces sí que él podría llegar a cometer locuras. El caso es que yo no sé cuál es la situación de su padre. Desconozco lo que Násser piensa y la posición que tomaría en un caso de esos.

—No, en Tánger sería imposible que Assalá

se casara. Pero podría hacerlo lejos, en otra parte, quizás fuera de Marruecos.

—¿En qué estás pensando, mujer?

—Míralos, Kassem, obsérvalos bien. Desde aquí se puede sentir la dicha que está llenando el corazón de nuestra hija. Mira qué inquieta está. Ella hoy está que baila, y tan solo en una hora escasa que ese hombre lleva aquí. Observa la manera en que los dos se miran. ¿No se ven hermosos?

—Por lo menos sabemos que Alejandro no está casado.

—Y que tampoco es un mujeriego —añadió Nouria.

—¿Por qué lo supones?

—¿Un hombre tan varonil y bien parecido como él andaría solo en su viaje por Marruecos?

—Sí, tienes razón: es una buena observación —dijo Kassem.

—Y también sabemos que Assalá le gusta.

—Eso parece.

—No solo lo parece. ¿No viste lo que él acaba de hacer echando su cabello al agua? —dijo Nouria.

—Ya veremos lo que sucede. Él se marchará en tres días y...

—Kassem, en tres días pueden suceder muchas cosas, muchísimas. En ese mismo tiempo

tú me pediste por esposa. Los dos han quedado completamente prendados uno del otro, lo que ya es un comienzo magnífico.

—Sí, pero es tanto lo que está en contra que...

—No lo creo. Tú mismo lo dijiste —dijo Nouria.

—¿Qué dije?

—Que la vida ha juntado las cosas hoy de maneras más que providenciales. La mano de Alá ha de estar en el medio, no puede ser de otra manera, y ha ido sumando uno más uno para juntar a dos.

—Nosotros no podemos hacer nada —dijo Kassem.

—¡Claro que lo podemos hacer!

—Mujer, ¿qué quieres que haga yo?

—¿Por qué los hombres sois tan cortos de imaginación para estas cosas? Lo que puedes hacer, para empezar, es no dejarlo marchar dentro de un rato, porque ahí sí que se terminará todo. A menos que Assalá se espabile y ya haya fraguado otros planes. Mira que yo he despotricado por la educación que ella tuvo cuando fue a vivir a Europa, donde agarró esa manera de pensar que ella tiene. Pero ahora me estoy alegrando de que haya sido así, porque ella es una mujer que se desenvuelve en dos mundos y en varias culturas, y es seguro que hará lo que ninguna de sus hermanas se atrevería ni a pensar. Sobre todo

si es para lograr su propia felicidad, que tan difícil la tiene.

Kassem dijo:

—Míralos como están los dos de risitas y miraditas. Falta que se agarren. Deberías de estar tú o alguna de sus hermanas cerca.

—¿Lo ves? No terminas de entender. ¿Por que crees que te pedí salir de allí, si no fue para dejarlos solos y observar cómo se comportaban?

—¿Quieres dejar a una hija hablando a solas con un hombre, y además extraño? ¿Qué está pasando hoy?

—Definitivamente, esposo mío: no terminas de entender. ¿No te parece la mejor manera para que ellos puedan conocerse, sin que él se sienta cohibido? Él no es de aquí y está acostumbrado a llevar estas cosas de otra forma. Ya los has escuchado; se están sincerando y se dicen todo lo que quieren saber uno del otro en estos momentos. Los dos se han dicho muchísimo con ese gesto del cabello. Se han confesado, sin el peso de las palabras, el interés que sienten mutuamente y el deseo que quieren compartir juntos. ¿No te ha parecido muy hermoso?

—Sí, lo ha sido, he de reconocerlo.

—Alejandro no lo habría hecho si alguno de nosotros hubiéramos estado cerca. Él tampoco habría dicho ni la mitad de nada, mucho menos

Assalá. Bastante me parece que se atrevió él cuando alabó, delante de nosotros, su risa y su belleza.

—Porque no fue una cortesía, sino que le salió de todo el corazón —dijo Kassem.

—¡Precisamente! Ese hombre es un caballero y no hará nada inapropiado ni Assalá se lo permitiría. ¿Tienes alguna duda?

—No, ninguna; pienso como tú respecto de eso. Entonces, ¿a ti te parece que lo mejor es retenerlo aquí para que los dos puedan seguir conociéndose mejor, a ver si llegan a algo?

—Como que ya terminaste de comprender —le dijo ella—. Cuando Assalá estuvo siete años en el extranjero metida en diversos colegios y en una universidad, ninguno la vigilábamos y era una adolescente. Luego fueron los años en que ella estudio en Rabat. ¿Vamos a venir a preocuparnos por dejarla sola junto a un hombre en nuestra propia casa, ahora que ella es toda una mujer y viuda?

—Sí, es cierto, tienes razón: son cosas que se me pasan.

—Pues evitemos hacerle pensar que ahora, a sus treinta y un años, desconfiamos de ella y es que vamos a comenzar a vigilarla. Lo importante hoy es evitar que ese hombre se marche ahora —dijo Nouria.

—Evitar que él lo haga no será tan difícil, me

parece a mí. Por lo que estoy viendo, Alejandro no dejará pasar la primera oportunidad que le demos para quedarse un rato más.

—Pues démosle una oportunidad bien larga; invitémoslo a comer con nosotros.

—¿Te parece apropiado? —preguntó Kassem.

—¿Qué mejor? Tenemos excusa de sobra, para que a él no le parezca obvio nuestro interés. Eso le dará una buena idea de nuestro ambiente familiar y de quiénes somos como familia. También nos dará a nosotros la oportunidad perfecta de conocer, un poco mejor, quién es él y sus modales, que hasta ahora parecen ser refinados. En la mesa se facilita hablar de todo. Es más, aprovechando que es fin de semana largo, deberíamos de invitarlo todos estos días que él va a estar en Tánger.

—Mujer, ¿tanto como eso?

—Kassem, estamos hablando de la felicidad de nuestra hija y quizás no tengamos otra oportunidad igual. ¿La quieres muerta o viva?

—¡Por Alá! ¿¡Qué es lo que me preguntas, mujer!?! ¡Claro que la quiero viva!

—Pues piensa en ello, porque solo tenemos una solución para lograrlo y Alá nos la ha enviado hasta nuestra misma puerta, para que no tuviéramos que salir a buscarla.

—Nouria, ¿te has detenido a pensar en que

Alejandro es cristiano?

—¿Y me vas a venir con eso a estas alturas? ¿Cuántas mujeres marroquíes conocemos que se han casado en España, incluso aquí mismo, con españoles y con franceses?

—Unas cuantas.

—Bastantes, querrás decir. Incluso allegadas y familiares. ¿O te has olvidado de mi sobrina Fátima?

—En este momento no la recordé.

—¿Entonces?

—Quizás él no quiera pasar por el requisito de convertirse, que es lo que más los frena en esto.

—Kassem, no asumamos ni hagamos adelantos en forma negativa. Dejémosle eso a él, llegado el momento. Si la divina voluntad de Alá está por el medio, ayudemos también nosotros ahora. Yo quiero lo mejor para nuestra hija. De nuevo te pregunto: ¿la prefieres muerta en vida por causa de un musulmán celoso, si acaso no la termina asesinando en algún arrebato, o la quieres casada, feliz y plena con un cristiano?

—No hay comparación posible, mujer. La elección es obvia: yo también quiero lo mejor para nuestra hija. Nouria, yo también lo quiero. Nuestra hija es una mujer muy preparada y culta, pero verla ya en los treinta años, viuda y sin perspectivas de un nuevo matrimonio, que cada día se le hace más

difícil, no me hace nada dichoso, todo lo contrario.

—Kassem, en el medio rural será otra cosa, porque muchas mujeres se casan muy jóvenes para escapar de la pobreza familiar; muchas de ellas para caer en otra igual o mayor. Pero las mujeres en las ciudades ya no se casan tan jóvenes. Ya no se aplica tanto aquello de ¿qué hombre quiere a una de treinta, cuando las hay jóvenes a montones?

—¿Y no es así? ¿Qué ha cambiado en ese sentido?

—He leído que el promedio de edad, que antes estaba en los veintidós años, ya está entre los veintisiete y los veintinueve. Nuestra hija está todavía en una buena edad. Ella ya estaría casada de nuevo si no fuera por el demonio ese. En los países nórdicos, la edad promedio en que una mujer se casa está en los treinta y dos años. En España y otros países las mujeres se están casando más tarde todavía.

—Pareces estar muy enterada —dijo Kassem.

—Tenemos dos hijas por casar y un montón de nietas. Ya escuchaste lo que dijo Alejandro sobre los decanatos, y lo que él piensa de las mujeres de treinta y de cuarenta. Tú lo entendiste mucho mejor que yo porque están hablando en español.

—Está bien, te acepto lo de la edad. Pero estamos en Marruecos, y con la sombra del maldito ese detrás no habrá un solo hombre, en todo Tánger

y sus alrededores, que se atreva a poner sus ojos sobre Assalá. Él la ha marcado como si fuera una res de su propiedad.

—¿Ves lo que te digo, Kassem? Para mí ha estado clarísimo lo que ha ocurrido esta mañana. Alá confundió a este hombre y lo hizo perderse por las calles. Pero la gran mano de El Guía y Protector sabía muy bien hacia dónde lo estaba trayendo. Alejandro llegó casi al final de la calle y no vio el callejón. Estuvo contemplando nuestra puerta y los balcones y ya se marchaba. Algo lo detuvo y lo hizo voltearse. Porque Alá había enviado al alma pura de Nabila a toda carrera, para encontrarlo en la calle y hacer salir a Assalá. Incluso el perro jugó un papel determinante, poniendo a prueba la bondad y la capacidad de sacrificio de ese buen hombre.

—¿Por qué, si Alá ya la conocía? —Preguntó Kassem.

—Porque esa prueba no era para él, sino para nosotros, a fin de que viéramos todos los valores que adornan a este hombre. A Alá nada se le escapa y sabe perfectamente lo que pasa con nuestra hija, él conoce la gran dulzura que anida en su corazón de oro. Él ha debido decidir que ya es hora de poner fin a su soledad y a su pena, tanto como a la soledad que también hay en el corazón de Alejandro.

—¿Cómo sabes que hay soledad en su corazón?

—De nuevo te pregunto: ¿estaría viajando él solo si no la hubiera? Si él tuviera una mujer que lo llenara, ella estaría a su lado. Pero ni siquiera anda con una amiga, que para ellos es tan fácil. Tiene muchos años divorciado, lo que quiere decir que no dejó a su mujer por causa de otra.

—Tienes razón. Alejandro me dijo que no lleva regalos para nadie más que para la familia de su hermana, lo que implica que no tiene a ningún amor esperándolo.

—Por ambas razones es que Alá nos lo ha traído desde lejos.

—No ha sido de tan lejos. Tan solo del otro lado del estrecho.

—Pero es de fuera de Marruecos —dijo Nouria.

—Eso sí. Además vino en el momento justo.

—Exacto. De haber sido antes no se hubieran encontrado los dos, porque Assalá no habría regresado de Rabat todavía.

—Vinieron en el mismo tren y se conocieron en el andén, al llegar aquí —dijo Kassem.

—¿Cómo va a ser? —Kassem le refirió lo sucedido y ella dijo emocionada—: ¿Lo ves, Kassem, lo estás viendo? ¡Alá los puso a los dos en Rabat! Quizás fue para que sus almas fueran sintiendo la cercanía. Luego, el Todo Poderoso los trajo juntos en el mismo tren y les permitió verse al llegar aquí,

para que sus corazones se conocieran. ¡Huy, claro!
¡El tren llegó trayendo a los dos hasta el final de su trayecto!
¡Kassem, Tánger es el hogar de Assalá y el final del trayecto para Alejandro!

—No entiendo eso. ¿Qué es lo que me quieres decir?

—Que él ya no tiene que andar buscando a un amor porque lo encontró aquí en Tánger; ya no tiene que seguir más allá. Alejandro no se marchará para Tetuán, Kassem, no lo hará; te lo digo yo. Este es el fin de su trayecto. Ahora, al tercer día, Alá lo trajo a él hasta nuestra casa para juntarlos de manera definitiva. ¿Qué más señales queremos?

—Oye, ahora que me doy cuenta. Alejandro se ha alojado en Dar El Mumtaz.

—¿También?

—Sí, lo hizo esta mañana.

—¿Lo estás viendo, Kassem, lo estás viendo?
¡Es como si él estuviera viviendo en nuestra casa! ¡Y ha sido hoy mismo, precisamente! Eso ya es decir mucho, Kassem, muchísimo. ¿Todavía quieres más signos? Por donde quiera que lo miremos está presente la voluntad de Alá acercándolos. ¿No quieres que él también nos envíe a un ángel, para que nos diga que esos dos seres se encuentran destinados a juntarse? Es *maktub*, Kassem, esa unión es *maktub*: está escrita por el destino y es inmutable.

—No necesito tanto como un ángel. Con todo esto que has enumerado me basta y sobra.

—A nosotros nos toca ahora poner un poco de buena voluntad por nuestra parte, nuestro granito de arena en esa hermosa relación que está comenzando de una manera tan mágica. Además, Alejandro no conoce a ese demonio de hombre ni ha escuchado hablar de él.

—No, y tampoco luce de los que salen corriendo. Me parece que Alejandro es de los que resultan difíciles de intimidar. No sé a qué se dedica, se ve un hombre fuerte y decidido; tiene porte de militar. ¡Huy! Se me acerca la hora de ir a la mezquita.

Alejandro se había sentado en una de las mesas bajo las palmeras. Assalá buscó en el salón la bandeja con las teteras y los dulces y se sentó junto a él, que le dijo:

—Estos dulces están muy sabrosos. En las diversas ciudades que he visitado ya probé varios, en particular aquellos que tienen miel. No había comido de estos otros.

—A esos los llamamos cuernitos de gacela. Lo que es a nuestros niños les encantan, en particular a Nabila y a Nafissa. Te los pondrán en cualquier casa a que te inviten, porque acompañan muy bien el té.

Son toda una tradición —dijo ella.

—Están muy ricos. ¿De qué están hechos?

—Estos son de una crujiente masa que está rellena de pasta de almendras. Mientras mejor rellenos estén tendrán mayor calidad. Se les da aroma con el agua de flores de azahar, ya sean de naranjo, de limonero o de cidro. Pero hay variantes en la receta, según las zonas. En algunas partes, a la masa la cubren con almendras laminadas y trocitos de frutos secos o la adornan de diversas formas. En otras partes los fríen y los bañan con miel.

—Todas suenan riquísimas. Me da no sé qué estar bebiendo yo solo y tú mirando. No estoy acostumbrado a eso y no me siento cómodo.

—Lo lamento. Lo tendré en cuenta. ¿Quieres que mire para otra parte?

—¡No me refiero a eso!

Assalá se volvió a reír y dijo:

—Lo sé. Para la próxima vez te acompañaré.

—Es decir: que habrá una próxima.

Ella sonrió encantada y respondió:

—Eso es lo que yo espero, no sé tú.

—Yo la estaré esperando con ansias.

—Me alegro.

—Esto es lo que más me ha chocado en Tánger —dijo él.

—¿El qué?

—Ver las cafeterías con las mesas ocupadas por hombres, sin una sola mujer. En Casablanca y Marrakech podía ver familias enteras, y muchachos y muchachas jóvenes bebiendo y comiendo en las cafeterías y otros lugares. Aquí ni siquiera en el Gran Café de París. Salvo una mujer en ese, que estaba con su esposo y un hijo, y que por la forma de vestir supuse que era musulmana, las demás mujeres eran todas extranjeras. En el Boulevard Pasteur y en la avenida Mohammed V hay cafeterías con una larga acera llena de mesitas, todas ellas ocupadas por hombres que beben té y conversan mirando pasar a los demás. De verdad que me ha chocado esa ausencia de mujeres. Yo no había estado entre tantos hombres desde que hice el servicio militar.

—Sí, entiendo lo que quieres decir —dijo Assalá.

—Me cuesta entender que los hombres prefieran estar reunidos sin ninguna presencia femenina. No he terminado de asimilarlo, porque para mí carece de sentido el mundo sin las mujeres.

—Sin embargo, los jóvenes se reúnen y divierten; tienen sus lugares. Quiere decir que tú no has ido a los adecuados. Esas cafeterías que tú dices han quedado más para los adultos y personas mayores. Gran parte de ellas son evitadas por las mujeres que están solas, puesto que se han

convertido casi en una exclusividad de hombres, como ocurre con algunos lugares en Inglaterra, que son exclusivos para caballeros.

—¿Has estado en esas cafeterías?

—Sí, con alguno de mis hermanos o con mi padre.

—¿Y tus otras hermanas?

—En alguna ocasión también. Hay muy pocas cafeterías similares a las que ellas irían solas, y no son esos sitios turísticos, precisamente.

—¿Y por qué tú sí?

Con una encantadora sonrisa, ella dijo:

—Porque yo soy la rebelde de la familia.

—¿La oveja negra?

—No, para nada; el arco iris que la ilumina.

—¡Ah, sí! De eso ya estoy seguro. Tú has iluminado mi alma.

—Se te terminó el té —dijo ella sonriendo encantada.

—Esta tetera ha dado para cuatro vasitos, porque es algo mayor que las plateadas que te ponen en todas partes. La primera vez que tomé el té en una, comprobé que las llenan con las mezclas de hierbas y el azúcar. No entendí que pudieran terminar saliendo dos vasitos o más de bebida. Tienen que ser teteras mágicas, más grandes por adentro que por afuera.

Ella rio bajo y dijo:

—Aquí todo es mágico.

—Sí, seguro, empezando por ti.

Ella sonrió muy complacida y le preguntó:

—¿Quieres más té?

Alejandro miró su reloj y dijo:

—¡Huy, pero si ya llevo aquí una hora! Vaya manera en que se me ha ido sin darme cuenta. Es que a tu lado el tiempo desaparece. Claro: eres mágica. —Ella sonrió de nuevo—. Me hubiera gustado muchísimo haber coincidido contigo en el mismo compartimento del tren. Posiblemente no me habría enterado de que llegamos, y nos hubiéramos devuelto para Rabat o hasta Casablanca.

—Quizás —dijo ella.

—El té estuvo riquísimo y la conversación deliciosa e instructiva, aunque me parece que ya he abusado de vuestra hospitalidad. Creo que lo más apropiado sería irme.

Assalá perdió la sonrisa y le preguntó:

—¿Es lo que te parece, por simple cortesía, o lo que quisieras hacer?

Alejandro le dio una larga mirada en la que le dijo todo. Por si no fue suficiente, le dijo en voz baja:

—Por cortesía nada más, no por mis deseos.

—¿Cuáles son esos deseos? —preguntó ella en

similar tono.

—Estar junto a ti por siempre, que me mantengas envuelto en tu embrujo y tan maravillosamente trastornado por tu belleza y tu personalidad.

Aquello agarró a Assalá un poco fuera de base y no encontró qué responder. Por fortuna la salvo la campana.

*** **

CAPÍTULO 6

Como en su propia casa

Kassem Rachid llegó muy sonriente.

—Ya me desocupé de lo que tu madre quería.

Alejandro se levantó y dijo:

—Kassem, has sido muy amable al invitarme a tomar el té, en tu hermosa y agradable casa y en vuestra gratísima compañía. Sin embargo, no quisiera abusar de tu hospitalidad.

—¿No has logrado sentirte cómodo?

—¡Oh, no se trata de eso! Más cómodo y bien atendido no habría podido estar. Tu hija es una persona muy atenta y encantadora y, dentro de estos muros que nos separan de la calle, yo he encontrado mucha más armonía y belleza de la que podría imaginarme jamás. —Sus ojos se escaparon hacia Assalá. Fue de manera fugaz, aunque no tanto como para que ella y su padre no se dieran cuenta—. Todavía me parece... un sueño que no comenzó hoy, sino en un día que había amanecido como uno más de tantos, y que para mí cambió por completo cuando llegué a la estación de Tánger.

Aquí en tu casa me siento muy bien, Kassem, cada vez más, te lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué es que te quieres ir?

—Es solo que no quisiera quedarme más de lo debido.

—¿Qué es más de lo debido?

—Pues... Que no quisiera parecer impertinente ni alterar, con mi presencia, la marcha normal de las actividades en tu hogar.

Kassem entendió ahora los motivos de la tristeza de Assalá.

—Alejandro, veo que nuestras medidas de *lo debido* difieren algo en este caso. Me da la impresión también de que desconoces algunas de nuestras costumbres ancestrales.

—No, no estoy muy al tanto, es cierto.

—¿Quieres tomar asiento? Por favor. —Los tres se sentaron de nuevo en aquella mesa y Kassem se sirvió de la tetera que había dejado antes—. Primero que nada te diré que, por lo poco que he visto en ti, eres de las personas que antes pasarás por callado que por impertinente. Lo otro es que, durante miles de años, la hospitalidad fue un deber casi sagrado para nuestros ancestros en los desiertos, estepas y vastedades vacías. Todo el que llegaba a nuestra jaima o a nuestra casa era bienvenido. Tenía techo, un lugar en el que dormir, agua y comida

mientras permaneciera como huésped; durante todo el tiempo que él considerara necesario para recuperar sus fuerzas, o para darle el debido descanso a su montura.

—He escuchado algo sobre eso.

—Nadie le hacía preguntas sobre quién era, adónde iba, lo que buscaba o en lo que creía; era un viajero y eso era suficiente. Claro, las cosas ya no son lo mismo hoy día en las ciudades, aunque lo siguen siendo en los desiertos. Yo quizás te he atiborrado un tanto a preguntas, cosa que mis ancestros no hubieran hecho. Para ciertas cosas son otros tiempos, como te digo, y yo quizás sea algo curioso.

—¡Oh, por favor! No pienses que me he sentido acosado en ningún momento. Considero que cuando dos personas se conocen por primera vez, si no se hacen preguntas mutuas podría ser difícil llegar a tener algún tema de conversación que resulte de interés.

—Eso es cierto.

—Lo que sí te puedo decir es que tú me has hecho preguntas que nadie me hizo hasta ahora, en el tiempo que llevo por este lado del mundo —dijo Alejandro.

—¿Por qué?

—Tú me has preguntado sobre lo que yo

he hecho y visto en este viaje, mis gustos, mi parecer sobre ciudades, los desiertos y por vuestra arquitectura. Esas cosas que yo considero normales y lógicas en situaciones como estas, siendo yo un viajero. Lo primero que me preguntan las demás personas cuando saben que soy español; lo primero que quieren saber, es si soy partidario del Barça o del Real Madrid. Si les digo que vivo en Madrid suponen, de inmediato, que tengo que ser un hinchado de ese equipo o, en todo caso, del Atlético. Y resulta que yo aborrezco el fútbol y estoy harto de que me pregunten eso.

Kassem y Assalá se echaron a reír. Alejandro se volvió a quedar mirándola de forma más que admirativa, casi devocional, cosa de la que ella se dio perfecta cuenta. Tanto como su padre, que fingió no hacerlo y dijo:

—Sí, en Marruecos estamos polarizados en uno de esos equipos. Lo que te quería decir es que no puedo permitir que marches todavía, sería una completa descortesía por mi parte. Además, Asafar, el padre de Nabila, no me perdonaría si yo lo privara de llegar a conocer al hombre que, de manera tan generosa y altruista, se expuso a las mordidas de un perro por salvar a su hija. Te he deseado que te sintieras tan a gusto como en tu propia casa, y has dicho que a cada momento que pasa te vas encontrando

mejor entre nosotros. Como yo deseo que te sientas realmente cual si estuvieras en tu propia casa, te daré el tiempo necesario para que puedas lograrlo. Tú dijiste que has podido conocer la arquitectura marroquí, y que has probado la mayoría de nuestras comidas. ¿También has comido con alguna familia marroquí?

—No, eso no. No he tenido la oportunidad.

—Pues es lo que te falta para saber algo más sobre nosotros. No solo la manera como vestimos, lo que comemos y dónde vivimos, sino cómo lo hacemos y cómo somos en familia. Es por eso por lo que espero que me honres, y que me hagas más dichoso el día aceptando mi invitación a comer.

Kassem vio de reojo la sonrisa de alegría que puso su hija. Alejandro titubeó:

—Caramba, yo...

—Claro, no quisiera ponerte en un compromiso, si acaso ya tienes algún otro para comer —dijo Kassem.

—No, no lo tengo.

—¿Entonces?

—Es que estoy bastante sorprendido. Esto que me está ocurriendo es lo menos que podía imaginarme, no solo cuando llegué a Tánger, sino cuando salí del hotel esta mañana. De estar deambulando por las calles paso a ser invitado

por personas tan agradables y atentas, en una casa tan hermosa. Me habían dicho que en Tánger, y en Marruecos en general, las personas eran muy amables; pero esto lo excede con mucho.

—¿Debo de entender eso como un sí?

—Es que...

—¿Cuál es tu duda?

—Kassem, es que yo... Fuera de un trozo de pollo frito, unas croquetas, sardinas asadas y algunas pocas cosas más, a mí me resultaría muy desagradable comer con las manos.

Kassem sonrió divertido y le preguntó:

—¿No quieres volver a ser niño?

Ahora fue Alejandro el que sonrió.

—Sí, ellos disfrutaban comiendo con las manos.

—No te preocupes por eso, que aquí nadie te obligará ni te mirará mal. También tenemos cubiertos. ¿Qué pensabas?

—Si es así y no os voy a ofender acepto tu amable invitación.

—¡Ah, magnífico! Eso me complace muchísimo y estoy seguro de que a mi esposa también. —Se levantó de la mesa y le preguntó a Assalá—. Hija, ¿puedo pedirte un favor?

—Sí, padre, por supuesto; lo que quieras.

—¿Te importaría ocuparte de nuestro huésped? Quizás tú logres terminar de hacerlo

sentir como si estuviera en su casa.

Assalá tenía una suave sonrisa en los labios, y otra muchísimo más grande le salía del corazón por los ojos. Le respondió:

—Será un placer, padre; pondré mi mejor empeño para cumplir tu deseo.

—Perfecto, estoy seguro de que lo harás. Alejandro, te ruego que me disculpes, yo tengo que ir a la mezquita. Te vuelvo a dejar en la compañía de mi hija. No dudes en pedirle lo que desees y tratarla con toda libertad. Hija, me parece que él se ha quedado sin té. Pide que le traigan otro.

Kassem se iba hacia el zaguán y su hija corrió tras él.

—Papá.

—¿Qué quieres, hija?

Ella le dijo en voz baja:

—Muchas gracias.

—¿Acaso pensaste que tu madre y yo no nos dimos cuenta? Nosotros hacemos de todo por tu felicidad.

—Yo...

—Lo sé, hija, lo sé; no necesito que me lo digas con palabras. Él parece ser un buen hombre. Tú conoces a los españoles y sabes lo que hay que hacer, si de verdad tienes interés en él. ¿Lo tienes?

—Lo tengo, padre, lo tengo.

—Eso es todo lo que yo necesito saber.

Kassem le acarició la cabeza, le dio un beso en la frente, le sonrió, y se marchó.

Assalá fue hacia la cocina y regresó poco después. Alejandro observaba los dátiles en las altas palmeras, o eso parecía hacer. Ella se quedó cerca de él y permanecieron callados, durante unos momentos en que tan solo se escuchó el rumor del agua correr en la fuente. Les resultaba suficiente con estar cerca e inmersos en sus aromas, para sentirse tranquilos, relajados y confiados. Alejandro comentó:

—Tengo entendido que los dátiles son el oro del desierto.

—Algo así. La madre tierra nos da lo que necesitamos en cada lugar. ¿Qué otro fruto, que un árbol otorgue, se mantiene en perfecto estado durante meses en los calores del desierto, sin necesidad de refrigeración ni tratamiento alguno? Las palmeras eran riqueza, tanto o más como lo podían ser los rebaños de cabras, ovejas o camellos. Se sembraban por cientos de miles, y se mantenían mediante complejos sistemas de riego subterráneo.

—Sí, he visitado algunos palmerales, como le conté a tu padre. Son impresionantes. Supongo que en sus buenas épocas lo fueron mucho más.

—Con dátiles, leche, pan y algo de carne se podía

vivir bastante bien —dijo Assalá—. Una jaima, un pozo de agua, unas cuantas palmeras y unas cabras, y un hombre se podía considerar feliz en medio de las arenas sin fin. Muchos no llegaban a salir del oasis en toda su vida. Sí, los dátiles eran los frutos dorados de la vida para mis ancestros. ¿Te gustan?

—Tanto como si yo fuera uno de tus ancestros —dijo él mirándola directamente ahora—. Me encantan los dátiles con un vaso de buena leche natural, o cruda como le suelen llamar a la que no está procesada. Mejor si es recién ordeñada. Esto es algo que en España resulta casi absolutamente imposible de encontrar, a menos que tengas tu propia ganadería o sea en algunos pueblos y aldeas.

—¿No los has probado con leche de camella?

—He bebido leche de cabra y de oveja. Me gustaría probar la de camella.

—Espero que te agrade —dijo ella.

Los dos volvieron a quedar mirándose como dos jovencitos ilusionados. Él le dijo:

—Tú miras directamente a los ojos de un hombre. No había encontrado eso en una mujer musulmana. Ellas lo evitan.

—Tú también miras de frente a una mujer.

—Para mí es normal. ¿Te incomoda?

—En ti me gusta —dijo ella.

—Lo tendré muy en cuenta. —Alejandro

señaló hacia arriba y dijo—: Las ventanas y puertas de los pisos superiores, en los corredores, asumo que son habitaciones.

—La mayoría de ellas son de habitaciones, aunque hay algunos salones. En el piso superior hay uno exclusivo para el uso de las mujeres. En el primero, uno exclusivo para los hombres.

—¿Estas cuatro puertas a qué corresponden?

—Ven, que te las muestro. Esta primera es una oficina que suelen utilizar mi padre, hermanos y cuñados para sus labores.

—¿Es donde se meten cuando se traen el trabajo a casa?

—Exacto. Aquí siempre hay actividad, porque es donde pueden reunirse para los asuntos de negocios. Esta puerta de aquí atrás da al zaguán, con lo que ciertas personas, que vienen por algún asunto comercial, pueden ser atendidas en la oficina sin necesidad de que entren en la casa.

—Se nota que está decorada de una forma bastante... masculina —dijo Alejandro.

—Y tanto. Esta segunda es otra oficina que solemos utilizar las mujeres.

—Es muy distinta y está completamente ordenada. ¿Hombres y mujeres separados?

—No tiene una función segregacionista ni mucho menos. En nuestro salón, como ves, estamos

todos juntos y conversamos sin impedimentos. Se trata de que a los hombres os agrada tener las cosas de una manera...

Ella se quedó buscando la palabra y Alejandro le preguntó:

—¿Particularmente desordenada?

—Algo así, y a las mujeres nos gusta tener las cosas de otra manera. Y ya que había espacio suficiente se hizo esa separación de oficinas. Eso no quiere decir nada, porque muchas veces estamos trabajando juntos.

—Y al estar una oficina al lado de la otra no es necesaria una puerta interior, que siempre resta espacio y entorpece la distribución.

—Exactamente. —Ella lo llevó a la siguiente habitación—. Este es un salón de estudios, para que los niños hagan sus trabajos escolares con tranquilidad. Por eso son esos largos escritorios corridos. Como ves, cada cual tiene su sitio en él, los cuadernos lápices y lo que necesitan y a cada uno le gusta. En esa biblioteca tienen los libros y diccionarios a mano.

—¿Y el pizarrón?

—Es tanto para que ellos se expliquen cosas unos a otros como para nosotros hacerlo —dijo Assalá.

—¿Les dais clases?

—Imane, la esposa de mi hermano Alí, es maestra y los ayudamos entre todas. No solo con sus materias, sino que les enseñamos métodos de estudio, técnicas de memorización y síntesis y todas esas cosas. Esta última estancia es otro salón para los niños. Aquí tienen una mesa de pimpón, los televisores y sus consolas para que ellos se entretengan con sus videojuegos.

—¿Por qué hay dos televisores? —preguntó Alejandro.

—Por lo de siempre: los varones quieren estar viendo un programa y las hembras otro, sobre todo cuando pasan partidos de fútbol. De esa manera se evitan esas discusiones.

—¿Y cómo hacen para tener encendidos dos televisores a la vez y concentrarse en uno solo?

—¡Ah! Pues eso pregúntaselo a ellos. Si te fijas, las paredes están revestidas de láminas de corcho, para insonorizarlas, y los cristales de la ventana son triples.

—¿Les gusta tener la televisión y los videojuegos a todo volumen?

—Tratamos de evitarlo, ¿pero a qué niños no? —dijo Assalá.

—Yo suponía que siendo esta la sala de juegos sería la más espaciosa, pero lo es la de estudios. ¿Por qué?

—Se nota que no has vivido en una familia grande con muchos niños —dijo Assalá con una sonrisa divertida—. Cuando están con sus juegos electrónicos o viendo la televisión se amontonan unos encima de otros. Para estudiar requieren más espacio.

—¿En esa otra parte de la casa qué hay?

—Una biblioteca y salón de lectura, sanitarios para hombres y para mujeres, un trastero, un almacén y otras escaleras.

—¿No hay sala de fumadores?

—Aquí nadie fuma —dijo Assalá.

—¿Y al final del pasillo?

—Atrás hay un jardín con flores y naranjos.

—¿Allí es donde tenéis al perro?

—Temporalmente, está de paso. Lo trajeron hace dos días de casa de mi tío Mamún en Rmilat, y pasado mañana se lo llevarán para el campo. No quisimos tenerlo amarrado y en el jardín está bien. Es un perro bastante obediente.

—Ha de ser un jardín muy hermoso, si está a tono con el resto de la casa —dijo Alejandro.

—A mí me agrada. Me resulta muy relajante. En ocasiones en que estoy sola me paso horas disfrutando de él. Te lo mostraré otro día.

—¿Habrá otro día para poder verlo?

—Lo habrá si tú lo quieres, porque yo estaré

aquí —dijo ella en voz baja.

—¿Por qué hoy no?

—Porque las mujeres están bañándose con los niños.

—¿Hay una sala de baños?

—Allí está la pileta.

—¿Tenéis piscina?

—Por llamarla de alguna manera. No es grande, son poco más de cuatro metros de largo por unos tres de ancho. Resulta muy agradable para pasar los calores del verano, y que los niños jueguen y aprendan a nadar.

Llegó la misma mujer de antes. Dejó sobre la mesita dos teteras nuevas y recogió las otras dos. Le sonrió a Assalá, dio la vuelta y se alejó hacia una de las puertas. Alejandro dijo:

—Supongo que por allí queda la cocina.

—Sí, entre otras dependencias domésticas.

Alejandro se sentó y ella lo hizo en la silla que había ocupado antes, frente a él.

—¿Y tú por qué no te estás bañando también?

—Lo hice durante buena parte de la mañana. Me vestí para ayudar a mi madre. Luego me puse a entretener a Nabila, que no quiso estar más tiempo en el agua.

—Eso quiere decir que si yo hubiera llegado un poco antes, no me hubiera encontrado con Nabila

ni con el perro ni tampoco contigo.

—Seguro que no.

Al igual que él hacía, Assalá también escanciaba un chorro de té en el vaso, a fin de enfriar algo la bebida y oxigenarla. Volvieron a vaciar el contenido del vaso en sus teteras, para mezclar bien el azúcar, y repitieron la operación dos veces más. Mientras lo hacían, ella le dijo:

—Gracias por haber aceptado quedarte a comer. Mi padre se puso muy contento.

—Gracias a ti por haber pedido el té para acompañarme. Ahora me siento mucho más cómodo.

—¿Qué tanto más? —preguntó ella.

—Ya casi como en mi propia casa.

—¿Tan poca cosa te faltaba? ¿Nada más que tomar el té acompañado por alguien?

—Yo ya estaba acompañado por tu padre.

—No me dirás que necesitas beber acompañado por una mujer.

—No por una cualquiera: acompañado por ti.

Estuvo claro que aquello le agradó a Assalá, que le dijo:

—Uno puede sentirse como en su casa en muchos sitios, incluso en un hotel. El sentimiento del hogar es distinto. ¿Qué necesitarías tú para terminar de sentirte como en tu propio hogar?

—¿En dónde?

—En esta casa.

—Eso todavía no lo sé. Después de la comida y de que sienta cómo es tu familia, es posible que te lo pueda decir. Quizás lo que me falta sea bañarme en la piscina contigo. —Assalá sonrió encantada y él le preguntó—: ¿Y tú?

—¿Yo qué? Yo estoy en mi hogar —dijo ella bebiendo un sorbo del té caliente.

—No es eso. Dijiste que tu padre se puso contento. ¿Y tú?

Ella se excusó con que estaba bebiendo, para no responder y mirarlo por encima del vaso con sus expresivos ojos. Cuando terminó dejó el vaso sobre la mesa y dijo:

—Yo más que él.

—Gracias por tu sinceridad.

—Es lo menos que puedo hacer cuando estoy ante una persona completamente sincera. Es simple reciprocidad.

—¿Si yo te doy me das tú?

—No va en esa forma lineal —dijo ella.

—¿Puedo preguntarte qué estudiaste en España?

—¿En qué habíamos quedado?

—Es cierto, se me olvidó: nada de esos protocolos entre nosotros. ¿Qué estudiaste en

España?

—España fue el último lugar donde viví. Primero estuve dos años estudiando en Francia. Viví en París con mi tío Adil, un hermano de mi padre que es profesor universitario y tiene una hija de mi edad. Fue por petición de mi prima Jalila, y gracias a la insistencia de mi tío, que mis padres me dejaron ir.

—¿Qué edad tenías?

—Yo tenía catorce años y fui por salir un poco de aquí y conocer, y para mejorar el idioma; se me quitó mucho el acento marroquí. Me pusieron en el mismo colegio que mi prima, para yo no perder los estudios. Allí enseñaban el idioma inglés y el alemán como obligatorios, y Jalila estaba estudiando además el chino como idioma electivo. A mí me resultó interesante y lo hice también.

—¿Por qué ese idioma?

—Allí hay una comunidad china bastante grande y mi prima tenía muchos amigos. A mí siempre me ha llamado la atención la gran China y su historia. También aproveché esos años para viajar con mis tíos y primos por Alemania, por los Países Bajos y algunos otros más. A mis catorce y quince años aquello fue una experiencia maravillosa, que todavía atesoro.

—Sí, puedo entenderte muy bien —dijo

Alejandro.

—Luego viví en Londres con Fadoua, una prima de mi mamá que está casada con un británico. Asistí durante dos años a un colegio, también para no atrasarme en mis estudios ordinarios y para terminar de consolidar bien el inglés, y continué con los estudios del alemán y del chino. De ahí me fui a España para aprender bien el idioma y la cultura, por todo lo que tenemos en común y lo mucho que representa para nosotros. Viví en Madrid, en casa de mi prima Fátima que está casada con un español. Para entonces yo tenía dieciocho años.

—Y seguiste estudiando alemán y chino.

—Sí. Estuve allí durante tres años y estudié hostelería y turismo. También realicé unos cursos de auxiliar de enfermería.

—¿Te gustó España?

—Muchísimo. Después del clima de Londres fue como retornar al sol de Tánger. De Madrid me vine e ingresé en la Universidad Mohammed V, en Rabat. Me licencié en Administración y Gestión de Empresas con especialización en Gestión Internacional. Un par de años después hice el Master of Business Administration, aquí en Tánger.

—Qué bien.

—Tres años después realicé otra maestría en Marketing and International Business.

—¿Dónde?

—Aquí en Tánger, en l'École Nationale de Commerce et de Gestion.

—Magnífico, eres una mujer de mundo y altamente preparada. Quién lo iba a decir. No me lo hubiera imaginado nunca cuando te vi en el tren peleando con dos maletas, un gran bolso y un neceser. Hay que ver que necesitas cosas, ¿eh?

Assalá se volvió a reír y le aclaró:

—Me llevé una maleta y el neceser nada más. Allí, con mi hermana y mis cuñadas comencé a comprar cositas para traer. Tu sabes: regalitos, recuerdos, una alfombra que me gustó; un adorno, ropa, algunos libros... Cuando vine a ver, entre eso y también las cosas que mis familiares en Rabat enviaban, tenía una maleta más.

—Sí, suelen suceder esas cosas. Pues has sabido aprovechar muy bien el tiempo y hablas seis idiomas. Eso es muy bueno para lo de la hostelería y el turismo, y también para la gestión internacional, pero la enfermería no parece que encaje para nada entre ellas.

—Solo en apariencia; cualquiera se puede cortar un dedo.

—Y tú vas a salir corriendo a vendárselo en seis idiomas.

Aquello hizo reír a Assalá y le dijo:

—Algo así. Lo de la hostelería y turismo fue para aprovechar más el tiempo en España y complacer a mi padre, aunque no me disgustó, me resultó interesante. Lo de la enfermería fue por mi propio gusto.

—¿Y la administración de empresas?

—También por mi gusto —dijo Assalá.

—Te gustan los numeritos y calcular.

—Claro, entre uno y otro ahora puedo calcular el número de latidos de un corazón, y sé diferenciar la forma en que late.

—Eso es muy bueno. ¿Como enfermera has arreglado muchos corazones? —preguntó Alejandro.

—¿Por qué? ¿El tuyo tiene alguna arritmia?

—El corazón me saltó cuando te vi en la estación del tren. No debió de quedar en su sitio cuando te marchaste con quien pensé que sería tu esposo, porque al verte esta mañana se me paró.

La carcajada de Assalá explotó como un diente de león ante un soplo; se regó por el patio, subió hasta las palmeras y aceleró el crecimiento y maduración de los dátiles, que se irían poniendo más dorados.

—De modo que se te detuvo. Pero estás muy vivo.

—Por fortuna volvió a arrancar por sí mismo, aunque desde entonces tengo taquicardias casi

seguidas, cada vez que te miro y te escucho reír.

Sonriendo de lo más pícaro, ella dijo:

—Para arreglar eso necesitarías algún cardiólogo y no a una auxiliar de enfermera. Aunque el tuyo, en particular, es posible que yo lo pueda remediar.

—Para eso no necesitarás sacar raíces cúbicas ni realizar integrales o cálculos de tendencias —dijo él.

—Mucho mejor. Escuché cuando le dijiste a Nabila que había tristeza en él.

—¿Lo llenarás con tu risa que todo lo cura y le harás algunos remienditos?

—Me gustaría mucho más curarlo por completo, si tengo la oportunidad.

Mirándola al fondo de los ojos, Alejandro le preguntó:

—¿Qué necesitarías para tenerla?

—Que tú me la dieras.

—Pues, en ese caso, yo me pondré completamente en tus manos. Porque ya estoy seguro de que nadie más que tú lo podría hacer. Todo mi tiempo es tuyo y quisiera que mi vida también lo fuera. ¿Sabes que tienes una risa muy hermosa?

—Nadie me lo había dicho.

—Mejor, me alegro de ser el primero. Hablas un español excelente.

—Cuando llegué a España ya llevaba una buena base. Vi algo en los cursos del Instituto Cervantes, aquí en Tánger, y luego hice dos años de ESO en el Instituto Español Severo Ochoa.

—¿Y en cuál de las áreas que estudiaste te desempeñas?

—Ahora mismo en ninguna.

—¿Estás en el paro?

—Aquí no hay eso. Estoy desempleada. Trabajé durante unos pocos años como auxiliar de enfermera y lo dejé.

—¿Por qué elegiste esa actividad?

—En este país siempre son necesarios médicos y personal sanitario.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Lo hice cuando murió mi esposo.

—¿Estuviste casada?

—Sí, durante casi tres años.

—¿Tienes hijos?

—Tuve un varón. Murió en un accidente de auto junto con su padre.

—Oh, caramba, lo lamento muchísimo. ¿Qué ocurrió?

—Él iba para Rabat a visitar a su familia y llevaba al niño. Yo iría unos días después. Se había producido un choque en una curva. Retiraron los autos y quedó aceite en el suelo. La señalización

de emergencia que pusieron se la llevó un camión, unos pocos minutos antes. El auto de mi esposo patinó y él logró controlarlo. Se detuvo en la zona exterior de la curva, al borde de un terraplén.

—Entonces, ¿cómo se produjo el accidente?

—Un autobús que venía detrás derrapó también. El conductor logró llevarlo hacia el lado interior de la curva, intentando esquivar al auto de mi esposo. Desafortunadamente, la parte de atrás del autobús golpeó al auto y lo impulsó con fuerza hacia el terraplén. No era muy alto y quizás no hubiese pasado nada, si el auto hubiera logrado bajar de frente. Pero dio varias vueltas de lado y prácticamente se deshizo. Quedó aplastado por completo. Nuestro hijo murió en el acto. Mi esposo estuvo muy grave en el hospital durante cinco días. No logró sobrevivir.

—Qué trágico y lamentable debió de resultarte.

—Cuando me lo dijeron me puse como loca.

—¿Qué edad tenía tu hijo?

—La que tiene Nabila ahora. Él iba a cumplir dos años.

—¿Fue hace mucho?

—De eso ya va para cinco años. Fue a los veintiséis y he logrado superarlo.

—¿Por completo?

—No del todo, en realidad, porque desde

entonces no quise saber nada más de hospitales y dejé mi ocupación como auxiliar de enfermera. No resulta sencillo sacármelo de la cabeza.

—Lo lamento mucho. Esas tragedias son muy duras.

—¿Y tú? —le preguntó ella.

—Yo estuve casado durante tres años. Fue un matrimonio tormentoso que no quiero recordar. —Su expresión se ensombreció tanto que Assalá no quiso indagar. Él le preguntó—: ¿Por qué no te has vuelto a casar? Me extraña que una mujer tan hermosa, agradable, culta y de buena familia no tenga marido. ¿Qué les pasa a los hombres de aquí? Porque de casa ya sé que sales y viajas.

Esta vez fue una sonrisa triste la que asomó a los labios de Assalá.

—Es bastante complicado. Se reduce a que no he encontrado al hombre adecuado. Quizás no haya muchos para mí. Al menos sé que en Tánger no hay ninguno.

—¿Los has visto a todos?

—No es necesario.

—¿Por eso los vas a buscar a Rabat?

—Allí viven mi hermana Fadia con su esposo y algunos tíos y primos, y me gusta visitarlos. Pero en esa ciudad tampoco hay hombres para mí. Al menos yo no los he encontrado.

—En ese caso, probablemente haya uno adecuado, aunque puede que más lejos, quizás en España. Por alguna razón habrás ido a Madrid.

La sonrisa regresó a los labios de Assalá.

—También viví en París y en Londres.

—Pero en Madrid fueron los últimos años, entre los esplendorosos dieciocho y los veinte. Pudimos habernos encontrado. Quizás nos llegamos a cruzar alguna vez.

—Sí, pudo haber sucedido.

—¿Qué hubiera visto yo?

—A una muchacha española más.

—¿Vestías a la europea?

—Sí. Vestidos, faldas, pantalones vaqueros y camisetas; esas cosas.

La mirada de Alejandro le recorrió el cuerpo y le dijo:

—Has de verte muy bien de esa manera. Lamento habérmelo perdido.

Assalá volteó hacia una de las ventanas del primer piso, sonrió y le dijo:

—Vamos para el salón, que estará más fresco. El sol se ha movido y nos está dando algo.

—Podemos ponernos en otra mesa con más sombra.

—Adentro será mejor.

—Como tú prefieras.

Él fue a agarrar su tetera y el vaso; Assalá se le adelantó apresurada y diligente.

—Permíteme.

Ella agarró la bandeja con las dos teteras, los vasos y el plato con dulces, y fueron al salón donde habían estado al principio. Alejandro se sentó en la misma esquina de antes, en el ángulo interno del sofá. Esta vez Assalá lo hizo más cerca de él, en el lugar en que su padre estuvo sentado en la esquina del otro sofá.

*** **

CAPÍTULO 7

Una invitación aceptada

Tras las celosías de la ventana del primer piso, Nouria y otras dos de sus hijas reían por lo bajo. La más joven, que tendría unos dieciocho años, dijo:

—¡Miren a mi hermana! Se lo llevó para adentro, qué bandida tan aprovechada.

—Claro, se dio cuenta de que estábamos mirando —dijo su hermana, que tenía un buen parecido con ella.

—Es que no hacéis más que reír —dijo Nouria.

—Mamá, si es que estaban como dos noviecitos —dijo la joven.

Su hermana, quien tendría unos pocos años más que Assalá, agregó:

—Es muy guapo.

—¿Verdad que sí? —preguntó Nouria.

—Sí, ya me está interesando —dijo la más joven.

—¡Nassama, ni se te ocurra! ¡No le vayas a hacer eso a tu hermana, que ya difícil lo tiene!

—Yo soy la primera que te ahorco —dijo su

hermana mayor.

La joven se rio con toda picardía y dijo:

—Rahima, no digas eso, fue una broma. Vosotras sabéis que yo no le haría algo semejante a mi hermana. La amo demasiado como para perjudicarla en nada, mucho menos en esto tan serio. Yo tengo tiempo de sobra para conseguirme un esposo, Assalá no y me parece que a ella le está gustando.

—Eso me parece a mí también —dijo su hermana Rahima.

—Es hora de que ella consiga un hombre que la haga feliz. Mamá, ¿cómo dijiste que se llama?

—Alejandro del Paso.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé, no logré escucharlo porque Assalá y él hablan en voz baja, andará por los cuarenta y algo.

—Da igual, se ve muy bien. Los dos hacen muy buena pareja. ¿No os parece? —dijo Rahima.

—Sí, te lo aseguro. Los hubierais visto cuando él tenía a Nabila en brazos. ¡Parecían dos esposos con su hija! Mi corazón se aceleró de la emoción —dijo Nouria.

—¿Fue cuando él llegó?

—Sí. Fijaos cómo sería la estampa cuando estaban en la calle tan juntos. Los dos estaban tan

sonrientes y mirándose como dos enamorados, que pasaron Darifa y sus hijas, hablamos un poco y ella me echó broma.

—¿Qué te dijo? —preguntó Nassama.

—Me preguntó que desde cuándo Assalá tenía un prometido tan guapo, que ellas no se habían enterado de las notificaciones. Que no me perdonarían si no las invitaba a la boda.

Las tres se echaron a reír y Rahima dijo:

—Me hubiese gustado mucho haberlos visto.

—¡Ay, qué rabia! —dijo Nassama.

—¿Qué cosa? —preguntó Nouria.

—Que se fueron para adentro y no los podemos escuchar. Con lo bien que lo estábamos pasando, a pesar de que estaban hablando en español y no logré entender la mitad. Me parece que ya los dos se han contado media vida.

—Ahora es que les queda por contarse; sin embargo, se han dicho lo principal para saber qué terreno pisa cada uno. Escuchad esas risas de Assalá. A mí me suenan a gloria.

Rahima dijo:

—Cada vez son más frecuentes. Eso quiere decir que Assalá se está sintiendo cómoda con él y los dos van entrando en confianza. Me parece un buen signo en mi hermana.

—Y en él —dijo Nouria.

—¿Qué tan en confianza quieres que entren, mamá? —preguntó Nassama.

—Toda la que se necesite para que él la pida por esposa.

—¿No estás yendo muy rápido y suponiendo demasiado, respecto de un hombre que apenas se acaba de conocer? —preguntó Rahima.

—En otro caso sí, en este caso no. Porque no ha sido hace una hora, se conocieron hace tres días y, por lo que entendí, ya los dos quedaron prendados. Fue amor a primera vista. Se notó perfectamente cuando se encontraron en la calle, con toda la alegría que sintieron por volverse a ver. No creáis que me pasó inadvertida. Hijas, esto es *maktub*, ¿no lo veis? —dijo Nouria.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó Assalá.

Alejandro le sostuvo la mirada y dijo:

—Aparte de terminar de recorrer algunas zonas de la medina, como el mercado del pescado y esa parte externa del zoco, no tenía nada especial en mente.

—¿Y ahora?

Por la forma en que ella se lo preguntó, Alejandro sonrió y le dijo:

—Quizás tú podrías cambiar mis planes,

porque ahora tengo muchas cosas placenteras en mente, aunque ninguna que me atreva a pedir.

—¿Por qué no?

—Porque no estamos en España.

—Y estás confundido y no tienes claro en cómo actuar ante una mujer musulmana. Temes hacer o decir algo que la pueda ofender a ella o a su familia. ¿No es así?

—¿Aprendiste tanto de mí en tan poco tiempo?

—Ha sido suficiente para mí. Recuerda que estoy en la década de los treinta, en la que, según tú, como mujer dispongo de mi buen juicio, inteligencia, perspicacia y agudeza mental.

—Caramba, no podía imaginar que ponías tanta atención a mis palabras —dijo él.

—Todo lo que dices es de mi mayor interés.

—Lo tendré muy en cuenta. Veo que en eso estamos iguales.

—Pues, para que mejores tu apreciación, te recuerdo que en España viví precisamente en Madrid —dijo Assalá.

—Sí, y por eso eres la hija independiente y rebelde de la familia, el arco iris que les da alegría y los llena de luz y de color.

Assalá volvió a sonreír por aquello y dijo:

—Si en lugar de estar sentados aquí estuviéramos en Madrid y me acabaras de conocer,

en circunstancias parecidas, ¿qué es lo que harías?

—Te preguntaría si quisieras salir a tomar algo conmigo.

—¿Y aquí en Tánger?

—Te pediría si querrías terminar de enseñarme la medina o acompañarme a cualquier parte que tú quisieras.

—¿Adonde yo quiera?

—Sí, porque estar contigo es suficiente. Probablemente la ciudad se vea distinta a tu lado.

—Gracias de nuevo por tu sinceridad —dijo ella con una sonrisa satisfecha.

—No has respondido a mi proposición.

—¿Me has hecho alguna?

—Te dije que me gustaría salir contigo.

—Lo dijiste como una posibilidad.

—Vale, me gusta eso en ti. Entonces lo aclaro: ¿te gustaría salir conmigo? Voy a necesitar una buena guía, para no perderme otra vez en la medina.

—Sí, se te ve muy necesitado y desvalido.

—Es seguro que tú conoces todos los sitios de interés.

—También los guías turísticos se los conocen.

—Pero la mayoría han de tener barba y bigote.

Assalá se rio con aquello y le dijo:

—¿No te gustan las barbas y los bigotes?

—He usado ambas cosas y no me molestan. Lo

que no me gusta es ir acompañado por hombres, cuando lo puedo hacer mucho mejor contigo.

—Hay algunas mujeres guías también, que estarían muy gustosas de acompañarte.

—Pero ellas no son tú.

—¿Es el interés el que te mueve a salir conmigo?
—preguntó ella en tono ligeramente malicioso.

—Por supuesto, uno muy grande: el interés de estar a tu lado, aunque no me lleves a ninguna parte ni me muestres nada. Porque ya estoy seguro de que no voy a conseguir a otra mujer tan bella como tú... ni por quien esté sintiendo lo mismo.

**

Assalá tuvo que beber un nuevo sorbo de té, para ordenar sus pensamientos y calmar el acelerón de su corazón. ¿Aquello había sido alguna clase de declaración o tan solo se lo pareció? Cuando logró serenarse le preguntó:

—¿A qué playas has ido?

—A ninguna.

—¿No? Es lo primero que los turistas hacen cuando vienen. Parece que no quieren otra cosa que bañarse en la piscina del hotel e ir a la playa a tomar el sol.

—Entonces yo soy un turista distinto. He pensado en agarrar alguna excursión para ver el faro de cabo Spartel y la Gruta de Hércules. Parece ser un

ritual casi obligatorio. Pero hasta ahora ni siquiera he pisado la playa Municipal ni visité el Casino, que están aquí al lado; por no decir más allá, al otro extremo de la bahía hasta el cabo Malabata.

—¿No te gusta ir a la playa?

—Sí que me gusta, aunque no para ir solo.

Ella lo bañó con una luminosa sonrisa y le dijo:

—Para no gustarte ir solo a una playa, durante unas horas, llevas un mes viajando tú solo. ¿No resulta una contradicción?

—Quizás.

—¿Ninguna amiga quiso acompañarte?

—Alguna lo hubiera hecho si se lo hubiera pedido. Pero las que hubieran estado dispuestas a acompañarme no me llenaban como compañía para todo un mes. Además, una mujer a mi lado en un viaje de estos, tan solo por la simple compañía; aunque con poco o nada emocional que compartir, mucho menos espiritual, no era lo mío en este caso.

—¿Es un viaje espiritual? —le preguntó ella burlona.

—Cuando lo comencé no lo era.

—¿Ahora sí que lo es?

—Ha de serlo, porque junto a ti hoy mi espíritu canta.

La sonrisa de Assalá aumentó de nuevo.

—¿Tengo que creer que desde que te divorciaste

has estado solo?

La picardía que había en aquellas palabras no le pasó desapercibida a Alejandro, mucho menos el trasfondo.

—Solo sí, sin compañía femenina no.

—¿Son dos cosas distintas?

—Para mí lo son. Por mi apartamento han pasado algunas mujeres que fueron compañía de una noche, de un día, de un fin de semana o de varios. También he estado en otras camas de rosas. No es algo que yo pretenda ocultarle a nadie, mucho menos a ti, aunque tampoco lo voy pregonando. Pero no he tenido novias. Porque ninguna de esas mujeres alejó mi soledad, llenó la ausencia en mi corazón ni me hizo pensar en otra cosa más que en disfrutar del momento. Fueron simples relaciones físicas, sin ningún trasfondo sentimental ni mucho menos afectivo. Cuando me despertaba en la mañana y las veía en la cama, mi corazón no se llenó de júbilo ni me dijo, con ninguna, que quería seguir despertando junto a ella por el resto de mis días.

Assalá permaneció en silencio un rato, de nuevo escudada en beber su té sin dejar de mirarlo a él ni un momento. Cuando le pareció conveniente dijo:

—De nuevo te agradezco la sinceridad. Esta

quizás más que ninguna otra.

—¿Ahora por qué?

—Otro hombre hubiera evitado esa respuesta, mucho más estando en tu situación presente, o la hubiera adornado a su conveniencia del momento.

—Ella volvió a beber un nuevo sorbo de té, dando espacio a otro instante de silencio para ordenar sus pensamientos—. ¿Conmigo sientes diferente?

—Contigo quisiera contemplar el ocaso y el crepúsculo durante cada día de los que me restan de vida.

El corazón de Assalá pegó tal brinco que quedó latiendo atravesado en su garganta. Durante unos momentos, ella no pudo escuchar nada más que los fuertes bombazos, y no logró articular ninguna palabra. Cuando el corazón le regresó a su lugar y el pulso a su ritmo normal, ella le preguntó:

—¿Y qué has hecho desde que llegaste?

—Pensar en ti.

Aquello arrancó una deslumbrante sonrisa a los labios de Assalá.

—¿Pensar en mí?

—Sí. Como hace un rato te dije: no he podido apartarte de mi pensamiento ni sacarte de mi corazón.

Assalá lo volvió a mirar con aquella profundidad que ella ponía. Le dijo:

—Muchas gracias por esa sinceridad. Me parece que yo soy la beneficiada ahora. Sinceridad por sinceridad: yo tampoco he podido apartarte de mis pensamientos.

—Ah, eso sí que no me lo podía esperar.

—Cada palabra que me dijiste me quedó en el corazón. Tu cara triste en la puerta de la estación, como perrito abandonado, se me quedó grabada en las retinas.

—Yo también te agradezco esa confianza — dijo él.

—¿Qué otras cosas has hecho?

—Anteayer, luego de que me instalé en el hotel, lo primero que hice fue recorrer el Boulevard Pasteur y tener mi contacto inicial con la medina, por los lados del Petit Socco. También me dediqué a caminar por la avenida que bordea el puerto y fotografiar barcas, así como a curiosear en la cantidad de cafeterías y locales de diversión que hay por esa zona. En el hotel me pusieron al tanto de las partes que debía de evitar en la ciudad. Parece que hay algunos barrios a los que ni la policía entra.

—Sí, hay que tener cuidado, particularmente de noche.

—Ayer fue día de callejeo por la ciudad. Recorrí la avenida Mohammed V, la avenida de Bélgica y subí hasta España.

—¿España?

—Bueno, a la zona de Iberia. No sé por qué la llaman de esa manera. Supongo que es por la parte española que concentra. En un lado de la avenida de Bélgica está la catedral, que no me ocupé en averiguarle el nombre ni bajo la advocación de qué virgen o santo está. Al otro lado está la Gran Mezquita Mohamed V y frente a ella, calle de por medio, dos colegios españoles: el Instituto Español de Educación Secundaria Severo Ochoa y el colegio Ramón y Cajal. Están también el llamado Hospital Español y el Consulado. Poco más abajo de la mezquita está el Instituto Cervantes, donde aproveché para visitar a un amigo que trabaja en la biblioteca y me resumió algo la historia de Tánger. De allí regresé recorriendo la calle Mayor.

—¿Qué calle Mayor? Aquí no la hay —dijo Assalá.

—Porque tiene el nombre mal puesto. La Rue de Mexique es el equivalente a la calle mayor.

Aquello le hizo gracia a Assalá que rio por lo bajo y le preguntó:

—¿Por qué lo dices?

—Porque en la mañanita es una calle más. Pero a medida que transcurre el día se llena de gente, sobre todo al atardecer. Es por la que más mujeres transitan. Es una lástima que la calle no empalme

el tráfico directamente con él Boulevard Pasteur, que le hubiera dado mayor relevancia. Tal como está quedaría mejor siendo un paseo peatonal.

—No sería mala idea; por esa calle circula mucha gente.

—Almorcé con el matrimonio con que vine en el tren y luego seguí recorriendo la ciudad. Bebí el té en diferentes cafeterías y observé a la gente en sus quehaceres. Fuera de la calle de México, donde más mujeres vi fue por los lados de la medina, ya fuese vendiendo algo o haciendo las compras. Por lo general se notaba que eran mujeres casadas, la mayoría sobre los cuarenta y los cincuenta años. Vi muy pocas jóvenes por esa zona.

—Ir a las compras es lo que suelen hacer ellas, particularmente en las mañanas, o están metidas en sus casas. Las jóvenes están en los colegios y en las universidades.

—Si las mujeres están haciendo las compras o metidas en las casas o asistiendo a clases, y los hombres están todos sentados bebiendo té y conversando en las cafeterías, ¿quién trabaja?

La alegre risa de Assalá se desgranó de su garganta y se adueño de todo otra vez.

—Alguien lo ha de estar haciendo —dijo ella.

—Sí, claro, ¿pero quiénes? ¿Los que atienden en los comercios son trabajadores extranjeros? ¿O

acaso los que están bebiendo en los cafés son los desempleados y los jubilados? —De nuevo la risa de Assalá voló por toda la casa—. No me concuerda, porque en las tiendas del zoco he visto a puros hombres atendiendo en los negocios; la mayoría son mayores, de bastante edad. Aunque ahora que me estoy dando cuenta, gran parte de las personas que he visto atendiendo en las pastelerías eran mujeres. ¿Solo ellas pueden vender dulces?

Assalá le dijo, de lo más divertida:

—Esos son los misterios de Tánger.

—¿Como el hecho de que los hombres sean barberos?

—¿Lo dices por la cantidad de peluquerías de hombres que hay en la medina?

—Sí. Oye, la gente pone tiendas en los lugares más inverosímiles. Encontré una de artesanía, que estaba abajo de un edificio de dos plantas escondido en una pequeña entrada de calle ciega. La callecita que pasaba por allí era tan retorcida y un lugar tan a trasmano de todo, que el hecho de que llegara algún turista era tan improbable como que le cayera un meteorito.

—Ya ves. Como te digo: esos son los misterios de Tánger. ¿Te interesa conocerlos? —preguntó ella.

—Tan solo si tú me los muestras. Aunque...

—¿Qué?

—Estoy sintiendo que los misterios que más me gustaría conocer son los tuyos.

Ella lo volvió a iluminar con una sonrisa y le dijo:

—Yo no tengo misterios.

—Has de tenerlos, forzosamente —dijo Alejandro.

—¿Por qué?

—Eres mujer y, además de muy hermosa e irresistible, eres tangerina.

De nuevo la risa de ella voló dichosa, le regaló a él los oídos y alegró su corazón. Entró por las rendijas de las celosías de una ventana e hizo sonreír a sus dos hermanas y a su madre.

—Gracias por las dos opiniones. Si quieres ver a las mujeres, al menos en esta parte de la ciudad, pásate al atardecer por los jardines de la Mendoubia y por la plaza del Gran Zoco. Allí las podrás encontrar. El otro lugar ya lo descubriste, que es la calle de México, por donde pasean mujeres de todas las edades.

Alejandro prosiguió contándole:

—En estos días me dediqué a buscar los rincones típicos en los que comer la verdadera comida marroquí.

—¿Cómo determinas tú cuáles son?

—Porque suelen estar llenos de comensales

de aquí, no de extranjeros. Eso quiere decir que la comida es buena, abundante y a un precio razonable. Si la apariencia lo corrobora es un acierto seguro.

—Me parece un buen criterio. ¿Qué consideras tú que es el precio razonable? —preguntó Assalá.

—Es el que tiene que ver estrictamente con la calidad de la comida servida, en una relación de equilibrio con el local y con la atención. A mí me gusta comer en buenos restaurantes donde yo me sienta bien y cómodo. Pero muy bueno y carísimo no son dos palabras sinónimas ni que, necesariamente, vayan de la mano. Preséntame una excelente comida en un restaurante limpio, agradable, cómodo y bien atendido, así sea pequeño y de ambiente familiar. Dame exactamente la misma comida con igual calidad en otro local de súper lujo, de esos que tienes que reservar con meses de antelación. Si es por comer, yo me decantaré por el primero.

—¿Por qué razón?

—Porque siendo exactamente la misma comida, yo no veo por qué tengo que pagar cinco o diez veces más, tan solo por que me la sirvan en un plato el doble de grande de una vajilla de la Dinastía Ming, una Flora Dánica, porcelana Meissen o Wedgwood. Tampoco porque el restaurante lo haya diseñado Calatrava o por los Picassos, los Mirós

o los Dalís que tengan colocados en las paredes y por la orquesta sinfónica que esté amenizando. Voy a comer, no a un museo ni a un concierto o a la ópera. Prefiero gastar mi dinero en otras cosas que me den más satisfacción, que el hecho de pagar por lujos excesivos que no necesito para nada.

—Me agrada muchísimo escuchar eso —dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque ahora sé también que no eres un hombre derrochador ni un sibarita. Eso es muy bueno. ¿Qué otras cosas te podrían dar más satisfacción, a la hora de gastar tu dinero?

Alejandro sonrió y le dijo en voz algo más baja:

—Más que decírtelo, eso es algo que me gustaría tener la oportunidad de mostrártelo algún día no lejano.

Como Alejandro la seguía mirando con aquella peculiar sonrisa, ella le preguntó:

—¿Puedo saber en qué estás pensando?

—Claro que puedes. Es algo muy agradable para mí y que espero poder llegar a hacer, porque también será placentero para ti. En este momento, sin embargo, no sería oportuno decírtelo.

—Ya. En ese caso esperaré a que pueda llegar ese día, porque quedo interesada. Por lo que me has dicho veo que eres un hombre muy equilibrado y

que sabes bien lo que es el lujo, también el sentido práctico de las cosas. ¿Y qué has comido aquí?

—Desde que pisé Marruecos he comido de todo. Creo que ya probé todos los tipos de tajines y de cuscús existentes en vuestra cocina tradicional, así como guisos de cabra y de cordero. Me encantó el tajín de cordero con ciruelas pasas y almendras. El cordero es mi carne predilecta, junto con el pescado. En Marrakech y en Fez no quise comer pescado. En Casablanca, Agadir y las otras sí.

—¿Por qué esa diferencia?

—Porque he de suponer que el pescado ha de estar más fresco en las ciudades costeras —dijo él.

—Sí, es una suposición acertada.

—En estos dos días pasados, para el almuerzo y la cena me he metido un atracón de pescados diversos, a cada cual más rico, y en las calles de la medina he comido y bebido todo lo que se me atravesó por delante, sin preguntar qué era.

Ella le dijo:

—Pues vas a tener que cuidarte el estómago.

—Hasta ahora no se me ha quejado.

—¿Has probado este tipo de dulces?

—No.

—Te aseguro que son riquísimos. ¿Quieres uno?

—Será un deleite para mí complacerte —dijo

él.

Assalá no le ofreció el plato, sino que, con toda familiaridad, agarró uno de los dulces, se lo dio y dijo:

—Pruébalo, verás qué ricos son. A mí me encantan.

Él lo tomó y al hacerlo agarró su mano, que ella no retiró ni cambió su sonrisa. Él dijo:

—Me parece que hacer esto sí que puede llegar a convertirse en un vicio para mí.

Ella le dijo:

—No debes descuidarte. Las adicciones son difíciles de quitar.

Alejandro le soltó la mano y le dio un mordisco al dulce.

—Sí, es muy rico. Este que me has dado tiene un sabor muy especial y único en el mundo.

—¿Eso por qué?

—Porque viene de tu mano.

La expresión de Assalá fue más elocuente que cualquier otra cosa. Aun así, le dijo:

—Gracias, eso ha sido muy hermoso.

Alejandro le preguntó:

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—No has respondido a mi petición y sigo esperando.

—¿A cuál petición?

—¿Te gustaría acompañarme mañana?

Ella, con una sonrisa de lo más divertida y pícara, le dijo:

—¿Qué seríamos las mujeres si no nos hiciéramos esperar?

—¿Eso es parte de la esencia femenina?

—Es parte del ser mujer.

—Está bien; esperaré: es parte de ser hombre. Oye, hace rato que tengo una curiosidad. Para ser una casa con tanta gente, como me dices, ¿este lado no está muy tranquilo? ¿O es que todo el mundo está en el otro?

—Normalmente ya debieran de estar casi todos aquí, con los niños corriendo y brincando. Se reúnen en el otro extremo del sofá más cercano a la cocina; es el ambiente de ellos. Me parece que hoy esta siendo un día diferente, algo inusual.

—¿Por causa de la visita?

Ella no dejaba de sonreír y le dijo:

—Más bien por la naturaleza tan inesperada que tomó la visita. Yo tengo la fortuna de contar con una familia muy comprensiva, que no necesita de muchas palabras y explicaciones.

—Ha de ser una dicha tener una familia así.

—¿Tú no?

—No.

Él no se notó dispuesto a dar aclaraciones y Assalá dijo:

—Si hay algo por lo que yo he de dar gracias es por la familia que tengo. He vivido con parientes en otras partes del mundo y de Marruecos, y he estado bien; pero en ningún sitio me encuentro tan bien como aquí, en mi hogar. Me cuesta salir de él.

—¿Ni por amor?

—Yo por amor voy al fin del mundo gateando.

—Lo tendré muy en cuenta—dijo Alejandro—. ¿En dónde viviste mientras estuviste casada?

—En casa de mi esposo. Era cerca de aquí y yo podía venir todos los días.

—En ese caso, ¿puedes considerar que fuiste afortunada porque él no te llevó a vivir con sus padres?

—Muchísimas mujeres me habrán envidiado eso. Él trabajaba aquí en Tánger y tenía alquilada esa casa. Sus padres y familia viven en Rabat con otros hijos y son personas muy afables.

—¿Él no te exigió que dejaras el trabajo?

—No. Yo nunca me hubiera casado con un hombre de esos. Fue algo que yo dejé muy claro. Mi esposo era un hombre estudiado, comprensivo y de mente moderna. Él fue quien me alentó a estudiar el MBA cuando mi padre me lo sugirió.

—Pues me parece que estoy comenzando a

entender ese sentimiento de hogar que tú tienes — dijo Alejandro—. Yo también me estoy sintiendo muy a gusto aquí, más que en ninguna otra parte. Y para abrir mi corazón por completo y dejar salir lo que estoy sintiendo, tengo que decirte que lo estás logrando tú. Porque no me había encontrado tan a gusto al lado de alguien como lo estoy a tu lado.

Los ojos de ella brillaron de una manera muy emotiva y le dijo:

—Agradezco muchísimo lo que has dicho. Eso me facilita decirte que yo también me siento muy bien junto a ti.

—¿Es reciprocidad lineal?

—De ninguna manera. Es compartir un mismo sentimiento. ¿No lo sientes tú así?

—Sí. ¿Qué tan a gusto te sientes a mi lado?

Aquella pregunta podía ser respondida de múltiples formas. Assalá prefirió una muy tangible y elocuente: le dio una mano.

Alejandro comprendió perfectamente el enorme valor que aquel acto, aparentemente tan simple, tenía para una mujer como ella. Agarró la mano entre las suyas y la apretó con delicadeza y cariño, agradecido por aquel segundo contacto de piel que ambos habían estado ansiando y necesitaban.

—¡Le dio la mano! ¡Assalá le dio la mano! —dijo Nassama—. ¡Ay! ¿Por qué no tenemos unos prismáticos?

—¡A ver, a ver! ¡Sí, es cierto! —dijo Rahima.

Ella, su hermana menor y su madre seguían observando, a través de la clandestinidad que ofrecían las celosías de la ventana del primer piso, que estaba justo enfrente del salón inferior al otro lado del patio. Nouria dijo:

—Ah, esta hija mía. Qué bien te sentó esa educación europea y la experiencia de un matrimonio, aunque haya sido tan corto y trágico. Eso es, hija, vete tras de lo que quieres. Ofrécele tu mano y que él te la pida. Muéstrale tu interés y no lo dejes escapar, que yo ya escucho a tu corazón cantar. Lo está haciendo desde que os encontrasteis en la calle. Tus risas lo indican muy bien. Sigue así y déjalo con ganas de más, anda, que tú sabes cómo hacerlo.

—Mamá, a mí no me permites eso. Ni siquiera me dejáis a solas con un hombre que muestre el menor interés en mí —se quejó Nassama.

—Ya bastantes libertades te tomas tú sin que te las demos. Además, no eres Assalá ni estás en su situación.

Entró Ainaya y dijo:

—Mamá, ¿no te parece suficiente el tiempo

que llevan solos? Los hombres van a llegar de la mezquita, los niños ya están intranquilos por entrar y, si nos descuidamos, nos va a dar la hora de comer.

—Él se va a quedar.

—¿Va a comer con nosotros?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que él y Assalá puedan estar más tiempo juntos, y para nosotros poder conocerlo algo mejor.

—¿Papá y tú estáis propiciando eso?

—Sí, y todas vosotras tendréis que ayudarnos —dijo Nouria.

—¿Mi hermana está interesada en él? Me pareció notar algo.

—Assalá se ha enamorado de él y esto marcha muy bien, hija mía, muy bien. Tienes razón: ya va siendo el momento de interrumpir ese idilio particular. Tenemos que poner a prueba a Alejandro, a ver qué tal es en el fondo. Vamos.

Assalá retiró su mano y dijo:

—No estoy acostumbrada a encontrarme con hombres como tú y... Ya pensaba que no existían más que en películas. Todo está ocurriendo a una velocidad de vértigo, y mis sentimientos se encuentran muy revueltos en este momento,

intentando asimilar la situación y comprender que es verdad.

—Espero no ser yo el causante de ese revuelo.

—Pues resulta que sí lo eres, cosa que no tienes que lamentar, todo lo contrario. Mis sentimientos y pensamientos están gratamente revueltos, aunque también muy claros, como nunca antes. Yo también quiero ser completamente sincera, sin dejarme nada por dentro, porque tú te lo mereces. Es por eso por lo que te digo que yo me estoy sintiendo muy bien en tu compañía y no quisiera que terminara.

—Me alegra muchísimo haber podido lograr eso en tan poco tiempo —dijo él.

—No es de ahora. El camino ya lo tenías abonado. Cuando me ayudaste a bajar las maletas del tren me sentí tranquila, en lugar de sobresaltarme y desconfiar. A tu alrededor hay un halo de tranquilidad que puede ser notado. Luego, mientras me acompañabas llevando una maleta, me sentí confiada y segura contigo; cosa rara, porque no suele ser así. Tú respetaste mi silencio y la distancia que yo puse, y ni siquiera me preguntaste el nombre —dijo Assalá.

—Era demasiado lo que yo hubiera querido preguntarte, aunque tan solo fuera por hablar, escuchar tu voz y descubrir una sonrisa. Pero no me pareció apropiado en ese momento ni tú me diste

pie.

—Lo sé. Inicialmente me extrañó tu silencio, algo impropio de un hombre español, que hubiera aprovechado aquella oportunidad para intentar entablar conversación e intimar. Lo peor fue que no supe lo que me pasó a mí.

—¿Por qué?

—Toda mi experiencia de mujer criada en Europa desapareció, se esfumó por completo. Quedó nada más que la mujer musulmana, que intentaba parecer indiferente ante un hombre que no le había sido presentado. Fue una indiferencia completamente falsa. Lo comprendí cuando me iba en el auto y me di cuenta de que no podía dejar de pensar en ti, y de que era mucho lo que yo hubiera querido preguntarte. El resto de ese día, ayer y esta misma mañana me estuve recriminando por mi pasividad, lamentándome por la oportunidad perdida, que ya no volvería. En la estación ni siquiera les dije a mis hermanos que tú me habías ayudado. Fue que me bloqueé por completo.

—¿Tendremos que regresar a la estación para retomarlo desde allí? —preguntó él.

—No será necesario, desde aquí ya vamos muy bien y hemos recuperado el tiempo. Ya te he preguntado todo lo que en aquel momento hubiese querido saber sobre ti y mucho más.

—Pues en eso estamos iguales.

—Ahora tú me has sorprendido varias veces con tus palabras. Lo que dijiste de estar a mi lado me llegó muy hondo. Quizás haya sido por la forma en que lo hiciste.

—Te lo he dicho con todo el corazón.

—Lo sé —dijo ella.

—Si te sientes a gusto junto a mí, ¿es solo aquí adentro, en la seguridad de tu hogar?

—¿Qué quieres decir?

—Yo también me siento muy bien contigo, como nunca antes con ninguna otra mujer. Podríamos probar a ver cómo nos sentimos de bien estando juntos en otros lugares.

Assalá sonrió a su máxima intensidad y le dijo:

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Que me gustaría mucho salir contigo.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó él.

—¿Por qué no iba a poder?

—No lo sé. ¿No necesitas pedir permiso para salir con un hombre?

—Alejandro, además de que soy una mujer viuda tengo suficiente edad para tomar mis propias decisiones.

—¿Y tu padre y tu madre? Como estás viviendo con ellos.

—Tú les has caído bien —dijo con aquella sonrisa traviesa—. Mañana en la mañana voy a ir con mis hermanas y sobrinas al mercado. Ya que quieres conocer, ¿te gustaría acompañarnos? —Ante la expresión tan divertida que él tenía, Assalá le preguntó—: ¿Qué es lo que te hace gracia?

—Que eres única.

—¿Por qué?

—Yo no creo que en otra parte del mundo, al menos en España, una mujer me invitase a ir de mercado con ella en la primera salida, mucho menos con sus hermanas. Es una novedad que ya me está entusiasmando. Me encantará acompañarte... adonde sea.

Assalá captó perfectamente la singularidad diferenciadora que él utilizó, por eso le aclaró:

—Lamento que no seamos los dos solos, como tú lo estabas queriendo. No estamos en España. Ten en cuenta que aquí, por más que yo las pueda modificar y mi familia sea un tanto comprensiva y permisiva, las cosas van de otra forma. En nuestra sociedad, para bien o para mal, el qué dirán es muy importante en estos asuntos y hay que cuidarlo mucho. El buen nombre de una familia lo es todo. ¿No te importa que vayan a estar ellas?

—Para nada. Si más bien estoy asombrado de que tu madre y tus hermanas no estén sentadas por

aquí.

—En otras circunstancias lo estarían.

—¡Ah!, qué interesante. ¿Y cuáles son las circunstancias que privan hoy para que no sea de esa manera?

—Eso te lo podré decir en otro momento.

—Muy bien, esperaré por ese momento de confidencias. ¿Siempre que salgamos tendrá que ser acompañados?

—Por ahora sí —dijo ella con aquella sonrisa pícaro—. ¿Mañana a las cinco te parece bien?

—¿De la tarde?

—De la mañana.

—¿¡Qué?! A esa hora ni siquiera ha amanecido. ¿Sois las encargadas de abrir el mercado?

Assalá soltó su alegre carcajada y dijo:

—Era una broma. ¿A las nueve y media te parece bien?

—La hora que tú quieras estará bien para mí, como si es a las cinco para ver salir el sol contigo.

—Gracias. Salvo las cafeterías, aquí no abren nada antes de las nueve. Para cuando lleguemos a la pescadería ya habrán acomodado todo el pescado.

—Sí, ya he visto que en algunas partes de la ciudad no abren hasta las diez e incluso más tarde.

—Nos podemos encontrar cerca de la vieja casa de correos española o por los cafés de la plaza

del Petit Socco, ya que conoces mejor esa zona.

—Me parece perfecto. Si me das el número de tu teléfono móvil te podré llamar si me pierdo o retraso —dijo él.

—Sí, ¿verdad? —preguntó ella socarrona.

—No te pienso acosar a llamadas. Te advierto que soy de los que hablo muy poco por teléfono. Ya tener que hacerlo en el trabajo me satura, como para luego pegarme todo el día a un móvil para hablar con los amigos, mucho menos con una mujer. Prefiero tenerla ante mí.

—Me parece muy bien, porque yo uso el teléfono muy poco también; le tengo cierta tirria. No lo tengo aquí para pasarte el número a llamada perdida.

—Tú dímelo, que lo meto de una vez en el mío.

Él marcó el número que ella le indicó.

—No lo escucho sonar.

—Lo dejé arriba en mi habitación y desde aquí no se oye.

—Pues tú ya tienes también mi número en él. Ahora agrego el tuyo a la agenda. ¿Lo escribes con dos eses o con una?

—Con dos —dijo ella.

—Signo de admiración, Assalá—dijo tecleando en el móvil.

—¿Signo de admiración?

—Es que eso es lo que siento cada vez que te miro. Lo voy a poner de primero.

—¿Por qué?

—Porque no veo que haya nada que pueda estar primero que tú.

«¡Oh, Alá bendito, yo lo beso aquí mismo!».

Los labios de ella no pronunciaron aquellas palabras, pero en sus ojos apareció la mirada que indicaba que, de nuevo, él la había sorprendido gratamente. Ahora, en un impulso irreprimible y fuera de todo razonamiento, ella le dio las dos manos, que él apretó entre las suyas.

—¿Por qué tienes que hablar tanto por teléfono?
—le preguntó.

—Por mi trabajo en una empresa de exportaciones e importaciones. Tengo que atender a clientes en diversos países y realizar múltiples contactos en busca de nuevos mercados. Eso me obliga también a viajar bastante. Se termina cansado de tantas horas de aeropuertos y aviones. El teléfono es lo que me mata. ¡Huy, cómo lo aborrezco!

—Quiere decir que no eres muy parlanchín.

—No necesariamente. Ya lo ves, contigo estaría conversando todo el día y si pudiera lo haría durante toda mi vida. —Ella le agradeció aquello con una sonrisa—. Pero yo no hubiera servido para

hacer marketing telefónico ni atención de usuarios.

—¿Qué estudiaste?

—Comercio Internacional.

—Cuando te metiste a estudiar eso ya sabías lo que pasaría.

—Sí, aunque no es lo mismo a los veintitantos que cuando vas para los cincuenta.

—Supongo que no, aunque no estoy en capacidad de evaluarlo. Te lo diré cuando yo llegue a ellos. Entonces tú me dirás cómo son las mujeres de esa década. Lo tengo pendiente.

—Yo también.

—Me parece que se nos terminó nuestra intimidad por ahora. Ahí vienen mi madre, mis hermanas y cuñadas con los niños.

*** **

CAPÍTULO 8

Un almuerzo familiar

Con Nouria al frente, aquello fue un tropel de cinco mujeres y ocho niños y niñas que hablaban en voz bastante alta. Las niñas tenían edades que iban desde los dos a los quince años. Cuatro de ellas llevaban puestas sencillas batas y la mayor un jabador. Los tres varones usaban chilabas, y sus edades estaban comprendidas entre los nueve y los trece años. Nouria, Rahima y Ainaya vestían chilabas. Las otras dos mujeres vestían con jabador. Salvo Nassama, las demás tenían la cabeza cubierta con pañuelos y ninguna se cubría el rostro.

—¡Assalá, eso es un mujerero! —dijo Alejandro.

—Pues todavía faltan, aunque no vendrán hoy.

La pequeña Nabila vino apresurada y levantó sus bracitos para que Alejandro la cargara.

—¿Puedo hacerlo? —preguntó él.

—Sí, claro.

El agarró a la niña y la levantó dándole una vuelta:

—¡Yupii! Una niña voladora.

Ella se rió y Alejandro la cargó en cuello. Assalá le dijo:

—Nabila te adoptó como padre sustituto o algo así, y ella está en el primer quinquenio de una mujer, en el que se puede permitir el lujo de ser espontánea y natural.

—Qué lástima que tú no.

Las mujeres llegaron y Nouria dijo en francés:

—Hija, te he escuchado reír y me has hecho muy dichosa.

Ainaya, ahora en una actitud algo más abierta que en un principio, le preguntó a Assalá con una buena dosis de picardía:

—¿Qué le hizo él a mi hija que no lo quiere soltar?

—No lo sé, supongo que es su héroe.

—¿El de ella nada más? —Assalá dio la sonrisa por respuesta y su hermana agregó—: Vas a tener que prestármelo como cuidador para Nabila, si acaso lo quieres soltar un rato.

—Sí, a ver si averiguamos cuál es su secreto en esto —dijo Nouria—. Alejandro, a Ainaya ya la conociste, así que permíteme presentarte al resto. Esta es Rahima, mi hija mayor. Esta es Nassama, mi hija menor y mi dolor de cabeza como madre. Ella es Imane, esposa de mi hijo Alí. Mi esposo te pidió que te sintieras como en tu propia casa,

de modo que siéntete libre de tratarlas con toda confianza.

—Muchas gracias, Nouria, sois muy amables.

Los niños se habían acercado curiosos y las hembras rodeaban a Assalá y Alejandro. Una niña estaba agarrada al pantalón de él sonriéndole. Nouria intercambio una mirada con sus hijas y comentó:

—Definitivamente, Alejandro, vas a tener que decirnos cuál es tu secreto para caerles tan bien a las niñas.

—Y a las que ya no son tan niñas —dijo Rahima.

Assalá sonrió más ante aquella indirecta tan clara por parte de su hermana mayor. Nouria prosiguió presentando:

—A ver, que todavía faltan. Esta linda quinceañera alegre, vivaz y descarada que no te quita ojo, es Sabira la hija mayor de Rahima y Omar. Esta otra lindura es su hermana Mayada que tiene ya nueve años. Esa preciosidad que no ha dejado de tironearte del pantalón es Nasiriya, tiene cuatro añitos y es hermana de Nabila.

Alejandro se agachó y le dijo:

—Vente, sube tú también con tu hermanita, que por fortuna tengo dos brazos y os puedo cargar a las dos.

—Esta última belleza tiene seis añitos. Su nombre es Irfane y es hija de Imane y de mi hijo Alí. Estos dos varones también son hijos de ellos. Son Fahmi y Sabri y tienen once y nueve años. Rayan tiene trece y es hijo de Rahima.

—Entiendo que faltan más —dijo Alejandro.

—Sí, unos cuántos todavía.

—Pues sí que sois una familia grande.

—Sí, lo somos, gracias a Alá —dijo Nouria.

—Ahora que os veo tengo una curiosidad. Salvo Imane, todos tenéis ese hoyito tan delicioso en la barbilla. Ya he visto a otras personas con él en Tánger, muchísimas más que en ninguna otra parte del mundo, y eso que en España abundan. ¿Todas las personas con esa característica genética salieron de aquí? ¿De Tánger para el mundo?

Todos se echaron a reír, Assalá la primera. Nouria dijo:

—Es posible, no lo sé. Yo no he salido de Marruecos, la viajera ha sido ella.

—En nuestras familias es un carácter dominante —aclaró Assalá.

Las dos niñas que Alejandro tenía en brazos estaban jugando una con otra y moviéndose por demás. Nouria le dijo:

—Mejor te sientas en el *mtarba* o las niñas te van a agotar.

—Sí, será mejor —dijo él.

—A ver, hijas, veamos cómo van las cosas con el almuerzo, porque los hombres no tardarán en llegar.

—Sí, vamos —dijo Rahima.

Assalá iba a ir con ellas y su madre la detuvo.

—¿Adónde crees que vas? Tú ya tienes ocupación bastante. No pensarás dejar a nuestro huésped solo y con las dos niñas saltándole encima. Tu padre te pidió que lo atendieras. ¿No fue así?

Assalá le ofreció una enorme sonrisa. No necesitó decir nada. Su madre le dio un beso y se alejó. Assalá se devolvió y fue a sentarse junto a Alejandro y las dos niñas.

Las otras se fueron con las mujeres también, mientras que los dos varones mayores se sentaron junto a Assalá y Alejandro. Rayan preguntó:

—¿Eres español?

—Sí.

—Hablas muy bien el francés. ¿Lo aprendiste en España?

—Viví tres años en Francia.

—¿Dónde vives ahora? —le preguntó Fahmi.

—En Madrid.

—Tenéis mucha suerte, porque el Real Madrid es el mejor equipo del mundo.

—De eso nada. El Barça es mejor todavía —

dijo Rayan.

Assalá se acercó más a Alejandro para poder agarrar a la inquieta Nasiriya, a la que dijo en árabe:

—Ven conmigo, anda, que las dos no podéis estar saltando encima de Alejandro.

—¿Eres del Barça o del Madrid? —preguntó Fahmi.

—Yo no soy aficionado de ningún equipo —dijo Alejandro.

—¿No vas a ninguno de ellos? ¿De cuál eres, del Atlético de Madrid?

—No, de ninguno. A mí no me gusta el fútbol.

Los dos muchachos intercambiaron una mirada de extrañeza y Rayan preguntó:

—¿Y eres español?

—Nací allí. Quizás fue que la cigüeña que me llevaba se cansó de volar y me dejó donde primero encontró.

Los dos niños se rieron y Fahmi dijo:

—A los bebés no los traen las cigüeñas, esos son cuentos para niños.

—Me alegra que lo sepáis. Soy español y no todos tenemos los mismos gustos y aficiones, como sucede en todas partes. El fútbol es el deporte favorito de la mayoría en España, aunque hay otros que prefieren el tenis, el baloncesto, el ciclismo...

—¿A ti no te gustan los deportes?

—De joven he practicado algunos, entre ellos el fútbol, aunque hay muy pocos que me guste ver, salvo las carreras de autos, las artes marciales y el patinaje artístico.

—¿Ya no juegas a ninguno? —preguntó Fahmi.

—De vez en cuando juego al baloncesto. Me parece un deporte más completo que el fútbol, si lo que se busca es hacer ejercicio, porque las piernas se mueven tanto como los brazos. Aunque tampoco soy fanático de ningún equipo. Como ya os digo: no todos los españoles tenemos los mismos gustos. Es como las corridas de toros, que unos están a favor de ellas y otros en contra.

—¿De qué lado estás tú en eso? —preguntó Rayan.

—De los que no les gusta, por el daño que se le hace al toro. Yo pienso que es crueldad. No puedo considerar arte ni espectáculo matar a un animal lentamente para deleite de un público.

—Está bien que pienses de esa manera —dijo Fahmi—. ¿Te gusta el baile flamenco?

—No mucho.

—¿Entonces?

—Nunca he tenido ninguna novia que lo bailara, para ver si me interesaba en él.

—A ti no te gusta nada de España —dijo Fahmi.

Alejandro se rió junto con Assalá y dijo:

—España es muchísimo más que esos estereotipos.

—No te gustan los toros ni el fútbol ni el flamenco: tú no eres español —concluyó Rayan.

—Vale, está bien. En ese caso, ¿en qué país pensáis vosotros que debí de haber nacido yo?

—En Inglaterra. A ellos no les gustan los toros.

Fahmi dijo:

—Pero sí les gusta mucho el fútbol. Ellos tienen al Liverpool, al Mánchester y al Chelsea.

Rayan dijo:

—Sí, es cierto; también tienen al Arsenal. Los ingleses son los que tienen más fanáticos ultras. Entonces no sé. Porque me parece que no hay ningún país en el que no tengan un equipo de fútbol o no les guste ese deporte. ¿Dónde piensas tú que debiste de haber nacido, de no haber sido en España?

—En Tánger.

Alejandro lo dijo de manera decidida. Assalá, que estaba entretenida con su sobrina Nasiriya, de inmediato volteó los ojos hacia él y se encontró con los suyos. Sus labios se llenaron con una sonrisa.

Fahmi preguntó:

—¿Por qué aquí, si a nosotros nos gusta el fútbol?

—No es por eso.

—¿Y por qué es?

—Porque quizás ahora yo tuviese también un hoyito en la barbilla y, posiblemente, hubiera conocido a Assalá muchísimo antes.

Los dos niños sonrieron. Rayan le preguntó a su primo:

—¿Dónde se metió Sabri?

—No lo sé. Habrá ido con mi mamá.

—¿Para la cocina? No lo creo.

—¡Ese se fue a jugar con la Nintendo! —dijo Fahmi.

—¡Si será aprovechado!

Los dos salieron corriendo y cruzaron el patio en dirección hacia el salón de juegos. Assalá dijo, todavía sonriente:

—Así que en Tánger. No podía haber sido en otra ciudad de Marruecos.

—No —dijo Alejandro.

—¿Por qué no? ¿Qué diferencia hubiera habido?

—Una muy grande, marcada por las probabilidades de haberte conocido. Aquí eran muchísimo mayores.

—¿Cuándo te hubiera gustado conocerme?

—Desde que comenzaste a gatear.

Assalá apretó los labios para aguantar las ganas

de reír y le preguntó:

—¿Y si nos hubiéramos conocido muchos años antes de ahora?

—¿En tan buenas circunstancias?

—O mejores.

—Pues..., quizás en ese caso...

—¿Qué? —preguntó ella.

—En ese caso...

—Anda, dímelo.

—Quizás en este momento no estaríamos jugando con tus sobrinas, sino con nuestras hijas.

La sonrisa y la mirada de Assalá dijeron más que toda la Enciclopedia Británica, con lo que se confirmaba que las palabras eran superfluas para los asuntos verdaderamente importantes. De nuevo su corazón se había acelerado y, esta vez, le pareció sentir un cierto calor en las mejillas.

Assalá se entretuvo con su sobrina, para justificar no decir nada. Para Alejandro, si acaso no entendió todo cuanto las miradas le dijeron, la ausencia de palabras por parte de ella fue la mejor respuesta que pudo haber recibido a las suyas; para estar seguro de que iba bien encaminado y pisando en firme. Por eso de que quien calla otorga. En aquel caso particular tenía la plena validez de un supuesto legal.

**

—A ver qué están haciendo esos dos. Hay que mantenerlos vigilados porque hoy mi hermana está muy alegre y generosa.

Nassama fue hasta la puerta que daba al salón y asomó la cabeza con cuidado. Regresó a la cocina corriendo. Llevaba tal sonrisa que su hermana Ainaya le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Los dos se quedaron solos con las niñas.

—¿Mis hijas están haciendo de las suyas?

—No, no es eso, ellas están tranquilas. Lo que pasa es que... Madre, ese hombre no es un huésped —dijo Nassama.

—¿Qué dices, muchacha?

—Es que lo que acabo de ver no es a mi hermana atendiendo a un huésped.

—¿Qué fue lo que viste? —preguntó Rahima.

—A Assalá y a su esposo jugando con sus hijas.

—¿¡Qué dices!?

Todas salieron en tropel, incluyendo las dos cocineras. Llegaron a la puerta del salón y nueve cabezas, una encima de la otra o al lado, se asomaron a mirar.

Assalá no podía estar sentada más cerca de Alejandro. Las dos niñas estaban de pie entre ellos. Reían y jugaban en la esquina que formaba la unión de los lados del sofá. Ellos sujetaban a cada

una, muy cerca los dos. Assalá estaba completamente concentrada en él y con la sonrisa a flor de piel.

Nouria dijo:

—¡Qué hermoso! ¿Pero qué hacéis vosotras dos mirando? ¡Curiosas! —les dijo a las cocineras—. ¡Vamos!, todas para adentro, que no nos vayan a ver. No quiero interrumpir eso. ¡Huy, Alá bendito, que bien marcha esto! ¡Que te vengas dije, Nassama!

—Quiero verlos.

—No seas tan curiosa, muchacha. ¡Ay, qué lindos se ven los dos jugando con las niñas!

—Son mis hijas, no las de ellos —dijo Ainaya.

Su cuñada Imane le dijo:

—Mujer, cualquiera que no lo sepa, y los vea como están en este momento, dirá que son esposos jugando con sus hijas, con lo a gusto que están las niñas con ellos.

Nouria dijo:

—A eso mismo me refiero yo, a eso mismo, precisamente.

Sabira, la hija quinceañera de Rahima, dijo:

—Él es un hombre interesante y muy bien parecido.

—Llegas tarde. Yo lo vi primero —le dijo Nassama.

Nouria le dio un coscorrón.

—¡Ninguna ha visto nada! Él es de Assalá.

Aquello hizo reír incluso a las cocineras.

Por la puerta del zaguán entraron Kassem y otro hombre de unos treinta y cinco años, que vestía un jabador de color gris. Nasiriya bajó del sofá y corrió hacia su abuelo diciendo algo en árabe. Él la agarró en brazos y le dijo algo también.

Assalá agarró a Nabila y se puso de pie, al igual que hizo Alejandro. Kassem les dio una mirada, sonrió y dijo:

—Alejandro, permíteme presentarte a Alí, mi segundo hijo, esposo de Imane.

—Así que tú eres el héroe del día —dijo Alí dándole la mano.

—¿Ya ha salido en el Diario Tánger?

Kassem dijo:

—Posiblemente lo haga en la edición de mañana, aunque ya se sabe en la mezquita y ha dado para muchos comentarios. ¿Cómo ha estado todo desde que me marché, hija?

—Muy bien, padre, muy bien; todo muy tranquilo.

—¿Ya conoces algo mejor los gustos de nuestro huésped?

Ella le sonrió de lo más encantadora y dijo:

—Sí, ya los conozco un poco más.

—Eso me parece magnífico. Así podremos

atenderlo mejor.

Nouria e Imane aparecieron, provenientes de la cocina, y aquella dijo:

—Ya vais llegando. Perfecto, porque la comida está lista.

Imane y Alí se dijeron algo en árabe. Ella le preguntó a Assalá:

—¿Y Fahmi y Sabri dónde están?

—En el salón jugando a la Nintendo con Rayan.

—Esos niños no piensan en otra cosa.

Alí dijo:

—No importa, es fin de semana largo y no tienen colegio hasta el martes.

Entraron tres hombres más, que saludaron en árabe. Dos de ellos vestían camisa y pantalón y el más joven una *kandora*. Este tenía unos veintisiete años, el mayor unos cuarenta y cinco y el otro, con barba y bigote, ocho o diez menos. Nabila dijo algo y Assalá se la pasó a este, quien habló con la niña, que se reía. En brazos de Kassem, Nasiriya le dijo también algo a su padre, quien le dio un beso. Kassem le dijo a Alejandro, señalando al menor de los tres hombres, que vestía la *kandora*:

—Te presento a Ghanim, el menor de mis hijos varones. Todavía está soltero. Él es Omar, esposo de mi hija Rahima. —Presentó al de barba

y bigotes diciendo—: Y este es Asafar, el esposo de Ainaya y padre de Nabila y Nasiriya, como verás.

—Es un placer —dijo Alejandro dándoles la mano.

—Él es nuestro huésped. Su nombre es Alejandro del Paso, español.

—Y es el salvador de Nabila —añadió Nouria. Asafar preguntó de inmediato:

—¿Cómo que el salvador de Nabila? ¿Qué ocurrió?

—Él la salvó de un perro que la iba a atacar.

—¿Qué perro fue? Por todo esto no hay más que el nuestro.

Kassem le refirió los sucesos, a la vez que Ainaya y Rahima iban llegando con sus hijas Sabira y Mayada. Al terminar la narración, Asafar le dijo a Alejandro:

—Pues yo te quedo eternamente agradecido, cual si el perro hubiera sido una amenaza real. Para Alá, bendito sea su nombre, tienen tanto mérito los hechos del hombre como las intenciones en su corazón, y tus intenciones y tus actos estuvieron muy claros para él. Ambos son fruto de un corazón desinteresado y generoso y son perfectamente válidos para mí, para que tengas mi gratitud y me sienta en deuda contigo.

—Muchas gracias por tus palabras —dijo

Alejandro.

—Exponerse a la mordida de un perro grande no es cualquier cosa —dijo Omar.

—Yo puedo defenderme perfectamente de un perro, aunque teniendo a la niña era distinto. Menos mal que no lo hice o hubiera lastimado mucho al pobre animal y sin motivo.

Alí, para comprobar lo que su padre le había referido en el camino, no había dejado de observar a su hermana Assalá, quien estaba embelesada mirando a Alejandro. Se dio cuenta de que Asafar también se estaba fijando en la actitud de ella, e intercambió una mirada con él. Asafar sonrió y comentó:

—A mí me parece que nuestro héroe ha hecho algo más, y de muchísimo mayor mérito y trascendencia, que ganarse el cariño de mi hija Nabila y nuestra admiración.

Todos sonrieron y Kassem dijo:

—Sigues teniendo un excelente ojo. También te has dado cuenta rápido.

—Conociendo a Assalá sería difícil no notarlo. El cambio es grande —dijo Omar.

—Hoy estamos todos. ¿Qué os parece si comemos? —les preguntó Kassem.

Nouria, también muy sonriente por la cara de dicha que tenía Assalá, les dijo:

—Me parece bien. Ya están preparando las mesas. Os podéis ir lavando.

Tres mujeres al servicio de la casa, ayudadas por algunas otras y las niñas mayores, actuaron en una cuidada coreografía. Agarraron tres de las mesas octogonales mayores, que estaban arrimadas a la pared del fondo, ocultas tras el elegante tabique de *mashrabiya*, y colocaron dos cerca de los sofás. La tercera fue puesta algo más atrás formando un triángulo con las otras. Quedaban lo suficientemente cerca como para que todos pudieran conversar, aunque algunos se dieran la espalda.

Las cubrieron con manteles y fueron llevando fuentes y más fuentes, bandejas y más bandejas, grandes y humeantes tajines y más tajines; platos y más platos de distintas formas, tamaños y colores, con alimentos que fueron distribuyendo en las tres mesas. En unos momentos, quedaron llenas de deliciosos y provocadores aromas y colores que incitaban el apetito.

Los niños se apresuraron a colocar pufs en cada puesto alrededor de las mesas, de acuerdo con el número de comensales. Kassem y Nouria ocuparon las dos esquinas formadas por el ángulo de los sofás, frente a una de las mesas. Assalá, Nassama, Ghanim, Alí y su esposa Imane se fueron sentando

en los pufs. Alrededor de otra mesa, un par de ellos en el sofá y otros en pufs y cojines, se sentaron Omar y Rahima, y Asafar y Ainaya con Nabila y Nasiriya en el medio. En otro puf se colocó Irfane. En la tercera mesa se colocaron las dos hembras y los tres varones que quedaban.

Kassem señaló un puf que quedaba libre a su lado en la mesa, y le dijo a Alejandro:

—Por favor, como nuestro huésped ten la amabilidad de sentarte hoy junto a nosotros.

Alejandro quedó sentado enfrente de Assalá, que tenía a su hermana Nassama al lado. Kassem pronunció el basmala, los demás respondieron y luego todos comenzaron a comer. Alejandro preguntó:

—¿Siempre sois tantos?

—Hoy somos pocos —dijo Kassem—. Faltan mis padres, que están de viaje junto con mi hermano Mustafá y su esposa Nissrim, y faltan mi hijo Hasán y Yadira con sus cinco hijos. Llegarán mañana y estaremos todos los que solemos comer.

—¡Uf! En ese caso habéis de llenar las cuatro mesas grandes.

El sonriente Kassem dijo:

—Mesas sobran y hay espacio por demás, como puedes ver. Tengo otra hija que es cuatro años mayor que Nassama. Vive con su esposo e hijos en

Rabat y vienen de vez en cuando. Fuera de eso, normalmente queda un sitio libre en las cuatro mesas que solemos utilizar. Por los momentos, ya que tenemos ilusionadas esperanzas de que sea ocupado por la persona correcta.

Nouria sonrió también, así como algunos otros que comprendieron muy bien el matiz temporal y los motivos. Los ojos de Assalá y de Alejandro se volvieron a encontrar.

Él había escuchado el dicho musulmán de que en la mesa no se hablaba. Había visto algunas familias comiendo y aquello parecía una biblioteca. Su padre era de los que decían que, a la hora de comer, a la mesa no se llevaba ni trabajo ni problemas, si se quería que la comida cayera bien. La familia de Kassem Rachid practicaba esto último y el almuerzo transcurrió conversando de esto y de lo otro, en un ambiente alegre y distendido. Los adultos procuraban hablar en francés, aunque a veces se dejaban llevar y lo hacían en árabe. En muchas ocasiones, sus conversaciones se mezclaban con las que, en la mesa cercana, mantenían los niños en esa misma lengua.

Ainaya le dijo a Nabila, que tenía a su lado:

—De eso nada, garbancito, eso te lo vas a comer también. No me importa si ya te comiste el postre adelantado. Que fue la mitad nada más,

porque lo compartiste con Alejandro. Vamos, come un poco más.

Las preguntas que le hicieron a Alejandro evitaron los temas personales. Estuvieron dirigidas, principalmente, a conocer su parecer acerca de las ciudades que había visitado en Marruecos. Él era el invitado y, al fin y al cabo y como cosa natural, ellos querían conocer sus impresiones.

Ghanim mencionó el partido de fútbol que jugaba ese domingo el Real Madrid. Sus hermanos y cuñados vaticinaron sobre los posibles resultados que tendría el marcador, y su repercusión en la Champions League. Asafar opinó que el Barça tenía más posibilidades de llegar a los cuartos de final.

—¿Qué opinas tú, Alejandro? —le preguntó Omar.

—Lo lamento. Yo no tengo idea de cómo va eso.

Kassem informó:

—Alejandro no es fanático del Madrid ni del Barça y no sigue los juegos.

—¿De qué equipo eres? —preguntó Omar.

Fahmi dijo desde la otra mesa:

—Él no es de ningún equipo: no le gusta el fútbol.

—Eso sí que es raro en un español —opinó

Ghanim.

—Por eso él no es español.

—Si me han dicho que nació en Zaragoza.

Rayan aclaró:

—Sí, pero como resulta que no le gusta el fútbol ni las corridas de toros ni el baile flamenco, dijo que la cigüeña lo debió de haber dejado donde no era, que seguramente le tocaba nacer en otro país.

—¿Y en cuál hubiera sido? —preguntó Alí.

—Él dijo que aquí en Tánger.

—¡Ah!, qué interesante. ¿Y eso por qué? —preguntó Kassem.

La pregunta fue dirigida a Alejandro, pero fue Fahmi el que la respondió en árabe, como quien dice cualquier cosa:

—Porque así tendría un hoyito en la barbilla y hubiera conocido a Assalá mucho antes.

Aquello arrancó las sonrisas a los adultos y risitas a los niños. Todas las miradas voltearon hacia Assalá, quien sonreía con las mejillas coloradas y la cabeza baja mirando la comida. Kassem, que estaba muy divertido, le dijo a Alejandro:

—Es bueno escuchar eso. Quiere decir que te estás sintiendo bien en nuestra ciudad.

—¿En la ciudad o aquí en casa? —preguntó Rahima.

Ainaya aclaró:

—Aquí en casa. Claro, con las atenciones tan dedicadas que le está dando Assalá...

Las mujeres volvieron a sonreír. En la mesa de los niños hubo algunas risas y Rahima dijo:

—Rayan, estás hablando muy fuerte. Sabira, pon un poco de orden en esa mesa, que para eso eres la mayor.

—Sí, mamá —dijo la joven.

Kassem aclaró:

—Yo le pedí a Assalá que procurara hacer sentir a Alejandro como si estuviera en su casa.

Ainaya aclaró:

—Pues entre ella y mis hijas me parece que ya lo han hecho sentir muy en familia.

Esta vez las mujeres rieron libremente, sin dejar de mirar a Assalá. Nassama dijo con picardía:

—Assalá nos está demostrando que es una excelente anfitriona de lo más atenta y dedicada; nunca nos lo hubiéramos imaginado.

Assalá, que estaba sentada a su lado, la empujó con un codo, lo que hizo reír a Nassama. Ainaya dijo en el mismo tono:

—Lo ha debido de aprender en España, en sus estudios de hostelería y turismo, que enseñan a atender a los huéspedes.

Rahima dijo:

—No, tiene que haber sido en los de enfermería,

que te enseñan a tratar a los pacientes.

—Pero ella no estuvo en cardiología cuando trabajó como enfermera —dijo Imane.

De nuevo volvieron a reír y esta vez fue Nouria la que dijo:

—Esos conocimientos, donde quiera que los haya adquirido ella, los ha tenido muy bien guardaditos hasta hoy. Para que veáis que todo tiene su momento oportuno en la vida.

—Sí, ya lo estamos viendo.

—¿No vas a comer más, Alejandro? —le preguntó Nouria.

—¡Uf, no! Nunca había comido tanto en mi vida. Un solo bocado más y voy a salir de aquí rodando medina abajo.

Los niños rieron aquello y Kassem preguntó:

—¿Te ha gustado la comida?

—Toda, absolutamente toda. He probado de todo y no encuentro algo por lo que decidirme en particular. Todo ha estado delicioso. Algunas cosas ya las había probado en algunos restaurantes, pero aquí están muchísimo mejor; me han gustado más, he de reconocerlo.

Nouria dijo:

—Lo que demuestra, una vez más, que no hay como la comida casera hecha con esmero y con buenos productos frescos.

—Sin ninguna duda. También han de estar en esta casa las mejores cocineras de Marruecos.

—Eres muy amable, Alejandro. Assalá no ha metido la mano hoy; ella cocina muy bien.

—¿Sí? Yo pensé que se le daban bien los números nada más. Pues ya veo que es una mujer muy polifacética.

—Ella tiene un excelente toque —añadió Nouria.

—¿Con la comida nada más? —preguntó Nassama.

Aquello arrancó sonrisas en unos y risillas en otras, y ella se ganó otro codazo de Assalá.

Kassem preguntó en árabe:

—¿Nadie va a comer más?

Nasiriya dijo en la otra mesa:

—Yo no. Estoy muy llenita.

—Hoy has comido de lo mejor, así me gusta, mi vidita —le dijo Ainaya.

—Magnífico. Pues si nadie va a comer más hemos terminado. —Kassem volvió a decir la fórmula para agradecer por los alimentos recibidos, y ahora dijo en francés—: Alejandro, si gustas nos tomaremos una bebida digestiva, que nos vendrá muy bien. Te la recomiendo.

—No desoiré esa recomendación. Tengo que aprender de quienes tienen la experiencia.

—Pues pasemos al patio y tomémosla allí.

Se levantaron de las mesas, después de aquella larga comida, y fueron a lavarse a un largo lavamanos con varios grifos que había al fondo. Los hombres regresaron al patio, mientras las mujeres quedaban recogiendo las mesas y devolviendo todo a su estado anterior. Asafar le dijo a Kassem:

—Tenemos una partida inconclusa.

—Lo sé. Veamos si de esta la terminamos. Me parece que estoy a punto de ganarte.

—A mí es al que me parece que eres tú el que está a punto de perder.

—¿Jugamos backgammon? —le preguntó Omar a Alí.

—¿Estás dispuesto a perder otra vez?

—¿Cómo que otra vez? Tan solo porque me has ganado tres partidas seguidas no quiere decir que serán todas. Otras veces te he ganado yo dos.

Se fueron sentando en las mesitas del patio, a la sombra de las palmeras. Asafar trajo un tablero de ajedrez con una partida comenzada, y lo colocó en la mesa de Kassem. Ghanim se sentó junto a ellos para observar. Alí y Omar abrieron una caja de backgammon y comenzaron a disponer las fichas. Alejandro se quedó mirándolos y Alí le preguntó:

—¿Sabes jugar?

—No, a eso no. Ajedrez sí, aunque no soy

bueno. No es algo que yo haga habitualmente. Salvo Henry Meléndez, un maestro ajedrecista, no tengo otros amigos que lo jueguen.

Nouria y Rahima se sentaron en un banco, cada una con un vaso con muchas hojas y yerbas inmersas en agua caliente, que se había puesto algo turbia y verdosa. Nassama, Sabira y Mayada ocuparon otro banco, también con sus vasos.

Ainaya llegó con Nabila en brazos y dijo en árabe:

—Voy a subir a acostarla porque está muertecita de sueño.

—Si no ha parado en toda la mañana —dijo Nouria.

Ainaya habló con Asafar. Él le dio un beso a la niña y le dijo algo. Ainaya se marchó con ella.

Llegaron Imane y Assalá llevando otros vasos con una bebida similar, que dejaron delante de los hombres. Assalá colocó dos humeantes vasos sobre una de las mesitas. No tuvo más que sonreír y Alejandro fue de inmediato. Los dos se sentaron y ella le dijo:

—Me pareció verte comer con gusto y apetito.

—No hubo nada que no me gustase, todo estaba riquísimo, para chuparse los dedos. Me parece que si viviera aquí engordaría en una semana.

Una esplendorosa sonrisa surgió en el rostro de

ella.

—Entonces yo tendría que controlarte. No me gustaría que te pusieras gordo. Estás muy bien así.

—Es bueno saberlo. En ese caso haré mi mejor esfuerzo por no engordar. A mí tampoco me gustaría que lo hicieras —le dijo él.

—Yo no tengo tendencia a engordar, pero ahora pondré mi mayor cuidado en evitarlo. No quisiera desilusionarte.

—Ah, perfecto. Porque hay unas cuantas ilusiones que estoy teniendo hoy —dijo él hablando en voz baja.

—Sí, creo que me ha parecido notarte un par de ellas. Tampoco quisiera quitarte esas, todo lo contrario —dijo Assalá con su picardía.

—¿Qué es todo lo contrario?

—Me gustaría complacértelas. Escuché que no sabes jugar backgammon. ¿Te gustaría aprender?

—Sí, claro, me encantaría. Así podré ir al Gran Café de París y sentarme todo el día con los hombres a beber el té, fumar el narguile y jugar.

La alegre carcajada de Assalá se adueñó del patio y de los bancos, se enredó en las palmeras y en los corazones e hizo sonreír a otros labios más.

—Sí, ¿eh? Si serás mentiroso. Tú no fumas.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque no hueles nada a cigarrillo. ¿Quieres

que te enseñe?

—¿A fumar?

Ella volvió a soltar la carcajada y le dijo:

—A jugar backgammon, tonto.

—¿A qué estás esperando?

Ella buscó una alargada caja forrada en un fino cuero, que abrió sobre la mesita. Le explicó el objeto del juego y las reglas generales.

—No son complicadas —le dijo.

—No más que las del parchís, solo espero lograr recordarlas todas —dijo él.

—Jugando se te fijarán. Para comenzar, los dos jugadores tienen las fichas ya sacadas: dos al inicio, cinco al final del segundo cuadrante, tres aquí y otras cinco acá. Vamos a lanzar un dado y quien saque el número más alto inicia el juego.

—Sal tú, para yo ir viendo —dijo él.

Ellos se pusieron a jugar y en el patio cada cual estaba a lo suyo: dos con una partida de ajedrez, otros dos con otra de backgammon y las mujeres conversando. Kassem le dijo a Asafar:

—¿Te decides a mover o qué?

—Sí, hombre, me hubiera podido ir a dormir la siesta —dijo Ghanim.

—Este movimiento tengo que pensarlo muy bien —dijo Asafar acariciándose las barbas y el bigote.

—Si sigues así vamos a tener que poner un reloj, porque te eternizas —dijo Kassem—. Los juegos rápidos son los más agradables.

Assalá le dijo a Alejandro:

—Oye, no seas aprovechado. No puedes mover tres fichas.

—¿No era que podía repartir los puntos de los dos dados para varias fichas?

—Solo para dos, a menos que hayas sacado un doble. O mueves una ficha por cada dado o una sola por el total de los puntos de los dos dados, pero no para tres fichas.

—Ah, vale. No me había quedado claro. Ya me parecía raro. Entonces, corro con esta.

—¡Huy! Ese movimiento ha estado pésimo. No has debido de quitar esa ficha de su posición junto a la otra, teniendo yo cuatro a diferentes tiros, porque ahora te quedaron las dos desprotegidas. —Ella lanzó los dados y dijo—: ¿Ves? Un cuatro. Ahora te la como.

—¿Quedaste con hambre después de todo lo que comimos? —De nuevo la risa de ella revoloteó como palomas. Alejandro tiró los dados y dijo—: Un tres y un dos. Con esta te como yo.

—No puedes hacerlo.

—¿Tampoco? ¿Yo nunca te puedo comer a ti? Con esta ficha llego y esa la tienes sola.

—Pero es que no puedes moverla.

—¿Y por qué no?

—Porque no puedes mover ninguna de las que están en juego, mientras no saques la que te comí y tienes ahí en la barra central.

—Sí, es cierto. Ya no lo recordaba. Entonces la saco.

Poco después, ella dijo:

—Alejandro, no puedes mover esa ficha.

—¿Por qué no?

—Recuerda que tienes que ir corriendo los puntos que marcó cada dado, el que tú quieras de primero. Con esa ficha, cuentas seis de primero o cuentas tres, caes en líneas donde yo tengo dos o más fichas, y no se puede porque se considera que esas líneas están bloqueadas.

—Vale, en ese caso muevo esta otra.

—Esa sí.

Un rato después dijo él:

—¡Cinco doble! Qué bien. Ahora sí que voy a correr como loco. Puedo mover por veinte.

—Alejandro, no puedes mover esa ficha por la suma de los puntos de los dos dados.

—Es un cinco doble y puedo mover una ficha veinte espacios, dos fichas diez espacios o cuatro fichas cinco espacios cada una.

—Pero no puedes hacerlo con esa ficha que tú

quieres.

—¿Por qué con esta no? Mira que eres antojosa.

—Es el mismo caso de antes. Porque hay que ir contando de cinco en cinco, y al hacerlo con ella quedas en esta línea que está bloqueada por dos fichas mías, y eso no está permitido.

Poco después dijo él:

—Definitivamente, quedaste con hambre; no haces más que comerme fichas.

—Pues planifica mejor tus movimientos — dijo ella.

Más allá, Omar le dijo a Alí:

—¿No era que me ibas a ganar otra vez? Nunca había terminado una partida tan rápido.

—Has corrido con suerte, eso fue todo. No has hecho más que sacar dobles.

Unas jugadas más tarde, Alejandro tiró los dados.

—Un seis y un cuatro.

—Qué lástima, pierdes el turno y voy yo — dijo Assalá.

—¿Y eso por qué? Yo quiero mover.

—No puedes hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque con cualquier ficha que quieras mover seis o cuatro caes en líneas que yo tengo bloqueadas.

—¡Ah, qué bonito! Tú no me explicaste eso.

—Te lo dije al principio. ¿Ya se te olvidó tan rápido?

—Ay, Assalá, tenme un poco de paciencia; estoy aprendiendo.

La carcajada de ella volvió a alegrar los corazones y sacar las sonrisas de todos. Un rato después terminaron y ella dijo:

—Te gané.

—No me ganaste, me diste una paliza soberana. Ya me desquitaré. No sé cuándo será, pero lo haré, no pienses que esto se va a quedar así. —Miró el reloj y dijo—. ¡Huy, mira qué hora es! ¡Vaya cómo se me ha ido el tiempo volando!

—¿Tienes que hacer algo?

—Sí. He quedado en atender una videoconferencia con mi jefe a las cinco. Me llamó esta mañana su secretaria. Hay algo que quiere que le diga del último trabajo. No tengo más remedio que irme, porque tengo mi *laptop* en el hotel con los datos que necesito.

—¿No estás de vacaciones?

—Se supone, pero él no ha dejado de llamarme una o dos veces por semana.

Alejandro se puso en pie y ella también. Kassem también lo hizo y le preguntó:

—¿Te vas?

—Sí, no me queda otro remedio. Tengo que agradecerte tu gratísima hospitalidad y el trato que me habéis dado. Te aseguro que me he sentido maravillosamente a gusto.

—Me alegra mucho escuchar eso y quedo muy complacido. Ha sido un verdadero placer tenerte aquí —dijo Kassem.

—Para mí también —añadió Nouria.

Alejandro dijo:

—Yo también lo he pasado muy bien. Sois una familia muy hermosa y agradable. —Le dijo a Assalá—: Muchas gracias por todo. Lograste hacerme sentir como en mi casa. Me parece que será mejor que llame a un taxi.

—Ningún auto llegará hasta aquí —dijo Kassem.

—¿No? En ese caso me iré caminando. Bueno, si encuentro el camino de salida, porque estoy en las mismas que esta mañana: perdido.

Omar dijo:

—Yo voy hacia afuera de la medina. Te acompaño.

—¡Ah, magnífico!

Kassem le dijo a Omar:

—No lo llesves por el camino más corto, sino por el que resulte más sencillo de recordar para él, buscando las calles principales.

—Así lo haré.

Alejandro se despidió de todos y fue hasta la puerta acompañado por Omar, Kassem, Nouria y Assalá. Antes de salir dijo:

—De nuevo os quedo sumamente agradecido por esta magnífica impresión que me habéis dado de la gente de Tánger. Jamás la olvidaré; será imposible. Está siendo mi mejor experiencia en Marruecos. —Le dijo a Assalá—: Espero volver a verte mañana.

—Será como quedamos.

Él le dijo algo corto en alemán, que sonó como una despedida. Salió, dio la vuelta y volvió a decir algo más poniendo cara de tragedia, luego se fue con Omar. Cuando se perdieron en la curva de la calle entraron los tres. Nouria le preguntó a su hija:

—¿Podemos saber qué fue lo que te dijo? ¿Fue alguna fórmula de despedida en alemán?

—No. Me dijo que no estábamos en España.

—¿Qué quiso decir con eso? ¿Qué hubiera pasado de haber sido en España?

—Que nos hubiéramos despedido con un beso en cada mejilla.

—¡Mira al hombre! ¿Te fijas, querido? Tiene ganas de besitos.

—Ya lo estoy escuchando —dijo Kassem.

—Dijo algo más. ¿Por qué fue que puso esa

cara?

Assalá sonrió.

—Me dijo: *No quiero irme.*

Kassem y Nouria se rieron y él dijo:

—Eso está muy bien.

—Sí. Lo dejaste con ganas de más, hija; así se hace. Sigue de esa manera y con poco más ya es tuyo, porque Alejandro está enamorado de ti.

—¿Tú crees, mamá, lo crees?

—Sí, hija, te lo aseguro.

—¿De verdad?

—Completamente: Alejandro está enamorado de ti.

Assalá le dio un beso y se fue hacia donde estaban sus hermanas, que la esperaban con las sonrisas de oreja a oreja y deseando llenarla a preguntas. Ghanim les preguntó a sus padres:

—¿Ahora me queréis explicar qué es lo que está pasando?

—Hemos tenido un invitado —dijo Kassem.

—Yo me refiero a lo que está sucediendo entre él y Assalá. ¿Acaso la ha pedido en matrimonio?

—No.

—¿Entonces? Porque dio la impresión de que están comprometidos. Si no lo están, ¿a qué se ha debido ese trato de confianza que él tiene con mi hermana? Que no entiendo por qué se lo habéis

permitido.

—Ghanim, hijo, ¿no te has dado cuenta de lo que ocurre con Assalá? —le preguntó Nouria.

—Ella parece que estuviera enamorada de él.

—Precisamente, y no es que lo parezca: lo está y él también. Eso es lo que ocurre y a lo que se debe ese trato entre los dos, y que nosotros lo permitamos.

—¿Apoyáis esa relación?

—Sí —dijo Kassem.

—¿Por qué?

—Porque Assalá se ha enamorado de él y necesita un esposo.

—Él es un extranjero que está de paso, al que habéis conocido hace unas pocas horas y del que no sabemos nada.

—Assalá ya lo conoció en la estación cuando llegó de Rabat. Hoy hemos tenido la oportunidad de saber algo más de él.

—Mi hermana no tiene ninguna necesidad de eso. ¿Acaso no hay musulmanes de sobra, que tenéis que buscar a un cristiano?

—Hijo, hombres musulmanes hay millones, pero no están todos en Tánger.

—¿Qué quieres decir con eso, padre?

—¿Conoces alguno en esta ciudad que pueda enamorarse de tu hermana Assalá?

—Claro que sí. Hay muchos que admiran su belleza sin importarles su edad.

—Admirar su belleza y estar enamorado son dos cosas distintas. Dime dónde están esos hombres, que aquí nunca ha venido ninguno a manifestarlo.

Nouria le preguntó a su hijo:

—¿Conoces a algún hombre de esta ciudad que se atreva a pedir a Assalá en matrimonio?

Ghanim arrugó más la frente y dijo:

—El maldito de Humam los tiene intimidados.

—De eso se trata todo —dijo Kassem—. Ni en Rabat ni en ninguna otra ciudad entre aquí y Casablanca, tampoco en Tetuán o en Fez, parece que haya ninguno. ¿Por qué te crees que motivamos a Assalá para que salga de aquí, y pase algunas semanas con nuestros familiares en esas ciudades? Teníamos la esperanza de que pudiera encontrar a un hombre que la amara. No los hay o la mano de ese desgraciado es muy larga y está en todas partes y no se atreven a manifestarlo.

Nouria le preguntó:

—Hijo, ¿cómo prefieres ver a tu hermana? ¿Con la alegría y la ilusión que tiene hoy o como ha estado en estos últimos años?

—Yo quiero ver a mi hermana feliz y dichosa.

—Entonces, ¿qué es lo que te molesta?

—Que no conocemos nada de él, de su familia

ni de su trabajo. Si al menos él viviera aquí sabríamos algo más de su vida, y quizás no me importaría tanto su religión. Pero él se la llevará para Madrid y no la veremos más.

—¿Hay algo que te haga suponer que los dos no vendrán cada vez que puedan? —le preguntó Kassem.

—No, pero no estaremos allí para saber cómo la trata.

—Esas palabras me parecen muy poco sensatas. Cada mujer, musulmana o no, que se desposa y se va a vivir con su marido, sus padres no saben la manera en que es tratada, a menos que ella lo diga, y nada se puede hacer tampoco.

Nouria dijo:

—Ghanim, hijo, nosotros no tenemos nada que nos haga pensar que Alejandro no sea un buen hombre. Más bien todo nos apunta hacia sus hermosos sentimientos. No sabemos dónde vivirán si se llegan a casar. No era algo para preguntar en este primer momento. Se hace cuando hay una petición de matrimonio por el medio, tú lo sabes. Donde vivan será lo de menos. ¿O por tenerla aquí no te importa ver a tu hermana infeliz, envejeciendo con su amargura y su dolor, y cuidando a los hijos de otras mujeres y no a los suyos?

—Claro que no. Yo quisiera que ella lograra

superar por completo la pérdida de su hijo y de su esposo.

—Tan solo un nuevo amor profundo e ilusionado, y el llanto y la risa de otro hijo podrán sepultar ese doloroso pasado, de manera definitiva —dijo su madre.

Kassem preguntó:

—Ghanim, dinos algo: ¿no prefieres saber que está dichosa y realizada como mujer, viviendo con un buen esposo e hijos en Madrid o en otra parte?

—Ghanim no dijo nada y su padre añadió—: ¿Qué vendrás a decirme si se diera el día, Alá bendito no lo permita jamás, en que ese monstruo de Humam la mutile o la mate en un arrebato de celos, condenándonos a todos a un baño de sangre en una venganza eterna con la familia de Násser Barouk?

—¡No digas eso, padre, no digas eso jamás!

—No lo diré. Yo solo te estoy poniendo sobre la mesa las posibilidades para que tú las veas, si todavía no lo has hecho. Para tu madre y para mí está muy claro, demasiado, que la bendita voluntad de Alá ha estado metida en este encuentro entre tu hermana Assalá y ese hombre. Y luego de lo que hemos visto ahora no nos pensamos oponer, todo lo contrario.

Nouria dijo:

—Hoy nuestros corazones han cantado con

cada hermosa carcajada de Assalá, y nuestros labios han sonreído acompañando a sus sonrisas; su dicha ha sido nuestra dicha, y su gozo y su ilusión son nuestra alegría de hoy y nuestra esperanza de mañana. ¿No has notado lo ilusionada que está?

Kassem dijo:

—Las pocas horas de hoy han sido suficientes para mí, luego de ver a los dos compartiendo con nosotros. En este momento reconozco que jamás he tenido un huésped, que yo recuerde, cuya presencia me haya resultado tan placentera y satisfactoria.

—Yo digo otro tanto —añadió Nouria.

—Hijo, yo noto que Alejandro esta ya profundamente enamorado de Assalá y que es un hombre bizarro, completamente digno de su amor y de nuestra confianza. Tiene la edad y la madurez suficientes para saber lo que quiere y no confundir sus sentimientos. Durante el almuerzo lo he sentido como a uno más de la familia, llamado a llenar la silla que está vacía al lado de Assalá.

—Tú no sueles equivocarte, padre. Yo lamento no tener tu misma confianza en esto —dijo Ghanim.

—Yo siento lo mismo que tu padre —dijo Nouria—. Si Alá concilia ese matrimonio tendré que dar gracias durante el resto de mi vida. Y si él lograra que Alejandro no se la lleve, sino que se quedasen a vivir en Tánger o en el país, así fuese en

Marrakech, ya podría morir dichosa.

—¿Por qué querría él vivir en Tánger, si en España tiene un buen empleo y está mejor?

—No lo sé, hijo, no lo sé. Te estoy diciendo nada más lo que a mí me gustaría, aunque sean fantasías de madre.

Kassem dijo:

—Hijo, tú eres libre de tener tus temores, tus dudas y suspicacias. Yo tan solo te voy a pedir una cosa: no dañes la relación entre Assalá y Alejandro. No te vayas a inmiscuir en lo que tu madre y yo hemos decidido, y que estamos permitiendo de tan buen grado. No vayas a dañar a tu hermana para toda su vida y sin razón alguna, tan solo por temores que no están fundamentados. Tú mira por la felicidad y seguridad que un buen hombre le puede ofrecer a tu hermana, y no tanto por qué fe tiene ni de dónde es él.

—Descuida, padre, que no lo haré. Si vosotros lo permitís es suficiente para mí. Me interesa mucho saber qué clase de hombre es Alejandro; porque, por encima de todo, yo velaré por el buen nombre de mi hermana Assalá y por el honor de nuestra familia. Averiguaré quién es él y lo que hace. Eso es lo que haríamos con cualquier pretendiente.

*** **

**FIN DE LOS CAPÍTULOOS DE VISTA
PREVIA.**